

N O S O T R O S

A UN CUARTO DE SIGLO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

ILUSIONES Y ESPERANZAS DE AYER

EL presente artículo no se propone hacer fácil filosofía sobre la al parecer irremediable miseria humana, sino ofrecer al lector una crónica abreviada de las esperanzas e ilusiones alentadas en los días de la gran guerra por el pueblo argentino, a quien expresaba dignamente en 1915 un grupo de estudiosos y escritores representativos. En ese año NOSOTROS abrió una encuesta sobre las dos preguntas siguientes: 1^a ¿Qué consecuencias entrevé usted para la humanidad, como resultado de esta guerra? 2^a ¿Qué influencia tendrán los acontecimientos actuales en la futura evolución moral y material de los países americanos y especialmente de la República Argentina?

Los autores de la encuesta veíamos que la entera armazón social, ideológica, económica, moral y artística del siglo XIX se desplomaba; que la humanidad estaba en una enercijada de la historia. A los intelectuales argentinos interrogados les correspondía predecir qué nuevos caminos se abrían a la humanidad, cuáles serían los frutos de la honda crisis y qué podría América temer o esperar de ésta.

Contestaron treinta y cinco escritores, algunos con verdaderos ensayos que ocuparon 200 páginas en los volúmenes publicados de febrero a mayo: profesores universitarios — entre ellos dos decanos de facultades— historiadores, jurisconsultos, publicistas, periodistas, hombres de ciencia, algún

poeta. Cosa curiosa: ningún político estrictamente militante, entre más de ciento que fueron interrogados en el Parlamento y fuera de él. ¿Diré que este silencio hacía honor a la discreción de los hombres de gobierno, por el celo que pusieron en no comprometer peligrosamente sus opiniones?

—¿Y hubo quien acertara el porvenir? —preguntará el lector. Por supuesto, no. Hubo aciertos particulares sobre este o aquel aspecto de las relaciones políticas y económicas. Más que eso era imposible. Ya declaraba la encuesta que ni el espíritu más agudo podría predecir todo el porvenir. Habría sido cosa de brujería, de videncia profética. De haberse producido el milagro, hoy podríamos exhibir esa pieza extraordinaria a la admiración y asombro del lector.

Era demasiado temprano para adivinar. Corría el mes de febrero, y la primera fase táctica de la guerra había concluído. Alemania no había alcanzado sus objetivos estratégicos. Los hombres luchaban por mar y por tierra desde hacía seis meses, y los mismos observadores europeos más zahoríes no sospechaban siquiera que la guerra pudiese durar, cada vez más violenta y bárbara, otros cuatro años.

Lo que ahora importa saber, no es dónde se equivocaron los cultos escritores argentinos que respondieron, sino cuáles eran sus vistas sobre tantos aspectos de la cuestión propuesta, porque ellas nos ofrecen en resumen el estado de conciencia general con respecto a la guerra y a sus consecuencias. Decía la dirección de la revista: "Tendrá un importante valor documentario en el futuro, recorrer estas páginas y observar cuán mucho o cuán poco acertaron los contemporáneos de tan grande acontecimiento histórico, sobre sus repercusiones sociales".

¿Quién había de decirnos que a un cuarto de siglo de distancia, renacería en circunstancias parecidas, igual apasionamiento puesto por los más en defender una u otra causa, la de los imperios centrales o la de sus adversarios? La cuestión entonces era candente y sólo quien fuese de mármol podía no encenderse en ese fuego. La hizo a un lado la encuesta "por estéril y peligrosa" —decía—; pero con mal entendido enojo contra tal neutralidad, más de un interrogado

volvió a ponerla en el centro de la discusión, tomando partido con dialéctica vehemente; inútil es decir que casi todos por los aliados. Lo que entonces escribió Emilio Becher, el malogrado escritor de cultura tan exquisitamente francesa, virulento alegato contra la psicología dominadora del pueblo alemán, tuvo un eco resonante, y aun hoy puede leerse con provecho. El crítico español Juan Mas y Pí no comprendía ni admitía la indiferencia ni la neutralidad. Lo esencial era el "hoy", que cada hombre definiese su posición. O blanco o negro. Los futuros destinos de la humanidad nada podían importar por el momento.

No faltó quien se atreviera, cinco años antes de Versalles, a redistribuir a Europa, si no con grandes aptitudes divinadoras, quizás con no menor acierto que aquellos diplomáticos. Nadie previó entonces un fenómeno trascendental: la revolución rusa. El zarismo parecía incommovible. Ni tampoco se atrevían a predecir la revolución alemana. La encuentro nombrada claramente en una sola respuesta, por lo demás equivocada en las consecuencias que derivaba de aquel hecho. No nos sorprenda la limitación de los cálculos humanos en el orden político y social. Tres años después, en 1918, se abría en París la encuesta siguiente: "¿Es posible en Alemania una revolución?"; y la mayoría de los escritores y políticos franceses interrogados rechazaban la hipótesis por imposible.

Los intelectuales argentinos se dividieron, puestos frente al futuro, en dos bandos: uno, extraordinariamente optimista; el otro, filosóficamente pesimista. Los primeros veían realizarse, como consecuencias inmediatas o mediatas de la guerra, la democracia integral, la bancarrota de la autocracia, la abolición del militarismo, el desarme universal, largas épocas de labor pacífica y fecunda. Desaparecería la política llamada de equilibrio, que busca su apoyo en la fuerza y no en la justicia. Algunas de estas páginas parecen dictadas por las generosas utopías del siglo precedente, tales como las de William Morris, de Bellamy, de Zola y de Anatole France. El ciclo guerrero de la historia de Occidente quedaría cerrado. Todas las patrias experimentarían

el arrepentimiento de la violencia y de la sangre derramada. Al odio sucedería el amor. Algunos se aventuraban a vaticinar el advenimiento de los Estados Unidos de Europa; otros, el triunfo del socialismo. Los más inferían algunas de estas consecuencias, o todas, de la victoria de Inglaterra y Francia; alguien, de la de Alemania.

Don Gregorio Uriarte, talentoso supérstite de la generación del 80, escribía: "Será detenido, si no quebrantado, el imperialismo anexionista y conquistador; y a la política de expansión colonial, so pretexto de civilizar, será antepuesta la doctrina humanitaria de la formación de las nacionalidades por la confluencia de pacíficas corrientes inmigratorias".

Dejo al lector que confronte estas esperanzas con la realidad actual.

De una "era de paz eterna" hablaba el periodista Alberto Tena, ya fallecido, "una vez seco este mar de sangre y de dolor que desborda en Europa." Él confiaba en las cortes de arbitraje y en la voz inapelable de los plebiscitos. Qué ha sido de esa esperanza, el lector lo sabe. Sobre este aspecto jurídico de las relaciones entre los pueblos, dijo algunas cosas acertadas el prestigioso internacionalista don José León Suárez, entonces decano de la Facultad de Ciencias Económicas. Él suponía que disminuirían o desaparecerían las alianzas políticas con finalidades bélicas, para ser sustituidas por convenios tácitos y aun expresos en favor del mantenimiento de la paz. Su respuesta es la única donde veo previsto claramente el instrumento creado en Ginebra, de tan difícil manejo: "Surgirá una convención formal — decía el articulista entre otras atinadas consideraciones— en que las naciones no se limitarán a reducir las causas del conflicto o a condenar platónicamente la guerra, sino que *garantizarán la paz general*".

Los que dije escépticos o pesimistas razonaban sobre la miseria de la naturaleza humana y sus precarios sentimientos de justicia. Admitir tanta belleza como profetizaban los optimistas, tanto valía como predecir para muy en breve el restablecimiento de la edad de oro en el mundo

—decía sonriendo el talentoso ensayista Mariano Antonio Barrenechea— (1). Aun cabía suponer en la hora del reparto, según el malogrado poeta Alberto Mendióroz, rozamientos y luchas entre los vencedores. ¿Rusia e Inglaterra no eran tan temibles como Alemania? Los pueblos olvidarían esta guerra apenas se vieran fuertes para dominar a sus rivales, afirmaba un joven profesor universitario, el doctor Horacio Rivarola.

Poca fe tenía en el tribunal que garantizase la paz el doctor Alfredo Colmo, el prestigioso jurista y sociólogo fallecido en 1934. No esperaba que del futuro tratado de paz surgiera “ninguna Themis milagrera para la solución de las diferencias que el porvenir depare a la vida de los correspondientes Estados”. Todo se resentiría del rudo golpe; la ciencia, el arte, las finanzas, la industria, el comercio.

El doctor Colmo marchaba en su respuesta, que pongo entre las mejores, entre errores y aciertos: lo era entre los primeros, el creer que el futuro tratado de paz se cuidaría muy bien de crear nuevas Alsacias, por indebidas anexiones territoriales. Entre los segundos estaba la predicción de que se intensificaría el sentimiento nacionalista y totalitario de los respectivos pueblos. Sin embargo, no llegaba el pesimismo a predecir el triunfo de los regímenes de fuerza, subsiguientes a la guerra. Enuncia esa posibilidad uno solo, Víctor Mercante, el distinguido maestro y publicista, fallecido también en 1934. Si bien al mirar a lo lejos se alistaba entre los más fervorosos optimistas, al señalar las consecuencias inmediatas preveía la posibilidad de probables medidas dictatoriales y la consiguiente presión sobre los parlamentos, así como la crisis del hogar. Menos claro-

(1) Transcribo, por ser de rigurosa anticipación de la actualidad, la conclusión de la extensa respuesta del hoy ilustrado diplomático: “Alemania representa, como se ha visto, los derechos de la sociedad, del Estado, de la organización, de la esclavitud; quiere el aniquilamiento completo de la individualidad, de la persona humana, su absorción total por el Estado. Los pueblos que la combaten representan, a lo menos durante la guerra actual, los principios y las tendencias contrarias. ¿De qué lado estarán nuestras simpatías? ¿De qué lado debemos ponernos? ¿Hacia dónde tienden nuestras aspiraciones personales? ¿Hacia la libertad? ¿Hacia la esclavitud?”

vidente era su anuncio de que disminuirían inmediatamente los armamentos.

Comprobamos que, aunque tímida y vagamente, empezaba a formularse en 1915 el vaticinio de la posible ruina de la civilización occidental. Este trágico vaticinio comenzó a ser un lugar común solamente desde cuando, disipada la tempestad de sangre, empezó a divisarse el caos material y moral en que la humanidad se debatía. Un libro sumamente interesante, y que deberá escribirse algún día, será el que estudie esta marcha zigzagueante de nuestras ideas, de nuestras esperanzas y temores, a partir de los años que precedieron a la guerra, ésta sí la "grande ilusión" desnudada sin piedad, aunque para ojos ciegos, en 1911, por el publicista británico Norman Angell.

El lector recuerda sin duda al simpático ex director del Jardín Zoológico de Buenos Aires, don Clemente Onelli, naturalista, animador y publicista activo y cordial. Una de las respuestas más interesantes dadas a la encuesta que estoy comentando, fué la suya.

Más que de la ruina de la civilización europea, se hablaba de su ocaso, de su decadencia, de su estancamiento. Onelli no admitía que el centro material geográfico del mundo, Europa, y su cultura esencial, fuesen desalojados, aunque otras razas, diferentes de la blanca, tuvieran acceso al festín de la civilización. El respetado profesor y gramático don Ricardo Monner Sans, en una visión más literaria que histórica, evocaba el amanecer de dos grandes imperios en América: el del Norte, cuyo centro serían los Estados Unidos; el del Sur, cuyo eje principal sería la República Argentina. Y poco más a menos lo mismo, el retoño y la regeneración en el Nuevo Mundo de la civilización europea gastada y carcomida, apuntaba José León Suárez. Rosada esperanza la que traspasa la figurada antorcha de la civilización, de manos de Europa a las de América. En esta encuesta, algunos se atreven a formularla. Los más señalaban solamente la posibilidad de que América desarrollaría sus propios recursos para bastarse a sí misma; otros anunciaban el desarrollo industrial que efectivamente produjo la necesidad de proveernos y de proveer a los belige-

rantes. Sin embargo, no faltó quien examinara los hechos con criterio menos lírico, más realista; así, el doctor Alfredo Colmo, junto a los efectos favorables, pronosticaba los perjudiciales de la política demográfica, cultural y económica a que la catástrofe nos arrastraría: la disminución de la corriente inmigratoria; el retraimiento de capitales; un compás de espera, si no un atraso, en nuestra evolución cultural, concomitante con el estancamiento verificado en Europa; un encarecimiento de la vida (que efectivamente se produjo en los años subsiguientes a esta encuesta); la exacerbación del proteccionismo, etcétera. Algunos pensaban que América sacudiría enteramente la tutela europea, en economía, en ciencias y en arte, aunque sin renegar de los restos de aquella cultura que se salvaran del naufragio. Así la quería también otro malogrado publicista, Alfredo López Prieto: creando eclécticamente, con los elementos y valores morales de futura y estable prevalencia, el tipo de su propia civilización, sin reincidir en la imitación servil de Europa, caminando toda América junta, puestos los ojos en los Estados Unidos, "siempre que avancen con la vista elevada a su destino manifiesto", hasta fundar, de jornada en jornada, en nuestro continente, la política internacional de la fraternidad, fundada en la moralidad y no en la conveniencia, según la enunciara Wilson con palabras imperecederas.

Entusiasmo de que no todos participaban, porque no había razón para ver "en esta crisis —decía el doctor Herrero Ducloux— una circunstancia favorable al desarrollo de los países americanos, como si el aniquilamiento o disminución de unas fuentes hiciese brotar manantiales en otras rocas por la invariabilidad supuesta de una presión interna". Palabras muy cuerdas, que conviene tener presentes hoy también, en que no faltan quienes se regocijan de la desgracia ajena, pensando en las ganancias, ¡ay, bien efímeras! que de ella les derivarán.

Tal era, veinticinco años atrás, el confuso estado de conciencia de la Argentina frente a la catástrofe, de cuya magnitud, con ser ya tanta, aun no se podía medir la futura inmensidad. Esta encuesta hace honor al pensamiento argen-

tino, aunque tantos intelectuales que pudieron decir cosas inteligentes y útiles rehuyeran contestar. Y más hace honor al sentimiento argentino. Salvo algún grito de indignación contra las naciones tenidas por agresoras, generoso por el propio sentimiento que lo originaba, no se oyen en estas páginas, mezcladas a las voces de tristeza que levanta el horroroso espectáculo, sino invocaciones a la concordia e himnos a la esperanza. El malogrado arqueólogo Salvador Debenedetti lamentaba con amargura nuestra imprevisión, desidia o falta de orientación ante acontecimientos que debían estimularnos a la acción rápida para remediar nuestra insuficiencia económica y darnos un verdadero industrialismo sólido y serio.

Quién con más fervor, quién con más convicción, todos oponen el espíritu pacifista de América al belicoso que soplabla entonces sobre los campos de Europa, y entonan himnos a la concordia entre las naciones y a la solución de los pleitos por el acuerdo y el arbitraje. América, y en América la Argentina, en todas las imaginaciones se levanta como un astro promisorio.

Días más difíciles que los que vivió entonces la Argentina, un porvenir más temeroso que el que en esas horas se vislumbraba, se avecinan y anuncian. Para hacerles frente, es de desear que sepamos no apartarnos de los ideales que aun guardábamos intactos en 1915: fe en las instituciones democráticas y pacíficas; anhelos de una vida más sencilla; la robusta confianza en nosotros mismos. Y si el huracán se desencadenara de nuevo (1) y fuera necesario vivir por un tiempo más o menos largo a la capa, acaso podríamos hacer mérito de alguna de las sugerencias de aquellos publicistas, las cuales tienen todavía valor de actualidad, como ser la necesidad de recolonizar el país sobre nuevas bases y de alcanzar en lo posible la independencia económica e intelectual.

ROBERTO F. GIUSTI.

(1) Este artículo se envió a la imprenta con diferente título: *A un cuarto de siglo de la gran guerra*, cuando todavía la guerra y la paz oscilaban en la balanza. Se ordena su impresión, hoy 1º de setiembre, cuando el huracán parece haberse ya desencadenado. Alemania en las primeras horas de la mañana ha invadido a Polonia y bombardeado a Varsovia.

EL NUMEN DEL MAR

Ales miserabilis

OVIDIO.

PÁJAROS del Océano,
Intrépida progenie de las alas;
Príncipes de la tempestad:
—Fragata, alción, albatros —,
¡Todo el alaje del mar!

Nació en su nido de algas y de espumas—,
Alción de mi destino,—
La desazón humana
Y el acento del cierzo marino.
Para él aquel pálido navío
Alumbrado del cirio funerario
Que tripula un espectro. —
Y la leyenda ática
Del aquilón dormido
En su nido.

*“Des ailes par dessus la vie
Des ailes par delá la mort”.*

El “águila del mar”, ése es su hermano,—
No es más que un ala,
Y esa ala es hermana del viento.
Como el viento, aventurero, errante,—

Su ojo incandescente
Va por todos los cielos del planeta
Y duerme por arriba de las nubes
Y de la tempestad.
Por tanto, es infeliz como la oruga,
Y trasunto cabal del alma humana
"Alas más allá de la vida y de la muerte",
Clama, clama, como nosotros,
Esclavo de su propia libertad.

II

Océano. —
Este de hoy es de plomo y de tinta.
La mortaja del cielo se ha tragado la luz.
Y detrás de las nubes cae sobre el horizonte
Un resplandor de nieve,
Y un resplandor agónico de azur.

Huye el sol en derrota. —
Tiende a su paso el Déspota
El tapiz de sus olas,
Con las luces más turbias y el más agrio color.
Y mientras el navío se acongoja en la sombra,
Yo siento el infinito hastío de los mundos
En su dramático esplendor.

III

¡Qué lejos de las ciudades de la tierra!
Esta proa de algas y de espuma,
Pecho de las Sirenas,
Otra vez nos enfrenta a la esperanza. —
Y se apagan los cánticos del árbol,

Y la voz de las cimas y los faros,
La miel de las cisternas y los pájaros.
Llegó con su máscara fosforescente
La agonía terrestre
A la entraña imperiosa de esta nave.
Y las Sirenas rondan
Y prometen la vida
Desde el tumulto líquido y protervo
Que encumbra la tragedia de las sombras.

JOSÉ G. ANTUÑA.

Montevideo.

Del libro próximo a aparecer *Cantos de Atlántida y el mar*.

AMADO NERVO

EL HOGAR.

ESTE hijo de las tierras fabulosas de los Nahuales y los Mayas, de aquella raza limpia y fina, que sabía de versos y nunca cerraba sus casas de piedras porque vivía de sol, nació en Tepic, a orilla del Pacífico. Más allá de la franja de agua azul que muerde y acaricia sus costas, el mar ruge y asorda. Por esa tierra ardiente, plena de marañosas selvas hay una luz que cuando se aspira con el aire fino, que aroma el espíritu de sus montañas natales, emborracha...

A lo largo del montuoso terreno se perfilan las intrincadas cumbres de las sierras del Nayerit, entre cuyas crestas blancas destaca su penacho de fuego el Cerebuco. Sus llamas, que iluminan de vez en vez las lomas y el paisaje de la pequeña y cálida ciudad, hacen soñar en las noches de los tiempos lejanos, cuando junto al rumor de las aguas del Tepic y del Tololotlán, alucinaban los ojos solitarios del español y del indio. De esa zona y de su cielo el poeta declara en versos de mocedad:

*Sí, ya amaba lo azul con ardimiento,
las montañas excelsas, los sutiles
crespones de zafir del firmamento,
y el piélagó sin fin cuyo lamento
arrulló mis ensueños infantiles...*

Los Ruíz de Nervo eran de cepa genuinamente española y gozaban de distinciones señaladas, en el patriarcal ambiente del entonces Tepic. El padre de Nervo era un buen cristiano, de maneras austeras, y tan retraído y callado como poco amigo de esparci-

mientos poéticos; carácter el suyo que contrastaba con el temperamento blando de la madre, mujer de talento y de fina sensibilidad, que poetizaba sus ocios, en silencio, con versos al hilo del fervor del tiempo, que no mostró a nadie; pero por cuyas rimas de matiz becqueriano diz que escapaban las chispas de un secreto de gloria...

De ahí, que hubo de irse de la vida sonriente cuando descubrió que por el alma del hijo Amado corría la lírica voz del ideal de su sueño. El hogar era de acendrada estirpe católica como que una de las hijas de los Ruíz de Nervo desposó con el Señor. Sólo que este niño de salud no abundosa, frágil como cuerda tendida en el espacio que a la menor caricia del aire vibra y tiembla, tiene un alma que los rayos otoñales le truecan en anhelos imposibles: en remotos deseos de ser nubes, celajes, lampos; tanto, que una desierta calleja argentada por la luna, escombros de ruinas olvidadas o el toque de queda le hieren hasta las lágrimas. Y el padre, que soñó para su hijo Amado un destino eclesiástico, no descubrió los versos escondidos del poeta adolescente sin un cierto mohín de desencanto...

LA CIUDAD DEL CLAUSTRO Y EL SEMINARISTA.

Un día, este niño ensimismado deja el aire de la campiña tepiquense y el cotidiano espectáculo de la sierra y del mar, con los caros rincones de sus juegos infantiles, y se traslada cargado de pobreza a la ciudad de Zamora, del estado de Michoacán, en cuyo seminario ingresa y cursa estudios sacerdotales.

La ciudad, ubicada en medio de un valle que glorifica la naturaleza, tenía su obispo, y el seminario de piedra sus doctos varones en teología y en cánones, por cuyas grandes y pesadas puertas salían y entraban, con su capa de casimir gris al hombro, el indio de lento andar, lacio cabello y ojos negros con reflejos azules, que con el moreno claro, dió, en Méjico, más que en pueblo alguno de América, ese tesoro de pasión, acendrado en el tipo criollo: flor del tronco que formó la doble raíz del linaje indio e hispano.

Aquéllo era un laboratorio de almas para su espíritu curioso: las había de las sierras, cerradas y esquivas; de la zona tórrida, atezadas y briosas; flacuchas y lánguidas, de las costas malsanas; contenidas y vivas, de las regiones templadas. Y traigo mi atención

a esto, porque creo, a veces, que el espíritu de los hombres flota con el de la tierra y el sentir de las almas en que se vive y respira...

Tenía la ciudad el perfil medioeval de los pueblos americanos del siglo pasado: sus caserones por diversas generaciones reparados, espaciosos y todo recogidos, con aquel corredor lleno de macetas con "Manto de la Virgen, chinos y rosas", de cuyos techos pendían jaulas de zenzontlis y canarios, y el arco de vidrio que sonaba con el viento... Sus balcones, esquivos a las miradas extrañas que, de trecho en trecho, mostraban las construcciones bajas y largas, de adobe o de piedra, a lo largo de callejuelas húmedas y tortuosas que se perdían hacia el mar, o hacia la cumbre pálida y dorada que, de puro religiosa, la gente del lugar llama la Beata...

Eran los tiempos de lentitud estupenda, sin los ajetreos ni los estrépitos de hoy; cuando al toque de queda el viejo médico dejaba la tertulia familiar; la visita de confianza se despedía ceremoniosamente y las calles, de suyo desiertas y silenciosas durante el día, dejaban ver apenas a la luz del farolillo tal o cual transeúnte, conocido por los ecos ya familiares de sus pasos... Las jóvenes, tímidas y soñadoras, con fuegos y recatos del "Idilio" de Núñez de Arce o languideces de Becquer, salían a las calles arrebuajadas de negro tópalo de merino, oían diariamente misa, confesábanse los viernes y comulgaban los sábados. Y cuando el poeta atisbaba la escena con los ojos, decía con el alma:

*Ese rumor que en vuestra alcoba, escasa
de luz, oís que dolorido nos nombra;
es la voz de un espíritu que pasa
agitando sus alas en la sombra...*

Que también el corazón del seminarista era de carne. Y cómo latía cuando el tiesto de un balcón le denunciaba fino gusto de cultivo o de canarios; allí aguardaba silencioso las manos blancas, los negros ojos y el talle leve que descubrían aquellos muros bermejos o azules, por cuyas rejas corrían las pasiones con el amor del tiempo, y que era: piar de pájaros para sueños de cielos y ahogo del capricho cuando hollaba la tierra...

Pero veámosle ahora dentro del claustro del estado de Michoacán tan ávido de latín y dogmática como de moral y de mística;

paladeando esa miel de las *Moradas* de Teresa de Avila o en el transimiento del

*Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo
toda ciencia trascendiendo*

de su Senequita, y que probado una vez pierde uno el gusto para las otras dulzuras de la vida...

Yo la imagino, a esta fibra mística, cabizbaja y paliducha, sedienta de amor ideal, en el seno del silencio y en continua comunión con la soledad, entre los viejos pergaminos del latín de la decadencia y de aquellos de la Edad Media, que guardan inmarcesiblemente el tesoro alado de Crisóstomo, la miel de Bernardo y el rayo de luna de Ambrosio, que entibia y humaniza la *Ciudad de Dios* del profundo Agustín.

La veo cerca de los ventanales con el infolio abierto sobre los muslos, sobre el infolio los codos, y el rostro soñador entre las manos; con la mirada perdida en las nubes de la tarde, en la cruz de la torre vecina, vagando en el vuelo irregular de las palomas o en el rayo de sol que juega con el polvo secular de los libros, ahitos de creencias y muertos ideales. Así, absorto en aquella luz de amor que jamás opaquecieron en el poeta, fatigas, hastíos ni desencantos, dones, éstos, que regala el mundo al que se nutre de belleza y se agobia con exceso de ideal...

Con este amor se deslía entre halos azules de cartujos ruinosos; y el alma, cual una antena del misterio, ensaya en silencio las estrofas del gozo quedo de su Kempis: tenues como la sombra del claustro, la añoranza de las tardes que pasan y el fulgor de las mañanas que se esperan:

*¡Ob casullas que al reflejo
de los cirios en cortejo
váis mostrando el oro viejo!
¡Ob vitrales policromos
fileteados de plomos
que brilláis bajo los lomos!
... ¡Tenéis mi espíritu yermo
muy enfermo... muy enfermo!*

Así, con el cuerpo desmedrado por tormentos interiores, y el alma llameada por cosas inefables, que refulgen las moradas del cielo de los santos, pasó cinco años de penitente encierro.

ANDANZAS... MEJICO... LOS GRANDES...

Y cuando a los veinte años vestía hábitos religiosos, muérole el padre, se despide del claustro y regresa al mundo. Permanece algún tiempo en su ciudad natal, donde trabaja y ocupa el sitial paterno en la casa solariega. De allí, sólo y sin destino pasó a Mazatlán (Sinaloa) a orilla del Pacífico. Anda sin dinero y a la ventura. Cierta distinguido abogado mazotleño le ocupa de escriba en su tapete. Le atrae ahora como nunca el mar y la montaña frente a los cuales le perturban a veces los ecos de los breviarios y misales de los templos. Tiene 22 años, estudia y escribe versos y prosas para un periódico mazotleco que despiertan curioso interés entre las gentes lugareñas, le distinguen en el ambiente y le dan una cierta nombradía. Sus anhelos por cielos y rincones más amplios le inquietan y le vencen, y más que nada el centro soñado por él de la ciudad, donde viven los grandes que perfuman sus sueños "con un grano de Copal del sahumero tolteca". Llegó a Méjico con los ojos "claros de tanto mirar el mar".

Corría el año 1894, cuando en la puerta de *El Partido Liberal*, Urbina, gran poeta y prosista brillante, de lánguida voz y rostro de azteca, vió por primera vez a Nervo, a la sazón de 24 años. En la sangre de sus páginas vemos vivir al poeta: mediana la estatura y tan escuálida que lo enjuto de las carnes parecía distender lo largo de las piernas; le cubría la cabeza una abundosa melena oscura y lacia; la cara tersa y pálida con nariz angulosa y delgados labios que sombreaba un bigotito recién salido; la mirada soñadora que, según Urbina, tornábasele a rato intensa y honda, cuando no se le encendía en luz abismal; gesticulantes las manos y con expresiones tribunicias, duchas en las crispaturas nerviosas del pugilato dialéctico; cubríale el huesudo busto un levitón negro de corte clerical, y por las maneras y el canturreo del habla, se descubría al garzon seminarista y provinciano.

En la capital imperaban entonces poetas grandes en la cabal acepción del vocablo; poetas que florecieron poco después de 1880, y cuyo apogeo dura hasta 1910; tiempo éste que dió en llamarse de

los treinta años dorados de la literatura mejicana y que se enlaza con el florecimiento de las letras en toda la América española, donde fueron figuras descolantes y centrales Darío, Rodó, Lugones, Gutiérrez Nájera, Jaimes Freire y Martí.

En la vida institucional mejicana se le conoce como el largo régimen de don Porfirio Díaz, durante el cual toda actividad política quedó reducida al mínimun y los escritores dispusieron de tiempo para cultivarse y escribir, en detrimento, un tanto, como suele pasar con gobierno de fuerza, de otras cosas esenciales a las actividades ciudadanas. Con ello, le quedaba al espíritu, sin ánimo de lucha y devoto del arte, espacio y tiempo sobrados para pulimentar su obra.

Es la época de *La Revista Azul* que dirige Manuel Gutiérrez Nájera, en la que escriben y brillan Díaz Mirón, poeta de sentido real y poderoso vuelo imaginativo, cuyos arranques y soplos hugonianos caen sobre las almas con aquel ímpetu de borrascas tropicales: "Rompe en un himno que parezca un trueno"; o serenado en la paz horaciana de su *Beatus Ille* busca el encanto que llena de olvido el pecho; cuando no se apresta contra el negro abaniqueo de los buitres que bajan de tajadas lomas a roerle el alma, blandiendo contra ellos su hacha de fuego que uncía con gracia de Jesús "En la fe que salva y la ilusión que integra", en esas *Lascas* con que el orfebre de gemas pasó a la eternidad; Othón, con sus *Poemas Rústicos* e *Idilio Salvaje* de corte clásico y aliento virgiliano; con su rapsodia del *Himno a los Bosques*; descripción emotiva y fresca de la naturaleza americana, más honda y amplia, a mi sentir, que la mentada *Silva*, prosaica y sin vuelo poético, de Bello; Francisco E. de Icaza, buen catador del alma de las palabras, trabajador de versos escuetos y elegantes, de resonancia queda y brumelesca; hombre de vasta cultura y luego crítico cervantino de gran alcance. Y entre ellos, el más amado de toda la juventud de su tierra, Gutiérrez Nájera, emotivo y tierno y de una natural elegancia expresiva.

Antes que *Azul* y *Prosas Profanas* de Rubén Darío, Gutiérrez Nájera comenzó a publicar versos que causaron, en Méjico, una verdadera revolución literaria. Fundó y dirigió la *Revista Azul*, desde el año 1892, hasta su muerte, en la que publicaba con el seudónimo de Duque Job, cuentos primorosos y poesías de

primer orden, por el soplo que su nuevo matiz les imprimía. Esta gloria legítima y alta de América, que no fué más que poeta en el más puro sentir del vocablo, recamó sus versos en cendales de hadas con alma de Musset y pulcritud carducciana. No es de extrañarse, pues, que haya trascendido tanto el autor de *Mariposas*, hasta el punto de que no hubiese, entonces, país en América hispana, donde, y antes que Rubén imperara, no se le imitase, y cuya influencia, sobre poetas de renombre del Anáhuac, es evidente. Y en cuanto concierne a los primeros versos de Nervo como al ideario ulterior del poeta de *Serenidad*, dan cuenta o no si la hubo, la sugerencia ideal que se desprende de esta cuarteta de *Pax animae* de Gutiérrez Nájera.

*Recordar . . . Perdonar . . . Haber amado,
Ser feliz un instante, haber creído.
Y luego, reclinarse fatigado
en el hombro de nieve del olvido.*

Y en cuanto a la prioridad de ciertas producciones fundamentales para la historia literaria del movimiento poético de América, puede comprobarse leyendo *Lápida*, de 1880; *Misa de las flores* del mismo año y la famosa *Duquesa de Job*, de 1884: ya que *Azul y Prosas Profanas* aparecieron en el 95 y 96 respectivamente. . . . Vuelos intuitivos todos los suyos, en los cuales sobresale el soplo de innovación y renovación, tanto en los temas como en las maneras y con atisbos y aciertos tan a pedir de boca, con el remozamiento literario del tiempo, que se adelantan en algunos intentos al propio Rubén Darío; como que, cuando se le haga una crítica justa e imparcial, le veremos asentarse en el plinto, entre las columnas poéticas de América, con un valor cercano, o tan grande, al que la preside desde el trono de oro de su *Reina Mab*.

Este ídolo de los poetas mejicanos muere en el 95, a los 35 años de edad. Nervo a la sazón cumplía 25 años; conmovido, recita una oración en verso en la tumba del autor de la fina *Serenata*, que le atrajo simpatía entre los grandes. ¿Quién que haya leído a Nervo, no se impresionó en su mocedad con aquellas tenues quintillas endecasílabas que dicen:

*¡Era un ritmo! el que vibra en el espacio
como queja inmortal, y se levanta
y llega del Señor hasta el palacio;
¡un ritmo! que en el cielo de topacio
se perdió: ¡como todo lo que canta...!*

Llegaba a la metrópoli con un tomo de versos preñados de lirios, con el oro del numen y la plata del talento, cuya bondad fue dispersando "sin antes abatir envidias y levantar admiraciones", en diarios y revistas de nota de la ciudad. Frecuenta las redacciones de los periódicos y se vincula con escritores descollantes; trabaja sin descanso y vive impregnado del gusto reinante de la época, viciado un tanto con los dejes atrayentes del Barrio Latino de París, y su espíritu, "añinado, encogido a ratos, a ratos expansivo", se define y le torna una personalidad interesantísima en los cenáculos literarios de la ciudad de los mexicanos, durante los tiempos que corren del 94 al 98.

Su rostro enjuto y cetrino se perfila en reuniones de amigos, cuando habla con pudor en comidas de artistas, recita en velada literaria o escribe la crónica aguda y brillante de la pieza teatral recientemente estrenada. Francia le atrae y seduce extrañamente: estudia con ahinco a sus poetas, y con este desvelo se le vuelve más dúctil y suave y natural el estilo. El *Bachiller*, un ensayo de novela, le dió pronto positivo renombre. Un libro de poesías, *Místicas*, lo consagró definitivamente; *Pascual Aguilera*, *El domador de almas* y *Almas que Pasan* son obras de este tiempo; dirige *La Revista Moderna* que fundara Juan Valenzuela, tan amplia y generosa como su *Credo*, y útil como pocas al movimiento intelectual de entonces; redacta a su vez *El Imparcial* y alcanza por último en 1898 la dirección de *El Globo*.

Con todo, y a pesar del entrevero, perduran sus latines y París le obsesiona con fatales signos... Un día lió su maleta y embarcó para Francia, aromado, todo él, con las nostalgias de estas flores ascéticas:

*¡Oh Kempis! antes de leerle amaba
la luz, las vegas, el mar Oceano;
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano*

... *Que el hombre pasa como las naves
como las nubes, como las sombras.*

LAS DISPUTAS LITERARIAS... DOCTRINAS...

Cuando Nervo comienza a escribir, como dije, nuevas tonalidades poéticas irrumpen y dividen a los poetas de América. Había en todos los rincones intelectuales del continente hispano, algo así como una briosa sinfonía de fiesta: en medio de sus noches encendidas, por el lomo de sus ríos transparentes, por el verdor de sus selvas ignoradas y el silbo de sus vientos, corría con fuerzas nuevas un escozor de libertad y de gracia.

Sus notas venían de los Parnasianos de Leconte de Lisle, un Dante moderno, que gusta de la fría desnudez invernal, envuelve su alma en la clámide helénica, echa de sí la libre pasión romántica del *Sturm und Drang* anémica e intuitiva, que nubla la visión clara del mundo de la realidad, le acorta las alas a la retórica vulgar y limita así el vuelo de su yo individual. Busca concisa, cerrada, marmórea de medallones y camafeos, tallados sin punto de sentimiento y tan impecablemente y en frío tal, que todo fuego verbal fué atenuado y toda sensibilidad casi anulada... Como veis, una forma particular del clasicismo.

Con ello obligó al Romanticismo a una vuelta agresiva contra aquella fórmula del arte del alma que decía: ¿"No es, acaso, de mármol la Venus de Milo?, y sin embargo se la siente y admira." Muletilla ésta del impasible, que quiebra en Francia el cristiano Verlaine con sus simbolistas. Decadentismo, modernismo o simbolismo, como queráis, no era más que una nota, a su vez particular, del romanticismo de allende el Rhin, curado por la inteligencia francesa con el horror a las formas netas, lapidarias y luminosas de los parnasianos.

¿No es algo indeciso, de índole huidiza y especialmente indeterminado cualquier sentimiento nuestro? Luego tomarlo como a cosa bruta para expresarlo en el verso escueto y cerrado ¿no es un contrasentido?

De ahí que Mallarmé sostuviera lo indefinido como lenguaje poético. *Sugerir* y *aludir* y nada de contorno preciso: un símbolo que nos diese el gozo ideal de la adivinación; porque ¿cuál es el tamaño y en qué lugar del espíritu tiene su asiento o mora la tristeza?

¿Cuál el color o la forma de la alegría? Preguntas del alma que nadie certifica; de donde deducían los simbolistas: O los parnasianos, trabados por el número, no pueden expresar el sentimiento, si lo tienen, o trabajan el verso en frío como sobre materia muerta sin cuidarse de los nobles atributos que abrasan y embellecen la vida y, por ende, justifican el Arte. Luego, si la verdad sentimental está en los matices cambiantes, inestables y fluctuantes del alma —cosas sentidas por todos y por nadie precisadas— nacía, naturalmente de las propias cuestiones, el gusto del simbolismo por la alusión y la sugerencia, la obscuridad y los sémitonos indecisos buscados en los más hondos recodos del espíritu.

Prueba de ello, *Romance sans Parole*, del "ne savoir pourquoi..." de Verlaine, que deja de lado la profusión verbal de los románticos, y afirma y reintegra lo vago en la música, como elemento peculiar e indiscutible a la poesía. Con esto, se fuerza también al poeta a crear su ritmo continuamente, y, en conformidad con el propio pensar y sentir, en lugar de aceptar uno extraño e imponerlo a las expresiones del alma; ya que el ritmo es el eterno toque de color con que el que crea pinta en el verso sus más recientes estados emotivos. Bien dice Faguet: cuando el arte literario se torna impreciso es menester que se vuelva musical para que dé algo. Cuando Joubert anhelaba expresar sus pensamientos en notas musicales y no en palabras, era un simbolista sin saberlo ni enunciarlo... Nervo tomó del uno la pulcritud de la forma, y del otro la musicalidad, extremándose, en ambas, a medida que avanzaba en producción y en años, tanto que sentía no poder expresarse con algo que tuviese la breve condición del gesto o de la voz; si no oigamos el vuelo y la sugerencia de estas estrofas:

*En la harmonía eterna, pecar es disonancia;
 pecar proyecta sombras en la blancura astral.
 El justo es una música y un verso, una fragancia
 y un cristal.*

*En la madeja santa de luz de los destinos,
 pecar es negro nudo, tosco nudo aislador.
 Pekar es una piedra tirada en los caminos
 del amor...*

PARIS . . . MADRID . . .

Después de dar a luz *Perlas Negras y Místicas*, se traslada a París. Tiene treinta años, anda por el Barrio Latino, tan mentado por aquellos días, de brazo de la Miseria y en tren de capricho y alegría, pimentados con granos de ilusión; mas, en todo, como la flor del *Estanque de los Lotos*, sin que el cielo manchase la pureza de los pétalos del alma.

El encanto nocherniego del París bullicioso le seduce y envuelve; y anda y vive entre músicos, pintores, ocultistas y alucinados, con aquella extraña figura que le daban el perfil cetrino maya, la lengua melena, el bigote afilado y la barba tupida. Era el Nervo de aquel busto con barba nazarénica que expuso en uno de los Salones parisienses su compatriota y amigo, el escultor Navas y que, según Darío, desprendía un "agradable aire de ensueño". No es él uno de los tantos que deambulan sin ton ni son por las calles del alma de Francia. Nervo estudia el idioma y lo ahonda en forma tal que, igual que nuestro Lugones, poetizaba libremente en francés.

El poema de más extensión que produjo, *Hermana Agua*, está fechado en París en enero de 1901; ¿quién no lo conoce?: lo compuso en blandos alejandrinos con primores del idioma de su tiempo y del que fluye un sentimiento serenado del Pobrecito de Asís. Es un agua lustral que cura del mal de la Vida: "Un hilo de agua que cae de una llave imperfecta . . . manso y diáfano . . ." que el poeta oye "con recogimiento y amor"; porque sus gotas incesantes y sonoras le "han enseñado más que todos los libros" de la tierra. . . Y diz que quien la bebe, "comulga con estrellas".

En junio y julio de este mismo año se cartea desde Madrid con Rubén Darío. Estas cartas si bien no pintan acabadamente la situación económica de Nervo, dejan traslucir unas que otras preocupaciones interesantes, como cuando expresa: "Ahora bien, trescientos francos "es" París, amigo mío, aunque no den chispa en Méjico". Quien que haya seguido de cerca la índole y maneras de ciertos amigos de Rubén no puede menos que ver el paisaje que ocultan estas líneas enigmáticas. . . "Seré con Soussens de una discreción . . . sacerdotal . . . ¡Ah! Pero sé que es en vano: Husmea . . . ; y remata con esta postdata: "Todavía no me ha descubierto Soussens".

Resultado de estas andanzas por Europa son el verso y la prosa

de *Las Flores del Camino*, 1903, y *Jardines Interiores*, 1904; de los que fluye en rimas traviesas, alegres y elegantes, una agradable comprensión del mundo.

En 1902 le vemos de nuevo en su tierra. En Méjico publica libros de lectura elementales para las escuelas del país, ganando en la capital, por oposición, la cátedra de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria.

Por esta fecha aparece en Méjico *Lira Heroica*, donde la lira pindárica le traiciona. *La Raza de Bronce* que bulle en sus venas es más bien sentimiento de misterio y de belleza en las que la vehemencia lírica de exaltación épica no cabe. . . Tres años después se le nombra segundo secretario de la Legación de Méjico en Madrid; desde ahora se inicia en la carrera diplomática, en la que culminó brillantemente, no sin antes haber pasado por unas que otras incidencias ajenas a su modo de ser, como ésta: un día un cambio de gobierno en su país lo despoja de su investidura. El diputado y escritor Sr. Antón del Olmet pide al Parlamento español una pensión para el poeta. Las Cámaras la conceden, el poeta la agradece en una hermosa carta, pero no la acepta.

El diplomático vivía modestamente en España, trabajando en silencio su obra lírica, no sin sentir las penas del alejamiento de la tierra mejicana, bastante prolongado por cierto. Cuando don Ricardo Rojas le visitó en 1908, tradujo su contacto con el poeta en estas palabras: "Seducía en el trato por sus maneras suaves de confesor. Insinuaba sus pensamientos sin ningún énfasis ni brillos tropicales. No discutía ni pontificaba, dejaba fluír el alma en una voz apacible aunque recatada de suyo;" y agregaba: "Es decoroso para nuestra América tener en España a un hombre tan digno y a un escritor tan noble".

Desde Madrid su nombre se difunde y se afianza con obras de calidad gloriosamente mentadas en toda la América hispana. Manda artículos y poesías a *La Nación* y a *Nosotros* de Buenos Aires y a otras publicaciones del continente. En 1909, aparece *En Voz Baja*, y Rubén certifica desde París con más entusiasmo que nunca: "Amado es la palabra que en querer se concreta." Y con razón; Nervo en *En Voz Baja* no hace más que eso; no es poeta, como nunca lo fué, de profusión ordinaria e incontenible; es poeta

de alma concentrada en substratum de calidad, por eso cristaliza en gema o se diluye en vino de gracia, así:

*¡Madre: los muertos oyen mejor!
¡Sonoridad celeste hay en su caja!
A tí, pues, este libro de intimidad, de amor,
de angustia y de misterio murmurado en voz baja.*

Su viejo credo que había sufrido ciertas influencias vagas al contacto del mundo, ahora deja de lado la penumbra de los por qué y de los quién sabe, y afirma:

*... Dios si existe
Nosotros somos los que no existimos.*

Quién no recuerda del libro que comentamos esta gracia melancólicamente humana, de la más auténtica y fina prosapia lírica: resuena sutilmente muy dentro del alma del hombre maduro, cuando añora el mundo de visiones ya idas, rincones domésticos y caras lugareñas, que el tiempo esfuma, borra o come despiadadamente:

*... Herrumbrosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
nada es de lo que fué...*

*... Pobre llave sin fortuna
... Y sin dientes, como una
vieja boca, si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada
¿Para qué te he de guardar?*

¿Se quiere una tristeza más fina, más honda, más ungida de suave piedad?; nada de vagas languideces ni de versos fatigados; un romanticismo discreto, tenue, con ecos de pasión y rozamiento de alas, que restañan las heridas del tiempo así, suavemente, como

*... Un vago recuerdo que me entristece
y que luego en la noche desaparece.*

SU ESTETICA.

No es un descriptivo, sino más bien un poeta del sentimiento referido al amor humano y al amor divino. Un contemplativo dominado por la sed de lo infinito, cuya lumbre percibe en todo lo creado con ojos teosóficos. De ahí que la poesía suya es de por sí hasta en los temas ligeros íntima y grave; no juego de ingenio ni capricho melodioso del pensamiento trivial y vano, sino eco real de los más altos conceptos de la inteligencia como de las más arcanas impresiones del alma.

En *Perlas Negras* y *Místicas*, obras de la mocedad, florecen versos cuajados de belleza y de idealidad veinteañeras, y donde, a pesar de sus latines y del imperio un tanto remozado de retóricas vagas y claustrales, el escritor se mantiene en las altas esferas del pensamiento poético.

París le impregna su leve humanismo y le torna más elegante en *El Exodo* y *Las Flores del Camino*; y tan refinado y técnico en *Jardines Interiores* como sobrio y contenido años después *En Voz Baja*.

Su rumbo ideal no cambia, es siempre cristiano, con idas y regresos extraños, que le vuelven, en el camino, su manera más grácil y aligerada.

Nervo pule y lima sus versos mas sin cuidarse de "tónicas" ni de "átonas"; sino más bien de lo que pueda empañarle la delicada vibración del pensamiento. Es después de largas peregrinaciones cuando lo sobrio del pensamiento le embellece el estilo y el verso se le vuelve bruñido, nítido; al punto que, por sus ritmos, el espíritu ni se fatiga ni se pierde.

Y cuando liberta su personalidad lírica de trabas teóricas inútiles, llega a uno de los puntos más difíciles y elevados del altiplano poético: a la cumbre de la sencillez, que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos, y es agua trabajada que sube de las propias entrañas de la tierra, tersa y fresca, aligerada de alas y de ruido...

Echa fuera de sí las palabras sonantes que ensordecen el ágora y habla y sonríe quedo, cuando no pía entre jardines con primores de pájaros encantados; sin más visiones de ciencia ni figuras de sueño, que las del mismo pájaro que nada sabe de preocupaciones

ni de gustos, fuera de la propia natural sencillez de su naturaleza de pájaro.

Esta desnudez del alma que viene con *La Amada Inmóvil*, sigue en *Serenidad* y se ahonda en *Elevación* sin lujo de forma ni riqueza de léxico; imágenes en palabras restallantes que se esfuman como quejas suspensas en ayes de ruego o de dolor y que prueban, con versos sueltos y ricos de sentido, que un hombre de talento puede, con cien palabras de cristalina resonancia, hacer más que otro con miles estruendosas...

Esta pobreza de atavío que sube de tono con *Elevación* se torna un tanto recatada en el *Estanque de los Lotos*, donde su lírica renace y esplende y produce el brillo de quien, ya sin nexo de ataduras ni de escuelas, da en prístinas gemas la veta genuina de su espíritu.

Y en todo, su nueva fuerza de redención anímica y verbal cuaja en cepa de pureza hispana: ni palabras elocuentes ni torturas parnasianas, nada de rima rica ni pueriles contorsiones; tamiza, depura las ideas que le vienen del misterio y que van, sin embargo, tras la voz evocadora, preñada de algo vivo, sutil y lejano, pero real. Y si con ello la curitmia del verso no se viste de gala, se cumple al menos la divina ley del pájaro de Dios: ser breve y terso como la verdad y la vida...

LAS MUJERES DE SUS VERSOS Y LA MUJER DE SU VIDA...

Sus mujeres son expresión cabal y auténtica de feminidad. No lloran ni desesperan; nos envuelven en hechizos femeniles: las hay de luces y las hay de fuego. No es un amor el suyo de palabras sonantes y floridas sino más bien una exaltación vital de ternura sin la sensualidad melancólica de Ronsard; aunque como en el sueño de Casandra, si bien en sus versos hay varias mujeres, una sola resplandece como delicia y tormento del poeta, de lo cual inferimos que habrá sido la soñada con quien pasó

... La vida mansa, honda, serena.

Mujeres hay en sus versos que son trazos de sombra con luces ideales, o delicadas figuras a lo Poe, llevadas desde el alma hacia la vida: contornos de sueños que pasan en puntillas con levedad de

hadas. ¿Fingidas? ¿Reales? No hace al caso. Las anima y colorea el flúido del sentimiento, cada vez más aéreo y más intenso del poeta. Un día es la vaga Quimera de los veinte años; otro la Monja sombría que llamó Melancolía; ora es la bella de las miradas "que le acaricia con el alero de las pestañas", cuando no la que le sonrío con "ojos tan tristes y tan hondos — que parecían siempre mirar en otras cosas". Caricias éstas que el poeta paga, como en floridos torneos, con belleza, con ideal o con ensueño...

Otras, suspiros íntimos y perfumes vagos, blancos como sueños de lirios florecidos en huertos cerrados, intuídos por el poeta en los trozos de pálidas esquelas y que van entre deliciosas penas, del madrigal aliterado al conceptuoso. "Difumadas vírgenes etéreas en ese lienzo de luz de *Prismas Rotos*, donde el amor "cual rayito de sol tibio y riente" no va más allá del leve paisaje del espíritu.

Algunas mujeres tienen nombre: Leonor, la de cabellera negra, como "el ala del misterio"; Blanca, la ansiosa "del paso ligero"; Sebastiana, la tonta, que mira con sus ojos de jade ese punto:

*...Donde los dos extremos eslabones se traban,
donde empiezan los simples y los genios acaban.*

O la de esta confesión sincera y graciosa:

*Soy cosa tan pequeñita
que con su brazo desnudo,
mi vecina Concepción,
me incita...*

O esto que se diluye encantadoramente en un ensueño de luz:

*Tan rubia la niña es, que
cuando hay sol no se la ve,
parece que se difunde
en un rayo matinal,
que con la luz se confunde
su silueta de cristal
tinta en rosas y parece
que en la claridad del día
se desvanece la niña mía.*

Se conmueve por ésta que pasa tiesa e indiferente a su lado,
y que:

*Tiene el vago embeleso de las damas de antaño,
en los lienzos antiguo en que muere el color.
¡No turbéis el silencio de su espíritu hurano!
¡No le habléis de amor!...*

Y ruega a este:

*... Nido de amor rizado y sedeno,
Por Dios, a nadie digas que tanto te nombro
... Por Dios, a nadie digas que tanto te sueño.*

Parecen sombras de cuerpos que se unen en un claro de luna o se pierden en un rayo de luz: una mirada que brilla y se nos queda metida muy hondo; un seno perfilado apenas con substancia de sueño, o dos labios en flor humedecidos por una pasión de carne que ni enturbia ni desentona el alma. Aun cuando visiones anímicas de mujeres de sangre llegan a la vida del poeta, todo cuanto sugiere es como este Triste:

*Mano experta en las caricias,
labios, urnas de delicias,
blancos senos, cabezal
para todos los soñares,
ojos glaucos, verdes mares,
verdes mares de cristal...*

Nervo no materializa el sentimiento lírico del amor; no acentúa con enfermizas precisiones danuncianas los contornos, ni les quita la vaguedad, el pudor ni el misterio a sus imágenes vividas o soñadas. De ahí, que los que buscan el séquito instintivo y quemante de la carne, en su poesía, quedarán defraudados ante este enamorado de la belleza espiritual que fluye del amor humano. Es que Amado, como puro soñador de cepa idealista, no ve ni lo malo ni lo feo en los caminos del mundo. Hasta cuando reprocha no sabe hacerlo sino así:

*Yo no se si estoy triste
 porque ya no me quieres,
 o porque me quisiste;
 ¡Oh frágil entre todas las mujeres!...*

Pero veamos lo que acontece una noche en París cuando el poeta entra en los 32 años. Dejemos que lo cuente con sus propias palabras; él, que sabía "con sueños rotos labrar un ideal"... "Va a hacer un mes que, a las doce y cuarto del día, se extinguió blandamente Ana Cecilia Luisa Dailliez, mujer excepcional por su gracia, su bondad y la persistencia extraordinaria de ternura, a quien conocí en París en una noche en que mi alma estaba muy triste, la noche del 31 de agosto de 1901, y con quien viví desde entonces en la más cordial y noble de las compañías hasta el 7 de enero de 1912, en que murió en mis brazos..." "Mis días se pasaban en la obscuridad de la alcoba, al lado de su lecho, espiondo su respiración, aguzando mis ojos para ver los suyos, entrecerrados apenas o abiertos en la sombra..."

Esto no es la visión abstracta que vestimos con resonancias retóricas de mentidas alegorías en busca del apoyo doctrinal trovadoresco del amor pensado con estrofas de tinta. Es su "Donna Gentile", que anda, habla y se mueve con definido contorno físico en el mundo desnudo de prejuicios del prólogo del poeta a su *Amada Inmóvil*.

Es un mundo de sombras con ayes y broncas turbadoras del hombre que lleva dentro de sí "Esa cosa alada y ligera" que presente y vislumbra los dominios divinos. Es la confesión más lacerante en boca de hombre culto, por algo que le envuelve, le penetra y le satura de ternura; sus rimas ya no tienen palabras sino trémolos, aires, suspiros, gestos; luz de quien descubre estremecido la llaga del dolor que le convierte en "cuerda que pulsan manos desconocidas" cuando traba las líneas de sus versos con eso del "espíritu que sopla dondequiera".

Ya no es más que un aldabón del alma que resuena en las tinieblas del arcano con sonoridades pavorosas y al que nadie, fuera del estribillo trágicamente dantesco, sentido en este sollozo real, le responde:

"Chiamo Beatrice, e dico: or sei tu morta".

Angustia que Nervo reproduce en *Gratia Plena*:

*Todo en ella encantaba, todo en ella atraía;
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...*

*¡El ingenio de Francia de su boca fluía!
Era llena de gracia como el Ave María.
¡Quien la vió no la pudo ya jamás olvidar!*

*... ¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fué mía;
pero flores tan bellas nunca pueden durar.
Era llena de gracia como el Ave María,
y a la fuente de gracia de donde procedía,
se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar!*

Y le viene este renuncio más amargo que la copa de su Kempis:

*¡Con ella, todo; sin ella, nada!
Para qué viajes
cielos, paisajes
qué importan soles en la jornada,
Qué más me da
la ciudad loca, la mar rizada,
¡El valle plácido, la cima helada,
si ya conmigo mi amor no está!
Qué más me da...*

Bendice a Francia y asocia a este dolor el imperecedero de la madre muerta:

Pues contigo nací; con ella muero...

Sabe que él no es el único hombre que padeció de amor sobre la tierra:

*Cuántos, pues, habrán amado
como mi alma triste amó...
Y cuántos habrán llorado
como yo;
...mas tiene cada berilo
su manera de brillar,*

*y cada llanto su estilo
peculiar.*

Comprendemos, ahora, claramente, esta "Cobardía" del poeta de *Serenidad*:

*... Pasó con su madre. Volvió la cabeza:
¡me clavó muy hondo su mirada azul!
Quedé como en éxtasis...*

Con febril premura,

*"Síguela" gritaron cuerpo y alma al par.
... Pero tuve miedo de amar con locura,
de abrir mis heridas que suelen sangrar,
¡y no obstante toda mi sed de ternura,
cerrando los ojos, la dejé pasar!*

Poco más de un año antes de morir la pasión por Ana Cecilia aún seguía avivando con estas llamas de cirios al poeta:

*¿Tú por qué no te embarcas alma mía?
... Tu amiga la más tierna ya se fué.*

Y estas palabras a manera de ariete contra ciertos escrúpulos, de la boca del poeta, que dice a Darío: "Mi querido Rubén: Me ha pasado lo más espantoso que podía pasarme. El siete de este mes, después de veintiún días de agonía, se me murió mi Anita. Vd. fué testigo de nuestro amor".

Amor que enseña y desnuda con este sentimiento:

*—Ciega, sí; no menguada;
Pasión de amor si es honda se nos vuelve sagrada.*

Y tan cierto es este divino tormento suyo, que siempre vuelve con sus rimas a los rincones por donde anduvo con ella:

*Prestigio de flores de lis,
perfume de labios en flor...
París, ¡oh, París! ¡oh, París!
Invencible amor.*

Amor que el poeta luego extiende en bendición a la Francia que se desangra en el Marne en aquellos versículos de su alma: "Dios proteja a Francia la magnífica... que riega con su sangre preciosa los diáfanos lirios de los ideales". Y así pagó a la Vida quien extrajo de su vivir esta ciencia:

*Si nadie sabe ni por qué reímos
ni por qué lloramos;
si nadie sabe ni por qué vivimos
ni por qué nos vamos;*

*Si en un mar de tinieblas nos movemos,
si todo es noche en rededor y arcana,
¡a lo menos amemos
quizás no sea en vano!*

SU MISTICA.

Personas descollantes en el mundo de las letras le llaman panteísta, sin determinar el sentido hondo y posible de esa denominación. Una religión con normas taxativas, decía Goethe, reduce y deprime el espíritu humano. En los versos del místico Angelus Silesius, se da esto: "Ninguna partícula de polvo es tan mala, ninguna gota es tan pequeña, que el prudente no sepa ver al magnífico Dios dentro de ellas". Y Novalis, que Nervo leía en su madurez, anota: "Para un hombre de sensibilidad religiosa todo puede ser revelación de lo divino." Es costumbre ver en ciertos críticos notables, clasificar como panteísmo a esta religiosidad, y hasta Don Ricardo Rojas, al definir a Nervo, desde el punto de vista de sus creencias, cae en este error.

Para un panteísta de verdad, la divinidad no es otra cosa que el mundo pensado como infinito. Es el *Deus sive natura* spinociano, es decir, es esa identidad que reduce el mundo espiritual a algo estático y le niega toda libertad vital, donde lo físico y lo psíquico son idénticos y cuyo contenido se expresa así: Dios y la naturaleza son una cosa, forman la substancia una e infinita fuera de la cual no hay nada.

Ahora bien, cuando la Mística cristiana toma este camino del mal llamado panteísmo, la divinidad no es el mundo pensado como

infinito, sino que siente y da un valor muy peculiar a las manifestaciones de Dios en el fondo del alma. Como bien lo expresa Eckardt, maestro de Mística: Dios está realmente en todas partes, pero, en cuanto ser divino no está en ninguna parte tan propiamente como en el alma; y Leibnitz, concluye, después de ciertas consideraciones sobre los caminos que conducen a Dios: La ley esencial es la palabra eterna que Dios dice al alma, y sin cuyo vigor nadie es feliz.

Mística, ésta, que discrepa con algunos intelectuales, que a pesar de ver en ella una vida íntima y reconocer la devota, la desprecian, porque la estiman obscura e inferior a la claridad de la concepción intelectual de Dios. Cuando se prueba que ella es la única que, con sus experiencias internas o la visión intuitiva, hace posible y efectivo el elemento que integra las sensaciones de lo divino; y que nadie lo describe con más honda penetración y vigor artístico que los poetas místicos.

Ahora bien, en Nervo se nota una vida de inquietud y de anhelo constantes por el conocimiento divino. Andando cae en la cuenta de que la verdad cristiana sólo puede comprenderse con el concurso de todas las facultades del alma, aplicadas con no menos fervor a ciertas prácticas milenarias de ciencias infusas que comprendió al contacto de ocultistas y teósofos durante sus peregrinaciones. Estas idas y estos regresos a la creencia de sus mayores no significan en él negaciones, como algunos han pensado; sino más bien ciertas encrucijadas del alma habidas ya en los grandes místicos y a quienes por motivos tales, la mala comprensión humana tachó hasta de paganos...

Esta Mística que nace de la conmoción del hombre por la religión, y más, cuando en medio de los altibajos del mundo y de la vida dada cotidianamente, quien la vive, mantiene su fe, como en Nervo, es la primera, a mi sentir, en comprender toda la plenitud de lo divino. Esta Mística que nace con, y se funda, en la religión de la libertad, sentida siempre como imperativo, deber, propósito moral, es subjetivamente libre y específicamente moderna.

El sabe que guarda su Dios dentro del pecho, y que es un hombre que hace incursiones por los caminos del mundo, poblados de palomas y de lobos; tal como lo hiciera un fraile de la Edad Media o el más ferviente de los católicos de hoy, ve, en estos tiempos atisbos de cosas medioevales, que expresa así:

*...Y por librarme de lo imprevisto,
cuando mi estancia se queda sola,
guardo en mis ropas un Santo-Cristo,
un Santo-Cristo y una pistola.*

SU ALMA.

Si tiende los ojos en redor no es a la manera de ciertos místicos que nublan en lo humano el esplendor de lo creado. Contempla el Universo con ojos de poeta, ojos que presienten en la armonía total, que nos envuelve, voces y señales por las que el alma pueda seguirle hasta su seno, movido por un "acto de fe", que enciende la gracia en "fuego de amor". Y le ama a la manera antigua y en el propio:

*...Frescor cristalino
que nos brindan los eternos manantiales;*

viendo un ara en cada gruta, en cada árbol, en cada pétalo; oyendo de lo acre de la selva, del perfume de las flores, del placer de la vida y del dolor de la muerte brotar una oración hacia aquel Ideal que todos buscamos en el Universo con "nostalgia de Dios"...

Se adentra tanto con los ojos en las *Montañas* como en el fondo de los *Pozos* que pierde por ratos la conciencia de sí: creemos asirle con la mirada del alma en el seno de lo infinito y sólo vemos la realidad de una sombra que brilla y atrae, bogando arrobada: "como un gran soplo en el mar de las causas".

Estas caídas a la fuente lustral de donde procedemos, en el océano sin fin del Hacedor; este abismarse en las vivas esencias y este sentir el deleite del milagro que dice:

*La arena me dió flores, la roca me dió agua,
Me dió el simún frescura, el tiempo eternidad...*

Este traslado de vida por caminos inefables que varones prudentes dieron "en tener por peligrosos", por ser manjar del alma del cual nada enseñan libros de carne ni ciencia catadora de apariencias de cosmos, sino la ciencia de esos "instantes en que el pensar no existe".

Esta levedad del verbo que se difunde por el espíritu y lo sume en un mundo de ternura, comparable sólo al sueño transido de la mujer amada que eterniza la especie:

... Ya no hay dolor humano que no sea mi dolor...

Este sabor de cielo pregustado en transporte de paz, en esta voz del desaliento de lo cercano, y a la vez tan llena, tan mansa y tan dueña de sí:

*Ya no tengo impaciencia; porque no aguardo nada...
Ven Fortuna, o no vengas, que tu máquina alada
llegue al toque del alba, llegue al toque de queda;
con el brote abrileno, con la hoja que rueda...
Ya no tengo impaciencia, porque no aguardo nada.*

Esta vena ni sagrada ni devota sino mística; rica en apariencia de lo humano hasta en su expresión profunda de la carne, que es también raíz de lo divino en almas como Nervo; un alma que la razón zahiere en las caídas y en los renuncios; que se sabe y confiesa el más imperfecto y menos que una nada en este salmo de humildad:

*¡Oh, Señor!, no te enojés con la brizna de yerba.
Mi nada no merece la indignación acerba
de un Dios... ¿Es ley que emplees tu flamígera espada
de tu resplandeciente Miguel contra mi nada?
Piedad para la oruga, Rey manso de Judea:
Tú, que jamás rompiste la caña ya cascada
Tú, que nunca apagaste la mecha que aún humea.*

Porque lo místico, en la vida del amor divino o poetizado, no es patrimonio exclusivo del cristiano cerrado entre las sombras de sus rejas, sin ápice a veces de espinas y menos del llanto del arrepentimiento de los pasos por los caminos del mundo, cuajados de aristas como los de Jesús... Lo místico, en mi pobre sentir, abarca más de lo que cree y siente el común de los creyentes.

Poeta místico es Ben-Gavirol, y con todo eso no es poeta cristiano, dice Menéndez Pelayo. Rey de los poetas cristianos es Prudencio y no hay en él sombra de misticismo. Se puede ser teólogo,

cristiano y devoto, y hasta santo, y no percibir ni el aroma más leve del Pobrecillo de Asís: que nunca supo de letras ni se curó de teología, sino de ruego ingenuo y maravillosa simplicidad.

Místico no es quien quiera por más inclinación que tenga hacia la contemplación de las cosas divinas: Fray Luis de León dejó de ser místico el día que compuso estos versos:

*...Y mientras miserable-
mente se estén los otros abrasando
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.*

*A la sombra tendido
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.*

Y me perdone este pecadillo de desobediencia la cumbre de mi maestro Menéndez Pelayo... Porque esa es la pasión del éxtasis de vivir para consigo, y es la más acabada definición del egoísmo: pecado de lesa humanidad en boca del poeta cristiano.

Místico es quien soporta la carga humana con su almohada de cardos y su colchón de ortigas y, con todo, columbra en sus sueños de soledad, por unión de amor con Dios, la llama de su pasión divina, y la vuelca, cual vino de gracia, en la copa de barro de los demás: "Porque Dios no separa ni disocia amores: los junta y aprieta más".

Místico es aquel que viviendo entre los hombres como Jesús entre fariseos y traidores, comprende y ahonda su fe en la bondad de la vida, en vez de perderla.

Místico es aquel que tiene el valor de creer en la gloria de Dios, después de la prueba de fuego del andar por la tierra, sin otra esperanza divina de salvación que la que siente en el alma cuando predica, sin desmayo y a despecho de los lobos, la existencia de un "más puro ambiente de amor y caridad", bajo este cielo...

El griego politeísta, amador de la forma, que confina los ojos y limita el espíritu, no sabe del éxtasis ni del ensueño contempla-

tivo; quien, como él, creyó que los hombres valían más que los dioses, no tuvo ni sombra de ese vago sabor de lo infinito. Leopardi, con ser ateo, amargo y despiadado, es un místico envuelto en el velo griego de sus versos; el mismo Shelley, muerto a los treinta años, sin más ciencias ni sistemas ni teorías gnósticas ni racionales, sino con aquella luz del numen de su alma, es místico hasta cuando azuza la rebelión contra el cielo de su Prometeo Desatado.

No creo en los versículos que desprecian la materia como a una mancha en la vestidura de Dios. Cuando Petrarca analiza y se pierde en minuciosidades sutiles del sentimiento y del alma, no es místico en grado heroico, como el cantor de finezas, encendido por la pasión mundana del Amor, que tiene en Ausias March:

*El oro fino y extremado
en sus profundas venas escondido...*

SU TRANSITO.

En cartas e informes confidenciales que remitía desde Europa a su país, Nervo nombra en ellas a Lugones como la expresión más alta de la poesía en América. Y cuando llegó a nuestro país con el mensaje espiritual de su tierra, la patria nuestra mandó a Lugones para que lo abrazara. Sus poemas los oyó en vida de finos labios de argentinas; labios que invocaron al cielo cuando enfermó, y bebieron lágrimas en su tránsito, que fué, para nosotros, como un desgarramiento fraterno: porque antes que el excelentísimo señor diplomático era ya, en nuestro corazón, el poeta del dolor, del amor y de la muerte.

Quiero anotar aquí los últimos instantes del poeta, por la profunda significación que tienen para ciertas vidas: el 22 de mayo de 1919, Nervo, enfermo gravemente en la ciudad de Montevideo, platica con Zorrilla de San Martín quien por nada abandonaba la cabecera del amigo. Intimas inquietudes vánle avivando al moribundo la idealidad divina de la niñez, como cuando con aquellas palabras tan suyas de transparencia y plenitud iban amortiguando en su Mística la estima de lo que es "tierra y ceniza".

Vibra todo él con ese espíritu de San Juan que "sopla donde quiere", y mueve el sonido interno de la parábola que se oye "sin saber de donde viene ni adonde va", y cuyo soplo "numi-

noso" parece la sombra de otro sentimiento inaccesible a la comprensión por conceptos. ¿No es esto, acaso, el temblor que le venía a los labios cuando musitaba sus primeras oraciones de niño devoto y triste? Mira tímidamente y con ternura a su colega y a su Cristo al alcance de la mano con ese brillo en los ojos que se trueca en llama y para lo cual la palabra es ruido y la expresión es humo...; pero que en poeta de verdad es númen que suscita y despierta los anhelos íntimos al más cercano en amor o en ensueño. Y Zorrilla de San Martín, el vate henchido de *Resonancias del Camino* y del milagro de Santa Cecilia, capta las ondas postreras del poeta, y dícele en voz queda, la delicia del Enviado: "No olvides que Dimas, el buen ladrón, fué el primer santo que compartió con Jesús el paraíso".

Era la vuelta definitiva a la religión en que había nacido. Cuando llegó el sacerdote habló largamente a solas con él... Después miró sonriente a su amigo, y le dijo: "Poeta, qué feliz me siento ahora; hay rayos de luz en mi alma". Dos días más tarde fué hacia "el mar sin ribera", como la luz huidiza de un cirio a los pies del Señor...

MIGUEL TARZIA.

Chivilcoy.

DIOSES

VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE HENRI FRANCK

EN mi balanza ardiente peso dioses diversos:
el Dios de los muchachos que tiene un libro nuevo
y una música alegre que rueda por los campos,
el Dios de los soldados de botones dorados
y el Dios de los ancianos que asoma en los arriates
y se sienta con ellos a ver morir las tardes,
el Dios de los callados campesinos que viven
como la tierra ávidos, como los bueyes tristes,
el Dios de los tenaces pescadores que alzan
sus redes chorreantes de estrellas y de algas,
el Dios de los alumnos que en la paz del domingo
charlan hasta que el día se desploma vencido,
el Dios de las aldeas del invierno sin pájaros
que trasnocha al abrigo de los vidrios sudados
y el Dios que vive envuelto en la luz del estío
y corre entre las parvas y se nutre de higos,
el Dios de los guerreros, de tempestad y trueno
y el Dios de los que mueren sin ver la luz del cielo,
el Dios de los amigos que ha de cantar desnudo
—como los troncos que arden— su canto de oro y humo,
el Dios de los artistas, marcado para siempre,
que oye gemir las aguas de las trémulas fuentes,

el Dios de la fortuna que regala rumboso
sus naipes encantados y sus balas de plomo,
el Dios del viejo mundo que cava enloquecido
surcos como trincheras, trincheras como abismos
y el Dios del nuevo mundo que custodia en la caja
de Pandora un sagrado tesoro: la esperanza,
el Dios, el sacrosanto Dios de la patria, eterno,
con su guirnalda de astros vencedores del tiempo
y el Dios de los que hienden los bosques con sus hachas
—Dios de la tierra toda como el fuego y el agua—.
Pero el Dios que yo busco, que tiene sed de vida,
sed de amor, sed de paz sobre la tierra herida,
el Dios fecundo que une como el sol a los pueblos,
no el Dios que recompensa solamente a los muertos,
el Dios, el cotidiano Dios padre y sembrador
¿dónde está? Dios de todos y de ninguno, Dios
de los que viven, sueñan, trabajan, sufren, aman,
que enciende las estrellas y apaga las borrascas,
que sonrío en la pura mirada de los niños,
que está cerca del hombre, cerca de los vencidos,
cerca de los dolientes, cerca de los hermanos
que nacieron del barro pero no son de barro.
Dios de misericordia, ¿dónde estás? ¿dónde estás?
Que tu presencia pueda tocarse como el pan.

CÉSAR TIEMPO.

LA INQUIETUD DE BUENOS AIRES EN LA LITERATURA ARGENTINA CONTEMPORANEA

LA inquietud de Buenos Aires pertenece a los hombres de Buenos Aires. Nuestras dudas, nuestros titubeos, no sólo son de escaso interés para el extranjero, sino que difícilmente podrían comprenderlos los hijos de naciones viejas y ya orientadas. Somos un pueblo adolescente, y en la adolescencia comienzan las luchas.

La infancia de nuestro país fué petulante, vanidosa y llena de ilusiones como todas las infancias. Esta tierra niña surgía segura de sí misma y plenamente confiada en su radiante porvenir. Nuestros escritores de entonces no sentían todavía la inquietud que hoy nos devora, pues esta inquietud argentina es un signo evidente del siglo XX. En el siglo XIX nuestra literatura se reducía a himnos de esperanza y loas a la patria. El movimiento literario era casi por completo poético. Es un fenómeno observado, que en los países jóvenes la poesía es mucho más fecunda que la prosa, como que son pocos los jóvenes que no han escrito versos antes de madurarse.

No es mi intención juzgar el valor literario de esas composiciones en un tiempo en que la cultura era escasa en América; pero quiero leer algunos trozos, entusiastas hasta la ingenuidad, de una generación que no dudaba. Fray Cayetano Rodríguez exclama con seguridad:

*América del Sud feliz respira
De palmas y laureles coronada.
Déjate ver desde hoy engalanada
A presencia del orbe que te admira.*

A nadie le asombraba ese optimismo, ningún grito se elevó en contra de esa beatitud. Por el contrario todos respondían en el mismo tono:

*Calle Esparta su virtud
Su grandeza calle Roma
Silencio que al mundo asoma
La gran capital del Sud.*

La gran capital del Sud era simplemente una ciudad chata, colonial, pero llamada a grandes destinos aunque recién daba sus primeros pasos. Los hombres que la habitaban no habían tenido tiempo de darse a sus inquietudes espirituales. Eran hijos de guerreros o guerreros ellos mismos. Sabían el precio que había costado esa patria nueva y por eso la miraban, absortos, deslumbrados. José Rivera Indarte cantaba con el entusiasmo de los primeros años, que para él también fueron los últimos:

*A la orilla del Plata majestuosa
Se eleva Buenos Aires patria hermosa
Con mujeres más lindas que las badas
Al salir de sus grutas encantadas
Y guerreros de audacia y alma fiera
Que han clavado en los Andes su bandera.
Besa sus pies el río de aguas claras
Puras y dulces con virtudes raras.*

Ya nosotros nos hemos confesado que nuestro río está lejos de tener aguas claras y puras, pero no por eso lo queremos menos. Hemos aprendido a amar sin ceguera y nuestro amor nos hace mal. El progreso no nos ha asustado, al contrario, hemos visto con una impotencia dolorosa y creciente que sólo progresa la vida material, que el espíritu argentino todavía anda a tientas sin saber orientarse. Queremos crear y realizarnos, y por eso nuestros escritores, fuertes de su buena intención, dicen la verdad actual, inquieta e indecisa, para que la convirtamos en una verdad firme, en la América en marcha de la que habla Mallea.

Ya nadie cree como Joaquín Castellanos que América es "la patria de las almas". Si de un mal adolece nuestra tierra es del mal de las almas. Almas agitadas, inconclusas: almas de adolescentes.

Luego vino el gran Darío y su canto a la Argentina fué el último que se elevó sin romperse en un sollozo:

*Argentina región de la aurora
Oh tierra abierta al sediento
De libertad y de vida
Dinámica y creadora.*

Para los hombres del siglo XX, para los descreídos, la Argentina no es todavía eso, pero eso es lo que queremos hacer de ella.

Ya no somos los tranquilos moradores de una ciudad apacible y pequeña, ni tenemos tampoco la exaltación de los héroes de la independencia, ya no hay unitarios, ni federales, ni mazorqueros, somos un pueblo que pugna por realizarse. Vivimos en una larga paz, y por lo tanto hemos tenido tiempo de conocernos, de estudiarnos, de disecarnos. Es el momento o nunca de encauzar al país, pero para eso tenemos que saber con fijeza hacia donde queremos encauzarlo. Es hacia una exaltación común, es creando valores que hasta ahora hemos despreciado, dando a los ideales y a la vida espiritual el lugar que les pertenece, y afianzando el sentido ya olvidado de la argentinidad.

Buenos Aires no debe desdeñar su infancia; tal vez en ella encuentre recursos que la ayuden a madurarse. Había mucho bueno en la simplicidad de las calles empedradas y de los caserones sin calefacción, pero no podían conocer nuestra angustia sorda indefinida, la angustia de los que han crecido demasiado pronto, de los que al salir de la infancia se encuentran poco hábiles, mal preparados, para afrontar la vida de la gente grande.

Porque Buenos Aires ha crecido, se ha agigantado. El progreso tan cantado y deseado por nuestros abuelos ha invadido la ciudad. Ya es una gran metrópolis, acaso podríamos decir sin equivocarnos que es la capital de América Latina. Sus calles se abren formando avenidas y sus serias casonas coloniales se derrumban para dar lugar a blancos rascacielos de cemento armado. La vida hierve, se precipita, entre los cinematógrafos que pululan en las calles del centro, las "boites", los teatros, los restaurantes, los hoteles de lujo.

Pero ese progreso, rápido, mecánico, nos ha desconcertado. Esa vida activa y material no era para nosotros. Conservábamos todavía algunos resabios de la "Gran Aldea", nuestros pasos titubearon en

la ciudad de hierro. Para acostumbrarnos a vivir en ella, pedimos consejo a Europa. La fiebre de los viajes devoró al argentino. Había quedado lejos el tiempo en que Florencio Balcarce lloraba:

*Adiós, dulce sombra del techo paterno,
Adiós, compañeros de infancia feliz,
Amigos queridos, mi adiós es eterno,
Adiós, Buenos Aires mil veces y mil.*

El argentino ya partía, feliz, orgulloso, con el espíritu sediento de la cultura que le ofrecía a manos llenas el viejo continente.

Pero el argentino tenía que volver a su tierra. Allí estaban sus intereses, sus afectos, y la inmensa llanura esfumada y triste, donde la mayoría de ellos poseía algún pedazo de campo. Al llegar a su patria, todos confesaban que Buenos Aires crecía, que Buenos Aires progresaba, pero en el fondo del pensamiento surgía el recuerdo de las obras de arte que Europa les ofrecía a cada paso.

Así crecimos las nuevas generaciones, llenas de una vaga nostalgia por una patria que no era nuestra. Sabíamos demasiado para admirar lo poco que teníamos, y no sabíamos lo bastante para encauzar nuestro país en el ejemplo de las viejas ciudades europeas.

Hemos asimilado lo bueno y lo malo que han podido proporcionarnos Europa y América sajona, hasta que al fin un día, cansados de repetir pensamientos extraños, dejamos escapar, todos a la vez el grito que estallaba adentro nuestro. Gritamos nuestra angustia y nuestra inadaptación, la impotencia de poder libertarnos de sugerencias ajenas.

A más de uno, podrá parecerle raro ver que pase a tratar en un mismo tema a dos escritores de distinta tendencia y distintas generaciones, pero esta inquietud no es propiedad de una edad ni de una posición determinadas. Cada cual la siente a su manera, la pinta a su modo, o la calla. Pero todos la sufrimos, porque es la inquietud de Buenos Aires.

Esa rebeldía nuestra, la gritó Gálvez en *Hombres en soledad*, uno de los libros más discutidos en este último tiempo. No faltó quien tachase a Manuel Gálvez de anti-patriota, simplemente porque se atrevió a decirnos cara a cara nuestros defectos. Pero encarar nuestro problema como lo ha hecho Gálvez no se llama destruir

sino construir. Sólo el que se atreve a confesar sus errores es capaz de corregirlos.

Esta novela puede parecer pesimista, por su conjunto de hombres y mujeres irrealizados, pero en realidad, si Gálvez ha exagerado nuestra desorientación fué para enseñar a orientarnos.

El autor empieza el libro con la palabra mágica, la palabra que crea mirajes en la mente de todo argentino: ¡Europa! Y ese es el tema que domina al libro, la obsesión de Europa, la rabia impotente de los que no pueden dejar este país de hombres solitarios. Brega por Europa el joven ávido de placeres, el hombre capaz aunque descentrado, las mujeres, todas un poco retóricas y esfumadas en un libro que quiere pintar, sobre todo, al hombre argentino.

Hay un solo personaje, importante, que comprende el error de esa mirada hacia Europa, es Roig, el que pinta la esperanza de Gálvez, el que nos prueba que el libro marca un derrotero, que para el autor no ha sido un placer gritar imprecaciones, sino que ha querido mostrarnos el mal, tendiéndonos, a la vez, el remedio.

Es esa obsesión de Europa la que trae la desorientación que surge en cada página del libro de Manuel Gálvez. Nos comparamos y nos sentimos inferiores. Nos sabemos irrealizados y para consolarnos pensamos con una triste dulzura lo que podríamos ser allí. Claraval lo dice de una manera contundente al principio del libro en una conversación con su mujer:

Hay algunos individuos que viven principalmente por el espíritu y para el espíritu. En los pueblos de vieja cultura abundan estos hombres. Aquí son escasos. Estos hombres necesitan, para poder vivir, de un ambiente espiritual. Yo soy uno de esos desgraciados. Sí, desgraciados, porque en esta ciudad no existe ni el anuncio de ese ambiente. En esta urbe tan dinámica y tan rica, la vida es vulgar y material. No hay en ella sugerencias espirituales. Y esto repercute en la literatura, en el arte, en las relaciones sociales, en la política, hasta en el amor, rebajando el nivel de todas las cosas.

Y ante la pregunta de ella, muy femenina por cierto: —¿Crées que en otra parte nos querríamos más o mejor?, el contesta sin titubear:

Seguro, como es seguro que en Europa yo sería un escritor profundo. El país me ha hecho superficial. Muchos sentimos esta superficialidad que nos rodea y nos invade. Y no podemos evadirnos, presos, como estamos, dentro de algo enorme que nos envuelve y nos ahoga. Nos pesa la herencia, y sólo buscamos el placer mediocre. No tenemos un sentido religioso de la vida, ni heroísmo,

ni grandeza. Somos poco humanos. Los que pudiéramos entendernos espiritualmente no nos encontramos. Tememos exageradamente al ridículo y huimos de toda confianza. Nos aislamos en nuestro interior. Yo me ahogo. Necesitaría irme a Europa, a respirar aires espirituales...

Y cuando Gervasio Claraval habla así, sangrando, dolorido, su mujer escucha sin comprender nada: ¡Hombres en Soledad!

La desorientación crece a medida que el libro avanza y van apareciendo nuevos personajes. No hay un triunfador que merezca serlo, no hay un matrimonio feliz, y ninguna de las mujeres que pinta Gálvez ha creído tener más misión en la vida que el amor, ninguna de ellas consigue realizar su vida sentimental. Marchan de desilusión en desilusión y de error en error. Viven para el amor y no saben obtenerlo o no saben conservarlo.

Hay una sola figura femenina que sobrepone sus ideales a su amor, pero es una extranjera, y asimismo apenas se la nombra; pasa como una luz demasiado fuerte sobre el fondo gris de tanto descentrado.

Pero de pronto, todos esos seres ávidos de aferrarse a algo, vislumbran una esperanza: es la Revolución de Septiembre.

Y la revolución llega, y la revolución pasa, se olvida, y todo sigue igual. En vano exaltaron sus ánimos, en vano creyeron que ese latigazo podía despertarlos del letargo sin sueños en que se hundían irremediamente. El pueblo argentino es valiente y noveler, pero le falta tenacidad.

Es en la hora de la revolución cuando Block, un personaje extraño, furibundo, sin ningún control sobre sus actos ni sobre sus palabras, empieza esta disertación:

Este país es un pudridero. No hay aquí carácter, ni energía, ni juventud, ni patriotismo, ni disciplina, ni pasión. Es el nuestro un pueblo escéptico, de gozadores de la vida. Sólo nos interesa el chiste estúpido, el tango sensual, los placeres de los sentidos, las carreras, los copetines. ¡Un pudridero!

Pero el que habla es Block, no Gálvez. El autor no puede responder de todos sus personajes, ni puede encarar las cuestiones sociales bajo un punto de vista meramente personal.

Pero hasta Block, el energúmeno, tiene una esperanza.

¡La Revolución nos sacudirá a todos, nos purificará a todos! Hasta los vencidos renacerán puros y fuertes. El país revivirá. Valdrá la pena quedarse en Buenos Aires, asistir al espectáculo de la renovación y resurrección argenti-

nas. Ya no necesitaremos emigrar a Europa. Ya no nos aburriremos, porque tendremos demasiado que hacer, que construir. Buenos Aires la horrenda será un lugar ideal. Lo embelleceremos. Todo puede hacerse con voluntad, con energía, con entusiasmo, con plata. Y nada de esto nos faltará. Se acabará el convencionalismo de nuestras vidas, la perpetua mentira que nos envilece. Seremos hombres y no fantoches. Tendremos almas. Formaremos un pueblo joven y unido y llegaremos pronto a la verdadera grandeza.

Manuel Gálvez sabe que Block es un loco. Y dice por boca de Claraval, el personaje central de la novela: "Su mal, querido Block, no lo curará sino a medias con la Revolución. Porque su mal es la soledad espiritual".

Block acepta estas palabras de Claraval sensatamente, sin enojarse, cosa rara en él. Y después de comparar la soledad plena del campo con la soledad sofocante de la ciudad, termina diciendo:

Aquí todo separa, desde las distancias hasta los ruidos, desde el ansia de ganar dinero hasta la vanidad. Los amigos más íntimos sólo nos encontramos en el trajín de las calles, en el bochinche de los bares, en la vulgaridad de las fiestas mundanas, en el hastío de los clubs, en la vida estúpida de las oficinas. ¡Siquiera hubiese una emoción común, una vibración unánime!

Eso es lo que nos falta: una emoción común. Las últimas generaciones nos hemos criado sin esa idea que une a los hombres de un mismo pueblo en Europa: la guerra. Cuando no se tienen enemigos es difícil saber apreciar a los amigos, por eso los argentinos no hemos sabido unirnos ni vibrar al unísono. Tal vez para demostrarnos esto Gálvez introdujo la revolución en su libro.

Luego la vida continúa, llena de tropiezos, de dudas, de errores.

Desgraciadamente no tengo tiempo de explayarme como quisiera en el estudio de un libro que será con los años un verdadero documento, algo triste por cierto, de la sociedad porteña. Porque Gálvez describe con igual prolijidad, los distintos ambientes familiares, los bares, las pequeñas reuniones de literatos y pseudo-literatos. No las describe con benevolencia, pero sí con la angustia impotente del que ve equivocarse a un ser muy querido. Y para Manuel Gálvez, ese ser es Buenos Aires. Porque cree en él no le perdona sus errores, porque conoce sus posibilidades mira lleno de un asombro doloroso la manera en que las desperdicia. Ha captado nuestras timideces, nuestro terror al ridículo, nuestra soledad, al principio forzada y luego voluntaria. Esto lo dice en un párrafo, salido de su propia boca y no de la de un personaje imaginario:

Acostumbrados a la soledad del espíritu, los argentinos tenemos el gusto de la soledad como ciertos enfermos que toman cariño a su mal y no aceptan las posibilidades de salud que se les ofrecen. Nos cuesta salir de nosotros mismos, nos quejamos del aislamiento y, no obstante, nos encerramos en nuestro interior. Rehuimos hablar de todos los temas esenciales, de aquellos que acercan a las almas, que predisponen a la confianza. A veces, tal vez para defendernos del peligro confidencial, nos burlamos de nuestras propias inquietudes, creencias y pasiones, o nos manifestamos agresivos y antipáticos. Por un extraño pudor, que es una forma de orgullo, designamos con palabras groseras a las cosas más graves y transcendentales. Morirse es estirar la pata, o clavar la guampa, o cantar para el carnero.

Nada de esto podemos negarlo, y acaso nos enorgullecemos de esa actitud un poco despectiva, para hablar en lenguaje porteño, "sobradora", y que recuerda a los soldados que van a morir tarareando canciones picarescas.

Ni uno solo de los personajes del libro ha dejado de sentir pasar sobre su frente el sople de la revolución. Cada cual la encaró según su punto de vista, cada cual tuvo la ilusión de que ésta resolvería su propio problema. Claraval la aguardó con escepticismo, pero después del movimiento, ninguno creyó más que él ver su vida resuelta. Para él, resolver su vida era irse a Europa, y el nuevo gobierno podía darle un consulado. Entonces, vemos que las influencias políticas siguen primando en Buenos Aires. Claraval ve irse a su cuñado, joven insignificante, con la misión que él deseaba.

Pero este fracaso encierra la lección que nos conduce hacia la esperanza de Gálvez. Alejar nuestras miradas de Europa. volver nuestros ojos hacia nuestro país. Gálvez no lo da a entender, lo dice por boca de Roig:

Tenemos que volver los ojos a la tierra, a nuestra tierra, para ser algo en el mundo, para tener una cultura propia. Hay que olvidarse de Europa. Sí, olvidarse y no desear volver allá nunca. Nuestra situación de servilismo es tal, que yo, exagerando, diría que debiéramos hasta odiar a Europa. Es un veneno Europa. El snobismo que tanto mal nos hace es una forma de idolatría hacia Europa. Basta ya de vivir pensando en la literatura, en el arte, en los problemas, en las modas de Europa. Miremos con ojos limpios a nuestras cosas y aprendamos a amarlas.

Y continúa más adelante:

Europa nos manda sus contradicciones, la unidad le encontraremos en el retorno a lo nuestro, a la tierra. Y también, es claro, en la cultura, en el espíritu humanístico que nos falta. Por la cultura llegaremos al conocimiento de nos-

otros mismos. Somos un mundo nuevo. Hasta ahora sólo nos hemos preocupado de vivir, de organizarnos. No hemos tenido grandes cuidados intelectuales ni espirituales. Los que los tienen, como Vd., Claraval, es porque pertenecen a un mundo viejo, por tradición de familia, o por cultura adquirida. Quiero decir cultura excesiva y prematura. Vd., Claraval, vive para adentro, y nuestro país que es joven, vive y necesita por ahora, vivir para afuera. Por eso Vd. no lo comprende y es un no-conformista. Pero con el tiempo todo cambiará. Hemos pensado y creado poco porque no había llegado el momento de pensar y de crear. Ahora empieza ese momento, o va a empezar. Vd., Claraval, ha nacido un poco temprano. Dentro de algunos años, cincuenta o cien, habrá en el país una cultura propia y habrá todo lo que Vd. quiere y no encuentra. Mientras tanto, sus inquietudes, como las de tantos otros argentinos, son benéficas. Esa soledad de que Vd. suele hablar puede ser fecunda para nuestro pensamiento, nuestra literatura, nuestro espíritu, nuestro carácter. No tratemos de evadirnos yéndonos a Europa. Aceptemos esa soledad. Es el mejor de los dones que ha podido hacernos el destino.

Esa página de Gálvez justifica ampliamente el pesimismo que parece reinar en el libro. No vivamos de una vida ajena, coloquémonos libres de trabas frente al porvenir.

Ya nuestra soledad deja de ser una maldición, es una bendición si sabemos entenderla. Nuestro peor dolor se convierte en el principio de nuestra grandeza.

Por lo tanto, no nos queda ninguna disculpa para ser un pueblo de descontentos, de amargados, ni para llorar con un llanto histérico nuestro fracaso antes de empezar a luchar. Juventud no implica triunfo, implica una lucha ardua para conseguirlo.

Pero esta inquietud nueva que nos devora, ha sido sentida por otro de nuestros grandes escritores: Eduardo Mallea.

No hay en sus libros la indignación que encontramos en *Hombres en Soledad*, pero hay un dolor áspero, humano, casi una súplica que se eleva pidiendo una reacción.

Eduardo Mallea ha pintado nuestras dudas y nuestra fatiga en *La Ciudad Junta al Río Inmóvil*, y su angustia ha estallado dolorosamente en un libro imbuído de amor por su tierra: *Historia de una Pasión Argentina*.

Mallea, como Gálvez, conoce nuestra ciudad, tal vez mejor que nosotros, porque no ha nacido en ella. Puede recordar la primera vez que la ha visto, puede recordar sus impresiones iniciales. Nosotros sólo hemos podido tener una sensación semejante, aunque no equivalente, a la vuelta de un viaje.

A Mallea tenía que chocarle la soledad estridente de la ciudad, pues dejaba atrás la soledad pura y estimulante de la orilla del mar. Pero él quería luchar y Buenos Aires era el campo apropiado para un hombre joven, lleno de ambiciones y de talento.

Quisiera, antes de entrar en la obra de Mallea, transcribir todo el prólogo de *Historia de una Pasión Argentina*; he de contentarme con estas palabras que saben hacia donde quieren conducir:

Hacia nuestra Argentina, argentinos insomnes; hacia una Argentina difícil, no hacia una Argentina fácil. Hacia un estado de inteligencia; no hacia un estado de grito. Quiero decir con inteligencia la puesta en marcha de una desconfianza en nosotros mismos junto con la confianza; sólo esto es fecundo. Mientras vivamos durmiendo en ciertos vagos bienestar estaremos olvidando un destino. Algo más, la responsabilidad de un destino. Quiero decir con inteligencia la comprensión total de nuestra obligación como hombres, la inserción de esta comprensión viva en el caminar de nuestra nación, la inserción de una moral, de una espiritualidad definida en una actividad natural. Es necesario ir hacia ello, no detenerse, argentinos, argentinos sin sueño, argentinos taciturnos, argentinos que sufren la Argentina como un dolor de la carne.

Todos hemos sentido nuestra desidia sin querer confesarla, pero el lamento de Mallea nos ha traído a la realidad. Sólo el que ama de veras tiene derecho a decir verdades dolorosas, y Mallea ama demasiado a su tierra para poder decir sus defectos sin que lo tilden de mal intencionado. El sabe que nuestro progreso es una mentira y que hemos ido perdiendo día a día el sentido apenas esbozado de la argentinidad:

El extravío de nuestro pueblo es joven, tiene los años de este siglo: poco más de treinta y tantos. He visto inmigrantes de antes e inmigrantes de después; en ellos puede estudiarse, como las turbaciones profundas en un semblante, la historia de nuestra decadencia como patria, más que como nación o como estado.

Y después habla de Buenos Aires. Porque es de Buenos Aires de donde parten nuestros errores, nuestra desorientación. En todas partes del mundo la capital marca el paso y la imita el resto del país. Aquí, eso sucede más que en ninguna otra parte, porque nuestra capital es también nuestro puerto.

Historia de una Pasión Argentina es la historia de un hombre que quiere encontrarse a sí mismo, pero no se contenta con realizarse solo, quiere ver a toda su tierra alzarse de pronto en el apogeo

de su juventud triunfante. Entonces una desilusión lenta, infinitamente triste, se va infiltrando en el alma del adolescente que explora su ciudad. Este párrafo desolado lo dice todo:

Tardes, tardes de invierno en Buenos Aires; calles frías, áridas y solitarias, luces calcinadas del anochecer, barrios del norte desiertos, viejas calles costeras con color a frituras y ferias y bric a brac, ruidos estridentes de timbres llamando a funciones modestas, grandes bocas de tráfico central con las aristas pretenciosas del mármol reciente, plazas de pocos árboles, lejanos parques de mediocre estatuaria, monótonas voces de tantos diarios, calles de amantes ocultos, yertos canteros, lujosos cafés, hoteles y restaurantes, avenidas confusamente pobladas. ¡Ah! ciudad, ciudad enorme, ciudad opulenta, ciudad sin belleza, páramo, valle de piedra gris: tus tres millones de almas padecen tantas hambres profundas! En tu corazón éramos como una doliente sangre, nosotros, los que teníamos menos de veinte años y un fervor desatado de ánima y mente; los que sufríamos al ver holladas las causas justas, las causas por las cuales se debe combatir, las causas en que el objeto tiene una infatigable belleza inespacial como el vuelo que presienten en torno de sus cabezas los delirantes; inexpertos, irritados, vindicativos, vagabundos, discutidores, lectores devorantes, orgullosamente celosos, ariscos, hirsutos, que después de enarbolar todo el día la soberbia de nuestros proyectos y opiniones, mostrando a quién quisiera mirarlo nuestro desprecio por el sueño y la comida, íbamos a pagar pasada la medianoche hurgando en las despensas familiares tras un resto de pollo frío y a dormirnos sin odio con sólo poner la cabeza exhausta sobre la almohada

Eduardo Mallea sufría no de su propia ansiedad, sino del sufrimiento de su país, de esa ciudad a quien empezaba a amar con un amor hosco, exigente, un amor que no perdona errores ni flaquezas, y la ciudad era toda error, toda flaqueza. Por eso su amor se parece al odio, es una pasión argentina, y la pasión no admite fronteras entre el odio y el amor. El quería arrastrar a la ciudad hacia el fin que se había propuesto, y la ciudad apática lo miraba con sus ojos ciegos. Mallea entonces dice:

Y yo estaba ahí, angustiado, sin fines, en mi ciudad, sin lindar con nada sino con los terribles medios que son los que tienen vigencia en la vida de los argentinos. Siempre los medios. Y esta abominación por ese modo de ser de los argentinos actuales, la encontraba yo confirmada también en el pensamiento pascaliano: "Es cosa deplorable ver a los hombres no deliberar más que de los medios y no del fin". Para agregar esta verdad cruda: que nada da más lástima como ver a los que siguen el tren de sus padres, porque han sido prevenidos de que es el mejor, así sigue el infiel siendo infiel por prevención, el cerrajero siendo cerrajero, el soldado soldado... ¡Los medios! o sea la falta de visión del todo, esto es, del principio; la falta de visión del vivir armónico,

del vivir íntegro. El error de creer que pueda haber bien individual solo, de creer que pueda haber otro bien que no sea un bien sinfónico, de que si no prosperamos haciendo prosperar a nuestro alrededor, nuestra prosperidad pueda haber sido más que apariencia y engaño. El error de creer que pueda haber vida por representación, vida representada en lugar de vida vivida. ¿Cómo contentarme con la satisfacción general de llevar en mí medios y no fines? Medios de conseguir las cosas, en lugar de medios de serlas...

Eduardo Mallea busca algo más en la vida que la sensación animal de vivir, pero la ciudad se hunde cada vez más en su sibirismo. Y el hombre que se siente solo por haber conseguido evadirse de la fácil molicie que deleita a los demás, dice:

Así los que conocen en nuestra tierra, el sentido severo de la vida, los que no dormitan, los que sufren por tener conciencia, de cierta pasión sacramental, los íntegros, los invisibles, los enfermos de honradez, son los que viven separados por un abismo insondable del rico epulón, son la parte no futura, sino ya salvada de nuestro país como Lázaro.

No quiero insistir sobre este libro, a pesar de ser tal vez la obra principal de Mallea, pues sería imperdonable no ocuparme en un artículo de esta índole de *La Ciudad junto al río inmóvil*. El libro empieza con un diálogo que es casi un monólogo, claro y fuerte. Mallea cree en su pueblo adolescente, y admite sus errores como propios de su excesiva juventud. Pero presintiendo el porvenir dice estas palabras que con el tiempo pueden tornarse proféticas:

El hombre subterráneo de América en marcha. Estos solitarios terribles que andan grávidos de sí sobre la extensa tierra cuya posesión detienen en el planeta. Usted nunca habrá observado un hombre grávido portando un nuevo ser que será él mismo pero diferente... Hay algo en esos hombres de brutal, y al mismo tiempo, mucho más adentro, de tierno; feroces emotivos capaces de destruir e incendiar, y perdonar; inseguros de lo que quieren en medio de su cruda ambición dirigida; nada cándidos: irritables y suspicaces como el animal en celo; activos, por contraposición a ese sueño que se mueve lentamente en su entraña. Hay algo en ellos de emocional y de salvaje, algo que no ha llegado todavía al territorio del espíritu, pero donde ya madura un advenimiento: el de ese nuevo hombre de América, intacto, incontaminado, armónico como las partículas sonoras de un canto.

Y agrega más adelante:

—¿Sabe Vd. lo que pasa en América. ¿Sabe usted lo que pasa en la extraña ciudad donde rueda un taciturno mutismo? El progreso del peregrino adolescente, entre la multitud, el progreso, el andar (sabe usted: vivo) de una causa

humana. Todos esos hombres huraños, qué novedad traen al mundo! ¿No los siente usted moverse — no los ha sentido en el campo, en la ciudad? Turbas, verdaderas turbas cuyo mutismo es el introito de un canto que sonará con voces frescas y pujantes en medio de tanta destrucción y desastre y palidez humana, y muerte. Un canto. ¿Sabe usted lo que significa hoy un canto en el mundo? Sin duda lo ha olvidado: todos lo hemos olvidado. Piense en esto: un canto, el gozo. A mí me gustaría saber anunciarlo en otra forma. Diga usted: América; diga: Argentina. ¿No oye usted nada? Claro; nadie oye nada; pero ese mutismo es ya una voz, el introito de la voz conjugada de estas masas. ¡Qué coro! Tierra, hombres, mujeres, niños, tormentas y soles en almas de hombre, entonando la voz que llevan todavía silenciosa. Niños, hombres, mujeres, tormentas, soles en almas viriles, preparando su canto, su expresión...

Así nos prepara Eduardo Mallea a entrar, sin que eso nos desaliente, en las vidas grises, oscuras, que pueblan las páginas de su libro.

Porque una tremenda equivocación se ha infiltrado entre nosotros, se ha hecho sangre y carne en el pensamiento argentino la vida fácil en nuestro país. Pero en la Argentina no se vive fácilmente; más de la mitad de sus habitantes sufren hambre y frío, mientras los moradores del barrio norte de Buenos Aires cantan un himno a la opulencia y a la riqueza de nuestra tierra. No quiero hablar aquí del salvajismo y el abandono de la mayor parte de nuestras provincias, pero aún limitándonos a la capital podemos afirmar que no es éste un rincón de Jauja sino para unos cuantos privilegiados, hablo en el sentido material.

Eduardo Mallea sabe todo esto y por eso dice:

Aquella ciudad no ofrecía destinos blandos, aquella ciudad marcaba. Su gran sequedad era un aviso; su clima, su luz, su cielo azul mentían. Una riqueza fabulosa ocultaba el hierro rojo.

Mallea comprendió de inmediato la importancia que tiene en la vida espiritual argentina tener una ciudad que sea a la vez su capital y su puerto. A los puertos llegan todos los días seres extraños, seres que no saben cómo echar raíces en ese asfalto duro, seres que no atinan a dirigirse hacia el interior, pues prefieren estar cerca del río y poder mirar, presas de un placer morboso, esas aguas turbias que pueden conducirlos nuevamente a la patria lejana abandonada bajo el influjo de una quimera engañadora. Pero ese puerto sería menos duro para ellos si no fuese a la vez una capital opulenta.

Avesquín, el personaje de *Sumersión* —primera novela de *La*

Ciudad Junta al Río Inmóvil, sufre durante todo el curso del relato, del abandono del inmigrante solo en Buenos Aires. Porque ese europeo no sabe comunicarse con los hombres nuevos de la tierra nueva, El autor dice:

Comprobaba cada vez más desalentado, y él mismo se sentía jadear secretamente, que no podía llegarle una palabra, una comunicación. ¿Quién se detenía, allí, en medio de un creciente, productivo previsto destino? Cada uno tenía su ruta; en esta ciudad las rutas eran paralelas, como sus calles. Viejas vías estrechas, focos peligrosos de contacto, de conversación o retardo, eran abatidos a diario. Se encaraba el progreso, El Progreso. Un enorme silencio humano gravitaba sobre la ciudad.

Y luego continúa:

Ya sabía él lo que era esta metrópoli, el capitán se lo había susurrado, sentencioso, casi con un aire sibilino, al llegar frente al caserío monstruoso. Tierra de prostitución, de falsos símbolos. Tierra húmeda, nueva y maravillosa, vencida por el oro del sacrificio ganadero, vencida por el capital de un cúmulo de miserables generaciones arribadas de regiones extrañas a la comodidad y a la ambición, a la adulteración de lo honorable.

Y la idea se repite, se afianza, como el motivo central de una sinfonía.

Pero, pensó que su vida no podía comunicar en el fondo sino con ese desierto y tal idea melancólica lo llenó de emoción. Pensó que vivir es desarrollar energías, proyectar emociones, pasiones, en una sucesión progresiva y en él todo estaba de regreso, todo su caudal humano volvía de la acción, fatigado. Fatigadas las piernas y el alma, con esa fatiga trabajosa que se parece a un rale. Fijó los ojos en aquello que lo rodeaba, a la izquierda y a la derecha, hacia adelante, bajo la hermosa bóveda nocturna, muros y muros, estupendos falansterios rectangulares, contra todo esto había rebotado, y volvía, traído por el violento rechazo.

Y el europeo pobre, apenas culto, pero acostumbrado al contacto con seres humanos, no ve más salvación que huir de ese desierto al que no supo entrar. Porque Buenos Aires es esquivia y huraña para el que no tiene el valor o la capacidad de conquistarla. Es un pueblo cosmopolita y asimismo duro para el extranjero, cuando ese extranjero no se contenta con ganarse en silencio el pan de cada día.

El segundo cuento se llama *Solves o la inmadurez*. Es un relato humano, de esa humanidad dubitativa que camina a tientas

por la ciudad nueva. Solves es un hombre brumoso, indeciso, inmaduro como lo dice el título. Ella, Cristiana, que se cree firme en su maduración lenta y progresiva, tiene también como los demás, un dejo de ese temor, la soledad. Creyendo resolver dos vidas de una manera cuerda, sensata, indiscutible, se empeña en realidad en resolver su propia soledad. Soledad firme, inconfesada, sin gemidos, pero soledad al cabo, resignada y fría. La inquietud de Solves no es un accidente individual, es "la de todo hombre en marcha hacia sí mismo. Esa aventura tortuosa, grave, formaba parte de una extraña humanidad, una humanidad que estaba todavía por resolverse. En marcha. Una humanidad americana".

Esos americanos irresolutos prosiguen su marcha a lo largo del libro. El autor tampoco olvida que en Buenos Aires hay quienes imponen a sus inquietudes un ritmo de música de feria. En la *Rapsodia del alegre malbechor*, nos pinta a ese sujeto típicamente porteño, alegre, despreocupado, ávido de goces sensuales: Carlos Oro. El que dice: "Vale más reír que llorar, exclamar que musitar, amar "que admirar". El no quiere saberse solo, quiere gozar, y recién cuando ha bebido mucho, dice algo serio y triste, algo sobre la vida ruda que ha aprendido junto a los hombres de la Cordillera, a los hombres que sufren en silencio vejaciones y miseria. Alrededor de Carlos Oro se mueven sombras abocetadas de mujeres solitarias, y a pesar de sus esfuerzos por reír, hasta el alegre malhechor siente por un instante pasar sobre sus sienes el roce implacable de un viento frío, penetrante, el viento de la ciudad donde todos están solos.

Sigue una *Conversación*. Dos seres mediocres. Dos vidas mezquinas, vacías de sentido. Son marido y mujer, pero nada los une. Pasan por el libro rápidamente, dejándonos una sensación de mal-estar, como al cruzar por una tierra árida. Y pasamos a la *Angustia*. Título que no podía faltar en un libro donde todo es angustia. Esa amargura es la de Ana Borel, una mujer misteriosa, dolorida, uno de esos seres que no saben soportar la soledad interior mientras a su lado se dicen palabras vanas, frases de circunstancia. Ella tampoco supo comunicarse con nadie, y ante su vida sin trayectoria, sólo sabe preguntarse: "¿Qué significa esto? Doy algo, me dan algo? Qué sentido tiene vivir así?" Una mujer que según las palabras del autor: "estaba sola con su inutilidad".

Después llegamos con la misma tensión nerviosa a *La causa de Jacobo Uber perdida*. Jacobo Uber es tal vez el personaje más desamparado del libro. En su vida opaca y mediocre no se vislumbra ni por un instante la luz de la esperanza, por eso la muerte de Jacobo Uber, buscada por él mismo al fondo del río es un simple decir "¡basta!" a esa tristeza mórbida, estúpida, arrastrada hasta entonces por las calles sin alma de la ciudad junto al río inmóvil.

Al salir de esa congoja, es casi un alivio entrar en la vida recta de Serena Barros. Ella también está sola, pero resueltamente sola, y esa resolución sin límites, sobrehumana, nos hace bien; pues acabamos de dejar atrás todos los matices de la debilidad.

En medio de un gran silencio, silencio de la ciudad y de las almas, un hombre joven que teme estar muerto, piensa en todos los jóvenes que han muerto verdaderamente sin poder gritar la última palabra. Entonces se pregunta qué hacen ellos, los elegidos, los que siguen viviendo. ¿Qué han hecho de esta tierra joven? Y luego se pregunta:

¿Dónde está el hombre en ellos? ¡Su infalibilidad! Como si un hombre no valiera precisamente por lo contrario, por el modo de conocer su falibilidad y gritarla, superarla a fuerza de llegar al fondo de ella. Hombres, representando; mujeres, representando. ¿Esto es América? ¿Es esto el fruto humano de un mundo nuevo, es esto lo que crece de la tierra fértil? ¿Es esto, vida?

Y el joven que sufre y medita, se ve rodeado de pronto por esos seres que están representando, o acaso simplemente olvidando. Seres que no quieren ser seres sino fantasmas. Que quieren reír antes que nada.

Y por fin, termina la caravana de desorbitados con un hombre y una mujer: Durcal y Berta Mur. Ellos saben lo que quieren pero asimismo han sido frustrados por la ciudad implacable. Estas palabras de Durcal, pueden ser dichas un día por el Buenos Aires que ahora calla:

Y yo, tan miserable como he vivido, tan lleno de mí mismo, quiero comenzar, inmediatamente, la lenta tarea de destruirme. De destruirme en lo que ha sido, a fin de crear otro ser, capaz de fecundidad por la fe y la solidaridad humana y la desmesura en la pasión.

Eduardo Mallea no ha perdido la fe, si no callaría. Pero él sabe que algún día su grito de amor desesperado va a ser escuchado por ese nuevo Buenos Aires con que sueña, y dice así:

Como si en esa ciudad donde había tantos hombres solitarios, tantos ánimos prematuros, tantos tristes por no haber madurado en sí su fruto, tantos vencidos ardientes, tanta juventud llena de dolores inexpressados, hubiera de pronto corrido la voz de que sólo los que han agonizado en el desierto, muerto en la duda, renacerán, encontrándose inocentemente en el territorio de la esperanza y en la familiaridad con el goce.

Porque tiene ese presentimiento luminoso, Mallea terminó su libro con esas palabras que son a la vez un canto de esperanza y una profesión de fé. De esa fé que mueve las montañas y despertará a tanto solitario adormecido por el silencio obstinado de la ciudad junto al río inmóvil.

Pues es indudable que a pesar de sentirnos un poco traicionados, todavía creemos en Buenos Aires. Ella es nuestra ciudad, una ciudad inconclusa, cuyo pecado mortal es el escepticismo y la fría indiferencia de cada habitante. Una ciudad ávida de lujo, de ostentación, cuando tiene el porvenir entre sus manos. Hombres que prefieren la vanidad al orgullo, que quieren triunfar solos, sin tender la mano a los que vienen atrás. Sin embargo, y Mallea se ha dado cuenta de ello, tenemos que surgir todos para que el país surja. Nuestros ideales no pueden ser individuales, tenemos que inculcarlos, contagiarlos, a cada argentino. Porque el país somos nosotros, y de nosotros depende hacer un pueblo sereno de este pueblo inquieto. Solamente de nosotros, no de las generaciones que nos han precedido, dejándonos por herencia esta carga de dudas y de irresoluciones; ni depende tampoco de las generaciones venideras, pues si siguen nuestros pasos estarán demasiado descentradas para saber reaccionar.

Esta hora es nuestra, y esta ciudad es nuestra. Sepamos ser los nuevos y verdaderos fundadores de Buenos Aires.

SYLVINA BULLRICH PALENQUE.

VIDA Y NOVELA

SIEMPRE ha tenido la novela, entre otras cualidades, la de decirnos algo sobre la vida; al leer una novela, creemos estar oyendo contar nuestra vida o la de los otros. ¿No es acaso la historia de los hombres parecida a una triste o regocijante narración? La humana existencia —pensamos perezosamente sin detenernos a meditar— es sólo una sucesión de acontecimientos alternativamente ingratos y agradables igualados por una misma fuga temporal y por un mismo decepcionante desenlace.

A veces, la biografía de un afortunado mortal llena de sucesos inesperados, sobresale por sobre la mediocridad de las demás; entonces la llamamos "vida novelesca".

Otras veces, al leer una novela donde el dolor humilde adquiere un relieve heroico o ante el relato donde se mezclan sentimientos, pasiones e ideas, decimos: "he aquí la vida".

Los términos "vida" y "novela" se han acercado o alejado al azar de las más diversas teorías. Algunos los unen hasta confundirlos; otros los separan por completo. Unos y otros, extremando las semejanzas o las diferencias, han desorientado a quienes, leyendo novelas, cumplen, sin saberlo, una función trascendente cuyo alcance explicaremos más adelante.

Suele decirse que la novela refleja la vida, que se inspira en ella, que la estiliza y aun que la transforma en obra de arte. La fórmula más cómoda, y que menos compromete, es aquella según la cual la novela combina en proporciones variables realidad y fantasía. Llámese novela de costumbres, de análisis o psicológica, siempre contendrá aquellos dos elementos. Si bien esto no explica nada, permite hacer crítica basándose en ese supuesto y utilizarlo como "hipótesis de trabajo".

Esta hipótesis provisoria nos permite, pues, separar lo real, que según los defensores de dicha teoría sería el argumento. A primera

vista —en efecto— esto es lo más parecido a la vida. Si esta afirmación fuera exacta, la actividad que nos ocupa se habría agotado por falta de asunto. Ello no es así; una ojeada a la historia de la literatura nos demuestra que si bien los temas se repiten las novelas son siempre diferentes. Por otra parte, si la anécdota fuera el único sostén de la narración, ya el teatro y en especial el cine, habrían terminado con la novela. No sólo no ocurre nada de eso sino que, por el contrario, en todo el mundo civilizado, una multitud de escritores sigue escribiendo novelas para un público que busca en ellas algo que se asemeja a la vida y que no obstante la vida no puede darle.

Por más variados y eficaces que sean los recursos de que dispone el escritor, nunca consigue transmitir al lector la impresión de "lo vivo". Hay algo en la vida que es rebelde a lo literario, algo que escapa a su habilidad y observación. Por su lado la novela despierta interés, tiene un poder de atracción, un clima distinto que seduce y ante el cual fracasa el análisis.

Esto nos impulsa a preguntarnos: ¿qué es la novela? ¿Cuál es su esencia, y por qué parece acercarse más a la vida cuando en realidad más se aleja de ella?

El hecho más general que observamos y que no puede ser puesto en duda, es que todo el material que el novelista utiliza para construir su obra, proviene exclusivamente de su propia experiencia. Experiencia es lo que a él y sólo a él le sucede. Lo que hace, percibe, piensa, imagina o sueña. Sus ideas, sentimientos y pasiones.

Pero la experiencia es una riqueza inestable, cambiante. Se sucede sin poder detenerse nunca. De su continuo fluir, aunque vario, multicolor y brillante, la memoria no guarda sino un recuerdo confuso e impreciso. Igual, en su incesante pasaje, y diversa hasta en sus más mínimos detalles que no se repiten jamás, esta corriente vital no puede proporcionar nada fijo ni definitivo.

Pero si bien el escritor no consigue detener la vida que pasa a través de él, le es dado tomar otra actitud que encuentre lo que hay de firme en el cambio. Caracterizamos por ahora esta actitud diciendo que es una contemplación activa, y la llamamos "interpretación de la experiencia".

Interpretar es considerar la experiencia con una mirada que la abarque en su totalidad. Esta actitud no conduce a informarse de

lo que es cada cosa; tampoco define ni clasifica. No pretende obtener sólidas cadenas de conceptos. No adopta los métodos de la ciencia ni de la filosofía; no puede, por lo tanto, llegar a establecer fórmulas ni a enunciar leyes.

La interpretación, que es el procedimiento propio del novelista, sólo se logra por una unidad de visión. En ella se interesa el ser íntegramente. El hombre se compromete por entero en esa función unificadora. Se arroja en el torrente de su experiencia; no la rehuye; no la critica. Se enfrenta con ella, aceptándola por completo, pero luego se eleva y, tomando distancia, la contempla.

Lo que existe y acontece: el individuo, el paisaje, la sociedad, las costumbres, las creencias, las religiones, las ideas, la ciencia, el arte, lo natural, lo elaborado; todo este diverso caudal es contemplado por el escritor con cierta especial atención, por medio de la cual consigue atravesar la apariencia, superar el punto de vista común. Vistas a favor de una luz nueva, las cosas no son lo que parecen. Se las ve, entonces, prolongarse y ascender hacia un mundo anterior superior a ellas, que es el mundo del significado.

Este significado no es hallado por todos. Y aún entre los novelistas no es alcanzado plenamente sino en raros casos. De aquí nacen las diferencias de calidad entre las novelas. Hay que subrayar, que se trata del significado y no del contenido de la experiencia. El significado ve en los hechos algo que ordinariamente no percibimos. Ocupa una región superior y podemos decir que tiene un carácter simbólico. Es decir que su relación con los hechos no está dada inmediatamente y sólo puede ser descubierta por el genio del novelista.

Se pensará que este significado se hace presente a nosotros hablando a nuestro intelecto, o dirigiéndose a nuestra facultad emocional.

Pero no puede tener carácter intelectual, pues para ello tendría que valerse de conceptos, los cuales son universales, mientras la interpretación no lo es.

Tampoco tiene carácter afectivo aunque luego la novela nos emocione. La emoción en este caso es un lenguaje universal del cual se vale el novelista para hacerse entender por los demás. Lo afectivo puede servir en la novela como medio, pero no como fin. Ayuda a traducir a nuestro modo de ser algo que no pertenece a él.

Hasta aquí nada se ha realizado. Todo sucede dentro del orden del pensamiento. Pero la interpretación, por condensar dentro de sí el significado de la totalidad de la experiencia, posee la naturaleza de una fuerza aprisionada. Tiende a realizarse, a mostrarse. Anhela adoptar una forma fija y visible. En el fondo de lo vivido yace un significado que trata de desplegarse, de encarnarse para poder ser transmitido. Y a la manera de una idea creadora, su impulso expansivo se desata y crea un mundo. Este mundo es la novela.

Lo que antes era indeterminado adquiere contorno. Lo que era unidad estática se convierte en sucesión de hechos. Lo homogéneo se fragmenta en cosas diversas: personajes, paisaje, ambiente, colorido, etc. Lo múltiple sucede a lo uno. A medida que se construye la novela, o, en otras palabras, a medida que se desciende de lo total a lo parcial, de lo invisible a lo visible, se va expresando la interpretación.

Primero fué la experiencia que, contemplada, se condensaba. Ahora el camino descendente e inverso al anterior se recorre ayudado por los recursos de la técnica literaria.

Ahora un procedimiento de construcción, de orden, de distribución, de perspectiva, unido al arte de narrar, trata de darnos una representación plástica y accesible de aquella visión unitaria de que antes hemos hablado.

A través de todas las épocas y de los más variados estilos, que a veces se niegan y destruyen recíprocamente, obedeciendo a diversos dogmas estéticos y aún filosóficos, la tarea del novelista ha sido siempre la misma que acabamos de esbozar.

Narrando los hechos, vistos desde un avión en marcha, o mirándolos por el agujero de una cerradura. Condensando varios siglos en una carilla, o dilatando un minuto en veinte páginas. Describiendo o sugiriendo. Reproduciendo el balbuceo del inconsciente, o razonando con precisión. Observando al hombre en función del paisaje o proyectando al individuo sobre lo exterior.

Estudiando una calleja como si fuera un mundo o tratando el planeta como una ciudad pequeña. Aplicando a la realidad un microscopio o alejándose de ella para esquematizarla. En todos los casos el escritor interpreta la experiencia, a través de "su" experiencia.

Cabe ahora preguntarse: si la novela es la realización de una visión personal de la experiencia, ¿cómo puede satisfacer a tantos lec-

tores diferentes? No van éstos hacia la lectura por distracción, cosa que el mundo actual les ofrece en mil formas fáciles e incitantes.

Tampoco persiguen un goce estético. El arte es, en este caso, una palabra vaga, y suele suceder que aquellos que nada saben de arte suelen ser apasionados lectores de novelas.

Un interés mucho más alto mueve al lector; él desea participar "en" la interpretación que otro ha logrado.

Algo tienen que comunicarse los hombres entre sí. No saben bien qué es, pero buscan —a veces sin éxito— el lazo que los une. Pero he aquí que aparece el novelista; él sí puede decir lo que desea. Su visión de la realidad y la técnica literaria le proporcionan los medios para dirigirse a todos; él puede ser comprendido.

El sentido que se desprende del vivir puede ya comunicarse. No importa cuál sea la verdad personal que se nos da. El lector busca en el novelista al hombre que le dice: "así veo ya mi propia experiencia." El lector no quiere verdades científicas demostrables, ni generalizaciones, ni leyes. No quiere arte. El hombre quiere saber qué quiere decir esto que todos repetimos y que no sabemos: "la realidad." No la realidad encerrada en sistemas filosóficos, ni las aproximaciones basadas en las últimas conclusiones de las ciencias. Quiere resolver su propio caso, su problema personal, que le pertenece en tanto que es individuo. Y —he aquí la paradoja— el lector resuelve un caso leyendo lo que otro ha encontrado del suyo propio. El novelista ha adivinado el sentido de lo vivido y así se lo comunica al lector.

Se objetará que esto no es importante. Que no es útil conocer el sentido último de la experiencia de otro y que, en cambio, es útil saber física o matemáticas. A esto replicaremos que el hombre no vive sólo de cosas útiles sino también de cosas trascendentes.

Y volviendo a nuestro punto de partida: "Vida y novela". La novela no es vida. No busquemos en ella sustancia humana ni realidad. Busquemos sustancia metafísica, que la supera; busquemos la interpretación, que parte de la realidad pero que no vuelve a ella.

En resumen, podemos afirmar que toda novela encarna la visión trascendente de una experiencia individual.

Por eso el mismo libro es buscado por tantos lectores, sin que se agote su virtud, ni su secreto mensaje.

C. SAÚL VILLAR.

SENTIDO Y SIGNIFICACION DEL "MAÑANA"

EN una excursión al territorio psicológico del hombre argentino en cuanto ser nacional, vamos a intentar el planteamiento de un problema que ha preocupado y preocupa a todos los hombres de honda comprensión que se detienen a estudiarlo. Y recuérdese, a manera de introducción, que plantear bien un problema es casi resolverlo. Es decir, mostrar la hondura y la significación de un asunto dado, en el orden de las investigaciones psicológicas, es conducir el espíritu hacia la posibilidad de su solución. Modestamente, eso es todo lo que queremos.

Bien; trataremos esta ardua cuestión del "mañana" como síntoma revelador de un estado de ánimo nacional que, en un determinado momento de su desenvolvimiento histórico, desplaza hacia un punto transitivo de la temporalidad por venir, la transformación de su energía potencial, en acto. Es decir, que el ímpetu primario y trascendental del ser, ímpetu por el cual el hombre trasciende su intimidad y para afirmarse en la acción humana sobre las cosas se retrae sobre sí mismo, se revuelve, se enrolla, (para usar una frase cara a la filosofía bersogniana), y deja puesta la virtualidad o la posibilidad de su acción, en un futuro que se califica y se señala como "mañana", pero que en la realidad queda flotando indeterminado y confusamente lejano. Nos aparece así no como la fijación de una frontera en cuyo término el ser afirma y adelanta la certeza de su acción, sino como una fundamental *evasiva* del ser. Este elude la determinación absoluta de su destino, y se tiende hacia lo porvenir en un magnífico vuelo de esperanzada capacidad creadora.

Así, mañana, esta palabra trivial, esta manera fácil y simple de hacer difícil y compleja nuestra vida, se torna a los ojos nuevos

de la curiosidad investigadora, un problema de hondura psicológica poco común y en él, en su entraña palpitante y viva —como está vivo y palpitando todo lo argentino inédito— encontramos otra dimensión del optimismo nacional comprometido en la empresa, hasta ahora inconsciente, de realizar su destino.

Hemos dicho empresa. Sí, toda vida es una empresa. Toda vida es la empresa de un proyecto que se realiza o que no se realiza. Algunas veces cumplimos y realizamos este proyecto con toda la luminosidad de la conciencia. Goethe iluminaba los metros de su camino con la paciencia de un artífice y la responsabilidad de un genio. Dostoiéwsky, genio infinito también, marchaba como Diógenes en busca de una luz que se había perdido en el hontanar metafísico de su amargura.

Ortega y Gasset afirma que se agosta el ser cuando falta el proyecto. Esto es discutible, porque es discutible afirmar si puede concebirse el ser desvinculado de un proyecto. Lo que pasa es que el proyecto se desvincula de la realidad circundante. Madura en una zona de la interioridad humana inasible para el análisis lógico, trabaja en las tinieblas del inconsciente, (que es en propiedad la más alta luz, pero luz de deslumbramiento, de revelación, de estupenda claridad que ciega los ojos humanos), y entonces, sin más ni más, imaginemos en una hipótesis gratuita, que el proyecto no existe.

Pero está allí, impulsa, fluye en mil direcciones distintas, empuja por diferentes caminos, aparece en síntomas inexplicables y misteriosos, se realiza en la revelación del heroísmo, empapa la vida de una insatisfacción inexpresable. Pudiera decirse que el ser fundamental tantea su destino, busca sus símbolos, solicita puntos de apoyo en la exterioridad que no lo comprende, para disparar toda la potencia de sus fuerzas ocultas.

Y aquí está el sentido profundo de nuestra criolla indeterminación, puesta en el juego de un futuro imprevisible y desconocido, que adelantamos como quien pide un plazo a la existencia para poder realizar su destino. Mañana... Sí, para mañana no más pedimos este préstamo de tiempo, inmersos en la angustia de una realidad que se nos escapa de entre las manos. Porque en el mañana, en la línea fluente del tiempo que está viniendo hasta nosotros desde el hontanar del misterio, piensa el ser nacional —plástico como toda

cosa en formación— que será posible dibujar, imprimir, la línea de su más íntima melodía...

Por eso este "mañana" argentino, sobre cuya temática han pasado todas las opiniones fijas de pensadores europeos hijos de una cultura ya construída, sin que ninguna de ellas apuntara su nódulo primitivo, es para nosotros la punta de ola de un proyecto vital que llevamos dentro como una música lejana, y cuyos tonos y semitonos se nos escapan en un vértigo de posibilidades que todavía no hemos podido precisar. Es que el pensamiento, cuando se afirma en la arena movediza de nuestra vida en formación, siente que le falta la tierra bajo los pies. En propiedad podríamos decir aquí que encaja como promesa hecha para nosotros la parábola de la tierra prometida. Atolondrados en el torbellino existencial donde la masa de las cosas se mueve misteriosamente hacia adelante, la tierra prometida se vislumbra precisamente en la línea del *mañana*.

Por esta razón, mañana, como es un proyecto, el proyecto de una empresa, lleva implícito el sentido de una promesa. Es la promesa del genio nativo, subyacente en los estratos más hondos del ser, que nos asegura la realización del destino en un punto próximo del futuro.

Los europeos han ridiculizado durante 50 años esta manera de vivir, típicamente argentina, puesta la promesa de la acción en la dimensión inexistente del mañana. Mañana haremos esto. Mañana realizaremos aquello. Mañana... Porque los europeos no veían que en el período de la floración continental del viejo mundo, cuando se afirmaba la eternidad de Europa en el comando y el pilotaje de todas las cosas, la contradicción de la vida deshumanizada germinaba en la entraña de la vieja soberbia mediterránea el proceso de desintegración espiritual que ahora contemplamos. Europa se desmoronaba ya, en su interioridad, cuando los europeos se reían de nosotros porque en lugar de vivir con los ojos fijos en el suelo, oteábamos el horizonte pretendiendo abrir, vislumbrar una brecha, para filtrarnos en la eternidad con la realización de un propio destino.

Así el "mañana" era una adivinación y una esperanza. Adivinación de que las cosas no estaban terminadas para siempre. De que la cultura occidental, la política occidental, la vida occidental, no eran la última cultura, la última política, la última vida del

hombre. Esperanza de que nosotros, al periclitarse esa vida en el momento impreciso de un mañana adivinado, podríamos plantar la bandera de una cosa nuestra, de una manera nuestra de vivir, precisamente porque a pesar de toda la superficialidad occidental europea que nos agobia, la fuerza elemental del ser, postergada para ese mañana, estaba inédita y disponible para las grandes empresas del genio americano que nos habita.

No es que al decir mañana se afirme un sentido de pasividad metafísica frente a la vida. No es que la ternura bondadosa del hombre argentino, displicente y decepcionado, eluda definitivamente la tarea de enfrentarse con las cosas del mundo. Es que la hondura espiritual de ese hombre, reducido a los últimos rincones de la Nación por el vértigo utilitarista, hicieron *postergar* la hora de la argentinidad. Por razones que a la razón escapan el genio nativo comprendía la fugacidad de la cultura prestada que se tendía sobre la nacionalidad. Y tanto la comprendía o la adivinaba que hoy estamos ya asistiendo al espectáculo imprevisto de un renacimiento nacional. De una resurrección de la cosa nuestra. Y en esta estu-penda resurrección que apenas se vislumbra, veremos cómo los hombres del mañana, el cordobés negligente, el santiagueño sufrido y melancólico, el llanero triste y pensativo, el hombre que dejaba todo para mañana, que nada hacía *hoy* —en su hoy deshumanizado y absurdo— retoma el ritmo de las grandes horas e imprime a la nación el sello de su profundidad y de su grandeza espiritual que apuntaba en la vehemencia de Moreno, en el idealismo sin manchas de San Martín, en la imaginación desatada de Monteagudo, en la bondad y en la firmeza de Belgrano, en el coraje estremecido de Facundo.

Así el mañana, que ya es un hoy, nacido como promesa y como proyecto, se transforma, se revela, se hace translúcido en la hora crucial de nuestro destino, y lo sentimos en todas las manifestaciones de la vida recuperada y reconquistada para nuestra emoción nacional, como un mandato imperioso: El mandato de realizar aquí, de recorrer aquí en esta tierra nuestra, otra etapa decisiva en el eterno peregrinaje del hombre, que por tantos caminos y por tan diferentes culturas, marcha hacia una altitud ideal de desconocida y misteriosa significación.

MANUEL GONZALO CASAS.

San Francisco (Córdoba).

CONMEMORACIONES

EUGENIO MARIA DE HOSTOS

Los hombres se hunden en el pasado buscando las raíces de su razón de ser para templar el ánimo en los momentos de angustia. Los pueblos necesitados de elementos polarizadores que galvanicen sus fuerzas en peligro de ser disgregadas, van hacia el culto de los héroes que los honraron, exaltando sus valores en un afán ejemplarizador, que sea capaz de despertar las fibras de la emulación y con ellas excitar activamente su función vital.

Puerto Rico, país de nuestra sangre y de nuestra civilización, arrancado de su estirpe y del cumplimiento de su destino por una guerra cuyo fin ha sido puesto en evidencia hasta la saciedad, enaltece este año con enardecida fe, la memoria de Eugenia María de Hostos, al celebrar el centenario de su natalicio. Haciendo justicia a su más alta figura nacional, fina pluma, señora inteligencia y gran patriota, que condensó en sí con anticipada y profunda visión sentimientos hoy latentes en todos los portorriqueños con intensidad exacerbada, Puerto Rico levanta el espíritu de sus hijos y lo prepara al ejercicio que deberá prestarle fuerza y confianza.

Hombre que quería, por vocación profunda, ser militar, terminó estudiando derecho. Este sencillo detalle de su vida pudiera significar una predestinación. Sentía en la sangre la necesidad del orden, de la jerarquía, de la alta limpieza moral que da la carrera de las armas cuando se la abraza a conciencia. Desviado por el deseo paterno de ese camino, ardientemente deseado, encontró la compensación de sus aspiraciones entregándose al derecho, concreción también del orden, de la jerarquía, de la limpieza moral, si ejercido bajo la igualadora venda de Thémis. Dejó trunca su carrera de leyes como ahogadas sus ansias de ser militar; pero la carencia de

título o de galones no le impidió dar toda su vida a la lucha y al cumplimiento de lo que estimaba sus derechos y sus deberes. Y los derechos y deberes de su país.

Como todos los hombres de Hispano-América que sintieron la necesidad de que ésta se gobernara a sí misma, Hostos la recorrió de un extremo a otro predicándolo, después de haber vivido extensa e intensamente en España proclamando la necesidad de "un modo de federación española" con los miembros americanos de su nacionalidad. El periplo patriótico en Hispano-América fué para mantener viva en el espíritu de sus hijos la unidad de ideales, de sangre, de destino, con su ejemplo cristalizado en casi medio siglo de consagración a la divulgación del saber.

Hijo de su época vivió las ideas que la nutrían. Muchas de ellas no concuerdan con las nuestras. No es del caso, ahora, establecer la disidencia. Esta nota no tiene ese objeto, sino sumar NOSOTROS, al homenaje que Hispano-América rinde hoy al gran portorriqueño.

Hostos fué un escritor preciso, nada trópico. Hombre de razón más que de imaginación, subordinaba el arte a otros menesteres y, es más, no lo comprendía si no servía a algo, aun cuando, como señala Balseiro, hubiera escrito: "ni la moral ni la crítica pueden pedir al arte lo que no debe el arte dar".

Tenía una concepción a lo Rousseau de la condición humana; creía en el progreso indefinido, como hijo del siglo XIX; profesó el fetichismo de las llamadas grandes ideas de su tiempo y ajustó su vida a la práctica de ese culto con sin igual energía y perseverancia; predicó con el ejemplo; era un romántico quijotesco. Político, filósofo, movió su vida entre estas dos disciplinas, dándola generosamente con esa ingenua devoción que ya parece tan alejada de nosotros.

Si buscáramos en nuestro país alguien a quien compararlo, necesariamente tendríamos que hacerlo con Sarmiento, por su posición política, su pasión educadora, su sometimiento sin límites al poder de la ciencia. Esta hermandad queda sellada en los Andes: dos montañas reciben el nombre de ambos. Hemos hallado en su diario esta frase que también lo identifica con Sarmiento: . . . "Será una locura; pero es preferible ser un loco a vivir entre esta gente." Era el estilo de la época. . .

La obra escrita de Hostos es numerosísima. Toda ella, salvo una novela, *La Peregrinación de Bayoan*, y sus estudios críticos reunidos bajo el título de *Meditando*, es de índole política o docente. Su misma novela citada comporta un alegato contra el régimen colonial español. Pero más que su obra, su vida es lo valioso: su austera moralidad, su devoción patriótica, la línea recta de su conducta, el apostolado docente a que se consagra, su lucha por la libertad política de Cuba y Puerto Rico y por la independencia de este último país, el suyo.

Como vida ejemplar entendemos que se le exalta. Era un cerebro poderoso y aunque él sentía no ser "el brazo de las ideas que habían nacido en su mente", lo fué en cierto modo, porque agitó el continente americano durante cuarenta años en procura del triunfo de sus ideas, lo que significaba tanto, o más, que defenderlas con el brazo, materialmente.

Su gran desesperación fué ver a Puerto Rico convertida en colonia *yanquee*. Había luchado medio siglo para darle libertad y cuando creyó llegado el momento de alcanzarla se le iba de las manos. Salía Puerto Rico de un *mal* para entrar en un *peor*.

Con ese dolor murió. Todos los portorriqueños levantan hoy a Hostos como bandera. Su glorificación es una consigna: luchar por el retorno a la estirpe, con libertad. El Cid ganó batallas después de muerto. Hostos también se halla hoy, como ayer, al frente de sus huestes. Anhelamos su triunfo. Aunque la era presente no sea propicia a empresas idealistas, al final triunfará el espíritu, porque en el principio fué el Verbo, Alfa y Omega perenne.

JOSE MARIA DE HEREDIA

Centenario de un nacimiento, el de Hostos, y centenario de una muerte: Heredia. Un portorriqueño, un cubano. De los dos extremos del mar Caribe, dos sombras, que hacen

"una sola sombra larga",

por amor también, el de la libertad, imperan cada una a su modo sobre el pensamiento de la raza, marcando el camino sin fin por el que se alargan hacia el límite perseguido.

Heredia, cual Hostos, también fué un romántico quijotesco. Abandonó el muelle vivir por la lucha. Entonces el dinero no con-

taba a la manera de hoy. Desdeñarlo era casi un título de gloria tan valioso como ahora poseerlo. Hostos, al lado de su actividad política desarrolló su función docente. Heredia, mientras conspiraba y hasta vestía uniforme militar, en México, dedicaba a las letras, su gran vocación, todo el tiempo libre. Y si Hostos hizo nacer en los portorriqueños el ansia de gobernarse por sí propios, Heredia, de estar a la confesión de Martí, "despertó en su alma (en la de Martí) como en la de los cubanos, todos, la pasión inextinguible por la libertad."

Tuvieron sus analogías —algunas dejámoslas transcritas—; pero también sus diferencias. Olvidemos éstas, que no son del caso. La circunstancia de las conmemoraciones simultáneas nos ha llevado al paralelo.

Olvidemos también al Heredia político para recordar al "cantor del Niágara", aunque antes de hacerlo cabe citar para muestra de su profunda visión política —no siempre los poetas confirman el juicio que acerca de su eficacia en el manejo de la cosa pública formuló Platón— un párrafo de su correspondencia privada referente a la acción que desplegaba siendo diputado al Congreso del Estado de México: "... esto no tiene atadero y la profunda inmoralidad e ignorancia de estas gentes les impedirán por un siglo o dos tener un gobierno, cualquiera que sea, que marche de un modo regular y seguro."

Ahorramos el comentario.

Heredia vivió treinta y seis años. Lo mismo que Byron, Shelley, Espronceda, tuvo breve vida. Aunque entonces era casi costumbre que los poetas la quemaran, un hado fatídico presidió la de muchos, distinguiéndolos con la trágica "elección de los dioses."

Heredia fué uno de ellos. Según creemos recordar, alguien le ha llamado el Mozart de la poesía. Nació con el don divino. A los siete años ya creaba. Tal precocidad no le fué pernicioso, como a muchos. Definió la vocación, mantenida gloriosamente hasta la muerte.

Herederero de Quintana en América, sostuvo en este lado del Atlántico el mismo clima poético, refrescándolo en cierto modo con su sentir de mozuelo frente a una naturaleza exuberante y pródiga y a una vida tumultuosa de lucha constante. Desplegó su pluma más colorido que lirismo. Es la suya una poesía grandilo-

cuenta, muy del gusto del momento en que apareció, llena de color y resonancias. Pintor y orador. Con lo cual siguió a su época. No innovaba. Elevó el tono de la versificación americana de aquel entonces, pobre y ramplona. Fué ese su mérito verdadero. Un caso de excepción. El dominio de idiomas que tuvo, tal vez influyera en la prestancia del castellano en sus labios.

Heredia ha sido juzgado y valorizado por Menéndez y Pelayo entre otros jueces de alta alcurnia: Tiene su puesto en las Letras de Hispano América. Y no de los últimos. Las generaciones irán añadiendo a su gloria o a su desmedro nuevos pareceres; de ellos, favorables o adversos, se labran los pedestales. El centenario que este año ha celebrado la América de nuestra habla ha traído loas y revisiones, de las que sale incólume su aristocracia mental ("Los amores de la multitud son breves e infaustos", escribió); su espíritu de justicia (recordemos cómo la administraba y la amarga decepción sufrida ante los despóticos regímenes de las naciones hispanoamericanas emancipadas de España); su amor a la libertad sin libertinaje; su temperamento poético; su ansia de perfección; su sinceridad. Y eso es mucho.

Se ha cumplido el deseo que expresó en su oda "Niágara":

*"¡Niágara poderoso!
oye mi última voz: en pocos años
ya devorado habrá la tumba fría
a tu débil cantor. ¡Duren mis versos
cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso
al contemplar tu faz algún viajero,
dar un suspiro a la memoria mía.
Y yo, al hundirse el sol en occidente,
vuele gozoso do el Creador me llama,
y al escuchar los ecos de mi fama,
alce en las nubes la radosa frente!"*

Precisamente por esta composición que, entre todas, ha engrandecido su fama hasta perdidos confines. A más de un siglo de escrita, labios de todas las edades la dicen, mientras rueda por ella la armonía salvaje de las aguas turbulentas y se levanta de sus estrofas el iris augural.

E. SUÁREZ CALIMANO.

LIBROS ARGENTINOS

“La Fonda”, novela de José Gabriel

LA FONDA, novela porteña de José Gabriel, sintetiza en algunas escenas ejemplares el aluvión inmigratorio de principios del corriente siglo, y también, su encuentro con la vida y los hombres de la gran metrópoli. El gringo y el *porteño* de provincias se juntan en la fonda.

En la novela porteña de José Gabriel, se reconstruye la vida oscura de individuos encontrados al acaso, en un tránsito por Buenos Aires. Fantasía y realidad sirvieron al autor para forjar una arquitectura de subsuelo humano. Novela con humedad de tierra honda, abierta al sol, para que asomen los gusanos. En la superficie ciudadana está bullendo el espíritu que llega desde el fondo de la tierra; ese zumo de vida animal que agita al ser viviente que por primera vez se planta sobre la tierra y se siente libre.

José Gabriel se ha colocado dentro de ese mundillo, se ha introducido en él y no lo deja sino cuando pierde al niño que despertó su afecto. Sin aquella criatura noble, sin aquel afán de vida pura, la novela porteña se detiene, y el final se precipita con la tragedia. Pero, antes de cerrarse el cuadro impresionista, en el cual se iluminaron las fuentes simples elementales, al autor analizó cada una de las espigas de la pequeña gavilla.

En *La Fonda* somos espectadores frente a un pequeño espacio cerrado dentro de la ciudad. Hombres, mujeres y niños, están detenidos allí, esperando confundirse con nosotros, entre la muchedumbre de la calle, hasta construir el propio hogar. Están anclados, acechando el momento en que descubran camino para lanzarse. Luego se cruzarán en todos los caminos.

Caminos de encrucijada son los del nuevo mundo, con rutas desconocidas; son sendas vírgenes. Por ellas se larga esta gente inex-

perta y envalentonada. Núcleo formado por aventureros, vivillos, scruchantes, policías, prostitutas, cafishios, bolicheros y ganapanes, todos buscan la fortuna que, en América, eleva e iguala desde arriba. En el nuevo mundo no se averigua el pasado europeo, y el trasiego inmigratorio, rinde el sedimento sobre el cual se afirmará el pedestal del *self made man*. Vida nueva, historia nueva, moldearán al individuo que adelanta por rutas americanas.

De la Europa estancada en sus villas, en sus campos labriegos, en sus poblados, o ciudades centenarias, se alzaron los hombres audaces y ambiciosos, tomando el camino de sangre y de oro que empalmaba con las costas de América. Pero, ya no venían a conquistar tierras, sino a trabajar, a economizar sobre el hambre y la sed, para poder comprar la tierra, la tierra con propietarios e hipotecas, virgen desde siempre, es decir, de nadie todavía. De nadie era todo aquello que sólo el indio, desposeído y perseguido, podía reivindicar ante sus dioses. El hombre europeo, ignoraba la tradición americana, su prehistoria y coloniaje, o se burlaba de ella y la reprobaba como bárbara. El inmigrante construyó el mundo americano según su propia cultura rudimentaria y su angustiada visión europea. Edificó su América, sin saber lo que aquello significaba para él, ni el destino suyo en América. Su esfuerzo constructivo era accionado por su ambición de llegar, por su anhelo de ser, por su coraje para imponerse, por su audacia para las empresas, por la soberbia que ponía en su confianza de no fracasar. Edificaba en América de acuerdo con la concepción de sus necesidades presentes, según lo concebía su experiencia sin maestros ni ejemplos. Afincaba su personalidad de nuevo cuño americano, contra los elementos tradicionales europeos, que habían perpetuado su ignorancia, su pobreza y esclavitud, obligándole al destierro. En América, el hombre se hacía solo. Su libertad, pues, le significaba mucho más que la letra de la Constitución, no descifrada por el analfabeto, si bien asegurada en el acatamiento de la existencia, convertida en símbolo de humanidad.

Este hacerse solo, tiene dos medidas, dos distancias, dos direcciones, dos extremos. Se puede ser solo en la soledad; o solo, afirmando lo personal según las reacciones prácticas de una ética íntima. Se puede ser individual y solitario; fuerte y aislado; hombre entre hombres, trabajando y pensando por cuenta propia. Sí, Amé-

rica crea hombres entre hombres. ¡Qué mejor, pues, que América los reglara por esa aparcería de igual a igual por el modelo de los mejores en el trabajo, para el goce de los mismos derechos y deberes, al amparo de la justicia libre, por la igualdad democrática, por los principios republicanos, en el más amplio miramiento de lo privado y de lo individual!

El aluvión inmigratorio que se detiene en la fonda, denuncia el lastre que viene arrastrando de los vicios españoles, mientras recoge y asimila a los porteños. Claro está que afloran los inconvenientes del encuentro *in promptum*; surgen las diferencias en el choque de los intereses, las afinidades, las esperanzas y las costumbres, distintos. Entrevero difícil y complicado que hace tan dinámico nuestro cosmopolitismo. Es la vida de la ciudad nueva, del misterio de la ciudad nueva, con su fonema nueva, transformando a los hombres. Aventura curiosa, entretenida y apremiante. Aventura y drama que sólo tienen la vida de su realidad. El hombre y el hecho están allí, con sus conflictos, en su medio, sin encubrir el instinto y el objetivo. No por ello se realizó en *La Fonda*, una estimación, una valoración de lo popular. Se ha descrito lo que se ve, y se dice lo que se oye. No está allí el placer de lo soñado, sino la verdad sin exaltación.

El escenario donde se desarrolla la novela porteña de José Gabriel, está tendido sobre las calles de la ciudad, pero su puerto es una casa pública donde se sirve de comer y se da hospedaje. En ella se reúnen hombres nacidos para vivir en una casa, si bien no ganan para mantenerla. La fonda trae hasta sus alcobas y comedores a la mala calaña de la calle, y la vuelve a arrojar a la calle como si fuera una jauría. En la fonda se pierden las horas, aguardando. Se espera trabajo, o se escurre el trabajo, mientras se come, se pasea, se discute, se duerme o se hace el amor. Descaro, desfachatez, procacidad, se dan cita allí y se alegran de convivir. Es la casa improvisada, sin intimidad, sin abrigo, agria, cargada de secretos, de porquería. Es residencia que nadie quiere recordar cuando la deja para siempre. Casa sin dicha donde se está a la espera de algo que no se sabe y que no llega nunca. Casa de muchos que hacen vivienda dentro de una habitación con camas. Casa sin morada; refugio sin calor de hogar, sin familia, sin recuerdos, sin ambiente doméstico; pocilga, caverna, madriguera, antro y cueva, donde se vive en promis-

cuidad, en lobrete, con grosero pasatiempo. Acomodo y encuentro de lo sensual, turbio y pobre. Conventillo con una cocina y piezas de servicio común. Y sin embargo, como en una estación alegre de tránsito, en ella se aguantan aquellos que escapan al hotel de inmigrantes. Paraíso, sobre todo, si se la compara con aquel ya destruido Hotel de Inmigración, edificado sobre la bajada de la calle Maipú, detrás de la vieja estación de Retiro del F. C. C. A., en la zona que se llamó alguna vez, Puerto San Martín. ¡Fantástico caserón de madera, que, a la orilla del río, fué un tétrico y denigrante receptor de hombres para el nuevo mundo!

No son tipos envenenados los que pernoctan o viven en la fonda. Son elementos desclasados: agricultores, paisanos, señoritos, que aquí no quieren o no pueden ser nada. No poseen un afán que los impulse y se dejan angostar, prostituyéndose. Metecos con apetitos fuertes, con ambiciones groseras, no saben de entusiasmos.

Es fácil descubrir en el hervidero humano de la fonda, los rasgos comunes de tales hombres. Son figuras inequívocas, puesto que responden a una realidad. Son pasajeros provisionales; individuos sin significación, sin pasaje de llamada, sin parientes, que desean superarse en el tránsito, esperando pararse sobre el tranpolín que los impulse en el salto que a cada uno le toca dar en el nuevo mundo. No es sólo el emigrar del país de origen, sino el transmigrar a través de uno mismo.

Gringos y provincianos se estrechan, confundidos, dentro de la fonda. Son gente de campo y de montaña, de regiones empobrecidas y atrasadas, que de pronto se transplantaron a una urbe populosa y dinámica. Llegaron con sus vidas distintas, con sus culturas diferentes, enfrentándose con el espanto del cambio, por el asombro de lo que ven. Son embriones humanos, *dilettantes* de la vida. En el momento que José Gabriel los enfoca, sólo cargan con sus fracasos. No tienen, además, la seguridad del hombre metropolitano. Entraron a la metrópoli, sospechando su enorme arquitectura, sin tener una idea clara de si los muros eran celestes y las calles verdes, dado que en las fotografías todos los gatos son pardos. Ellos concebían a la ciudad, mucho mayor, más diversa, más amplia y fantástica; —pero la encontraron menos monumental y más dinámica—, es decir, lo que no podían concebir. El ritmo insospechado de la urbe los aplasta, y saben que para amoldarse a él deben

vivir en el trajín, en el vértigo. No es fácil cambiar de paso cuando no se sabe marchar al compás de la música que tocan.

El protagonista, —el héroe, diríamos—, de *La Fonda*, es un niño. Un pequeño varón llegado, con su padre, desde un villorrio de la península. Cree, sin reflexionarlo, que vive para los demás, que es el protector del mundo, porque concibe que quien tal pretende debe poder hacer lo que quiera. Y él quiere hacer su vida, realizar sus sueños. La expansión vital de Pedrito, es una prueba de su intimidad, de su orfandad, porque su madre y sus hermanos quedaron en España. Todo su amor quedó más allá del mar, y su realidad es Buenos Aires, —su trabajo de mozo en la fonda, y la calle—, la calle y el territorio que conquistará.

Nada puede hacer un pobre niño. En el mundo, los niños no tienen sitio en el juego; él debe huir dentro de la ciudad de los hombres, como si se viera perdido en una selva. Hombres fieras le maltratan con sus golpes y sus asechanzas. La ciudad es hostil para los niños. A Pedrito se le cae el perdón de las manos. Su bondad es infinita. Su inocencia, su curiosidad, su fervor de lecturas, perfilan su vocación de hombre nuevo. Pero corre el año mil novecientos y tantos. Es un primero de mayo. Por las calles, la multitud eleva sus cantos de protesta. Se escucha el nombre del Coronel Falcón. Trabajo y capital vuelven a enfrentarse. Y como siempre, son los niños quienes pagan, con sus vidas inocentes, los desmanes, los atropellos y los odios de los hombres. Pedrito se ha quedado dormido bajo la caballería del escuadrón de seguridad. Los *cosacos* le dejaron muerto sobre el pavimento de la calle, frente a una plaza. La primer clarinada que escuchó, le tendía un pasaje a un mundo más distante aún. Pero él no lo sabía. Temía a los hombres y se aproximaba a ellos. Quiso ver y recibió el golpe perdido y el descanso cierto y definitivo. Lo engañaron los hombres; lo defraudó la vida; ya no debe inquietarle la idea de reunirse con su madre y hermanos en América.

La Fonda es una novela realizada con pulcritud, sin artificio, sin engaño, de una manera viva, apasionada y directa. Su dignidad y rango estético se pulsan en su estructura firme, en su tema ceñido, en los límites que la mantienen en su género. La vida viva no cede por un momento al tema literario. Su coyuntura es recia, sin pulimentos. No se puede decir con mayor naturalidad, y a la vez de

forma más meditada, la historia de un encuentro entre la vida y los hombres, cuando ambos traen en sí, el anhelo de la revelación. ¡Misterio de la vida y del hombre, debatiéndose dentro de la ciudad construída por hombres, en la alborada del nuevo mundo!

“Mitos Perdidos”, por Bernardo Canal Feijóo

EN su *Ensayo sobre la expresión popular artística en Santiago del Estero*, que mereció el primer premio de la Comisión Nacional de Cultura, Zona Centro, correspondiente al año 1937, desarrolla Bernardo Canal Feijóo, un amplio y documentado estudio sobre el fenómeno santiagueño. Paisaje, costumbres y tonada de Santiago han sido interpretados, desentrañados y resueltos con un alto sentido individual, —artístico y humano—, otorgando así un valor permanente y definitivo a los caracteres y sentimientos que fijan el tipo del suelo y del hombre de Santiago. Acaso aquella obra nació en un deseo de completar, o de integrar la tan magna de los hermanos Emilio R. y Duncan L. Wagner, cuya traducción argentina hizo Canal Feijóo con Mariano R. Paz. *Mitos Perdidos* viene a sumarse a los elementos valorativos que determinaron tal propósito, continuando y ampliando el objetivo que impulsó la tarea emprendida. En el *Ensayo* de Canal Feijóo, puede hallar el lector interesado en los temas de nuestro folklore, una vasta y seria documentación sobre la materia, y claro está, todo lo que se refiere a su clima santiagueño. Por otra parte, el *Ensayo* adelanta los antecedentes históricos que importan a *Mitos Perdidos*, limitando nuevas posibilidades a la crítica. Ante tan engranada y amplificada exposición, la leyenda aparece como reencarnada en una etapa superior, cual si ella hubiera nacido en una época particular a una estructura social más adelantada.

Mitos Perdidos contiene un agudo análisis de la leyenda del Kakuy, enfocada desde tres atalayas distintas. Psicoanálisis, etnología y mitología brindan sus investigaciones a Canal Feijóo, para desentrañar la tragedia del incesto en dicha vieja leyenda americana. El volumen contiene también un breve comentario sobre otra leyenda, la Umita, que corresponde a las de carácter supersticioso. A una y otra, el autor les hurga el sentido esencial. Para desenvolver su tesis, no ha querido Canal Feijóo retomar el texto de la le-

yenda de El Kakuy, que le fué narrado por su abuela doña Fidelia de Jesús Gómez, fallecida en el año 1936 a los 110 años, y que incluye en su *Ensayo*, (pág. 60-62), sino que elige la transcripción de Ricardo Rojas, inserta en *El país de la Selva*. Después de plantear las diversas causas que pudieron determinar la creación de la leyenda, Canal Feijóo la somete a la teoría psicoanalítica, pues, según él, es la que mejor le conviene.

Tremenda y desconcertante es la historia de los hermanos que forman la pareja del Kakuy. El varón quería allegarse a su hermana, hija de su madre y de su padre, para descubrir sus vergüenzas. Ante sus requerimientos ella lo trata de mala manera, le niega el alimento, —sin duda para que la abandone—, se finge enferma. Pero el hermano no admite que ella se defienda y busca venganza. Pretextando que descubrió miel sobre la horqueta más alta de un árbol gigantesco, la hace subir cubierta con un poncho para evitar al enjambre. Una vez que ella llega a la copa, él simula ascender por el tronco, cortando a hachazos las ramas, mientras baja en realidad. Huye luego, dejando a la infeliz hermana en lo alto. Al descubrirse sola, ciega de horror y de coraje, se desemboza y la acribillan las abejas. Los pies, en el esfuerzo anómalo con que ceñían su rama de apoyo, fueron desfigurándose en garras de buho; la nariz y las uñas se encorvaban; y los dos brazos abiertos en agónica distensión, emplumecían desde los hombros a las manos. De pronto se vió convertida en pájaro; y al alzarse sobre el bosque natal, clamaba: ¡Turay... Turay... Turay! (Hermano... Hermano... Hermano...). Así nació el Kakuy.

Inútilmente sigue llamando desde entonces al hermano. Nada se ha sabido nunca de él. Nadie le pudo castigar por su delito tremendo. Amnon, el deshonorar a Tamar, la hermana de Absalom, paga su afrenta dos años más tarde, y la paga con la vida. No importa que todos ellos fueran hijos del rey David. No era posible olvidar el delito. El rey justo perdonó, al final, a quien había matado para consumar la inevitable venganza. En el Levítico, (XX:17), se dice: "el incestuoso será muerto en ojos de los hijos de su pueblo". Peor que Amnon procede el mozo de la leyenda santiagueña. Al no hacer suya a su hermana, no quiere que lo sea de nadie. Su amor es avaro, excluyente y prohibido. No le tiende una emboscada para poseerla, sino para darle muerte. En su odio amoroso

la pierde para siempre. Amor y hermandad se transmutan en odio despiadado; la pasión no satisfecha halla término imponiendo la muerte; la incapacidad para el amor se satisface en la capacidad para el crimen. ¡Pobre muchacho de la selva, dominado por el ejemplo animal y la preocupación del instinto! Su amor no podía ser discutido ni aceptado; no existía pureza en su reclamación, y el torpe, cavó en el subsuelo de su carne la tumba del ser querido y ansiado inútilmente. Ahora él es invisible, huyendo de la justicia hasta la eternidad, perseguido por el llamado de la hermana: Hermano, ven, sálvame. . .

Bernardo Canal Feijóo eleva con suave y poética imaginación la violenta alegoría del destino de los hermanos de esta leyenda. Su teoría se funda en un argumento teórico-psicoanalítico. Dominando las diversas tendencias que obran sobre dicha ciencia, Canal Feijóo desarrolla los más variados tópicos en torno a la leyenda. El incesto es un falso amor que logra consumarse en el erial de las pasiones; es el despertar del deseo en la mente angostísima; es el vicio, que despierta precipitando los medios para llegar al fin último; es el afán de consumir la furia del deseo en el primer despertar, sin sentir la emoción purificadora por la esperanza de merecer el amor; es creerse con derecho por el vínculo de la sangre, ignorando que el verdadero amor es una conquista admitida por la aprobación mutua, sin otorgar derechos, por la perfección y la dominación de lo incontrolado del instinto, tal como lo concibe el hecho de legitimar la posesión por el acto civil del matrimonio; el amor es la dicha de tolerar la influencia recíproca. El incesto es la invasión sobre la intimidad personal que busca libertarse por los caminos del mundo; es la perpetuación de la muralla personal; es el sojuzgamiento de las impresiones de la vida exterior; es cortar las alas del individuo hacia el mundo viviente que sólo se descubre en la intimidad profunda del ser humano que se ama. La humanidad ha luchado contra el incesto para lograr la paz y la perpetuidad de las comunidades.

Meritísima resulta la contribución de Canal Feijóo al esclarecimiento de nuestro folklore. Su tarea está realizada con una ver-sación vasta y el resultado es encomiable. Esfuerzo grande, pero ya maduro y perfecto.

LÁZARO LIACHO.

cer las altiplanicies mexicanas, el mundo minúsculo de las Antillas, las minerales sierras de Colombia, la garganta ya sin anginas del istmo panameño, los páramos andinos, las llanuras platenses. Está señalado por el destino como precursor y practicante prócer de una escuela salida de primitivismos artificiales. Terminará sentado en silla gestatoria, con mitra frontal y el báculo de las jerarquías en la diestra. De no malograrse, será pontífice de una escuela que se distancia reflexivamente de la deshumanización, de los "ismos" anárquicos, de las disenciones que revelan apostasía. El arte de vanguardia se ciñe con Chapelain-Midy, frenando ciertas libertades de experimentación que le sirvieron de divisa, de lema heráldico. Es como si las aguas removidas de lo que se define como "nueva sensibilidad" volvieran a su cauce. Por eso, cuando se analizan obras como "Le Buffet", como "Baigneuse", como "Les Grands Arbres" —que lleva por subtítulo Forêt de Fontainebleau— se siente dominado el espíritu por un sentimiento reconfortante. Vemos que los problemas de dibujo, de ambiente, de calidad, de atmósfera, se han resuelto tan lealmente como corresponde, puesto que tanto la capacidad técnica del artista como la percepción agudizada con que sabe revelarnos el secreto de los matices, y aun su misterioso mecanismo espiritual, corren paralelos.

No hay duda que el pintor conoce a fondo las prácticas del profesionalismo. De ellas extrae jugos tan pronunciados, tan distantes de lo meramente imitativo, que al enfrentarnos con el conjunto expuesto en Amigos del Arte, no se vacila en reconocer a sus obras un ritmo de legítima regularidad que las emparenta íntimamente.

La técnica empleada responde al pensamiento del artista. Por ejemplo, transforma los paisajes en estados de alma, hace de lo esencialmente decorativo un juego de entonaciones y volúmenes que concitan a la contemplación, y sabe darnos, en el estudio de figuras, todo lo que es esencial dentro de sus relaciones orgánicas: expresión, movimiento, síntesis constructiva, sin descuidar por eso la fluidez siempre reverberada de las luces sobre la carne. Chapelain-Midy maneja los colores con soltura y espontaneidad. Expresa con ellos cuanto quiere. Y armoniza de tal modo, que su paleta es superficie milagrosa de donde saca las más sutiles vibraciones cromáticas. Díganlo sino sus cuadros de flores, sus paisajes y sus te-

mas urbanos, poseídos por esa gracia natural de las imágenes vistas en sosiego desencantado. Azules fríos muy siglo XVIII, grises opalinos muy siglo XIX, policromías artificiosas del género que se denomina "fin de siglo". Y en todo ello la personalidad del artista que penetra en las cosas con sagacidad microscópica, dándonos de ellas su entonación alada, su forma, su sentido.

MOTIVOS FLORALES DE BIBI ZOGBE.

LA exposición que la pintora árabe Bibi Zogbe nos presenta en la galería Müller, viene a descubrir los resortes de una personalidad artística que había permanecido sin difusión hasta la fecha. No quiere decir esto que fuera desconocida su labor, ni menos aun que mantuviéramos, con respecto a ella, una actitud de espectadores a la defensiva. Nada de eso. Bibi Zogbe ha trabajado durante mucho tiempo con perseverancia ejemplar, estudiando el organismo de las flores y su constitución maravillosa en el orden de las especies naturales.

La artista, luego de ensayar diferentes procedimientos en cuanto se refiere a la técnica, ha preferido aquel que más naturalmente se adapta a sus múltiples posibilidades de expresión, ajustando la experiencia y la sensibilidad a normas concretas de lenguaje; son, por consiguiente, demostraciones harto explicativas de espiritualidad y tecnicismo, estos cuadros florales que Bibi Zogbe nos ofrece ahora como resultado de una elaboración interpretativa singularmente provechosa.

Conviene prevenir a los lectores de que la artista es autodidacta, que se ha guiado únicamente por los dictámenes de una vocación auténtica y afirmativa, sin que los obstáculos comunes a este linaje de especulaciones artísticas le haya originado en algún momento la probabilidad de creerse fuera de su órbita. El mundo animado de las flores tiene ya entre nosotros una intérprete consumada. Y aventuramos esta afirmación sin pecar de optimistas, sin temor a que se nos tache de obsecuentes, puesto que la artista nos ha explicado con suficiente claridad, con testimonios persuasivos, de qué manera es posible definir un concepto propio basado en convicciones perdurables. Su manera es, en cierto modo, sencilla. Queremos decir que no busca caminos extraviados para lograr expresión a sus modelos vivos, ni que compone con artificio exagerado,

ni que intenta singularizarse por medio de recursos en que lo efec-tista deba prevalecer sobre lo puramente pictórico. Tiene por consiguiente la cualidad benemérita de caracterizar las especies, de saberlas analizar en sus detalles psicológicos. Concreta las formas sin extremar el perfilamiento. Su colorido es siempre limpio y armónico. Descubre la belleza para darnos de ella una síntesis descriptiva, pero cuidando siempre la expresión, como elemento primogénito. Vemos así que sus obras imponen cierta reglamentación emotiva. Y eso que no es ciertamente la emotividad el fundamento de su estilo.

Bibi Zogbe gusta de los placeres sensoriales; entiende el color al modo de los orientales antiguos, los egipcios, los persas... Sus cuadros podrían definirse, en conjunto, como una opulenta sinfonía de colores, de formas animadas, de elementos que concretan un determinado rumbo de ensoñaciones basadas en la realidad, aunque no en la realidad a que nos sujetan las cosas materiales, las cosas comunes; diríase que las flores han sido vistas con cristales de aumento, aislándolas en el ambiente donde se impregnan de humedad vivificadora, de luz, de aire puro. Por lo menos ella concreta su atención a los ramajes, a los tallos, a las hojas, a la flor misma. Nada de accesorios; ni fondos definidos, ni atmósfera, ni complementarios ajenos a la cosa representada. Eso es lo que define, lo que caracteriza el arte revelador, decorativista, descriptivo, de Bibi Zogbe.

La "seducción misteriosa" de sus temas —dicha frase pertenece a un comentario crítico de Camille Mauclair, publicado a fines del año 1935 en la edición francesa de "New York Herald Tribune"— parece originada por imperativos temperamentales y no por la índole del modelo que cada cuadro reproduce. Dalias, mirasoles, camelias, alhelíes, crisantemos, anturios, eucaliptus, gladiolos, nenúfares... Una variedad espléndida de ejemplares en plenitud, lucen sus coloraciones propias con nitidez, con limpieza cromática; dijérase que los motivos naturales están tomados en la tela para despertar sensaciones gratas a la vista y a los sentidos.

Pero su naturalismo, su naturalismo cromático, se ofrece sujeto a determinada relatividad en que lo decorativo predomina. Como ornamentos murales, los cuadros de Bibi Zogbe llenan su misión de manera objetiva, simple, natural y, por ende, satisfactoria.

Ciertamente no encontramos en ellos un sentido profundo, penetrante, podría decirse metafísico, de la vida breve y poética de las flores, cuya belleza nos resulta siempre inspiradora de ideas nobles y puras. En cambio, se hace notar en ellos la delicadeza realmente femenina con que la autora sabe relacionar formas y colores, dándonos la sensación más completa de fragilidad, de gracia aérea, de sensualismo acariciante, de vida en éxtasis, de diaphanidad contemplativa. Para Bibi Zogbe las flores vienen a constituir un tema repetido de sus predilecciones estéticas. O dicho con diferentes palabras: que por este medio explicativo nos hace penetrar en los ámbitos donde su espíritu se aposenta para soñar y recrearse...

PAISAJES DE JOSE MALANCA

Este pintor argentino, ya en plena madurez de recursos técnicos y artísticos, presenta una muestra individual de sus últimas obras, también en la galería Müller. Temas peruanos y de la serranía cordobesa, paisajes andinos, alguna escena de costumbres. Tales son los asuntos a que se refiere la nómina de su exposición, interesante desde luego, puesto que nos sirve para juzgar en forma directa las manifestaciones de un espíritu sensibilizado por la magia del color y de la forma, elementos esenciales de la pintura.

Malanca tiene la retina poblada de paisajes llenos de soledad, de aquella "soledad sonora" tan favorable al pensamiento de los clásicos. Toda su labor de ahora y de antes, es algo así como el anecdotario de un espíritu ambicioso de cielo y tierra. Dijérase que el pintor se detiene ante los paisajes de América para arrebatárles el secreto de su grandeza cósmica. Los ve generalmente desde arriba, en vuelo de cóndor o de águila, en visiones de tiempo, bañados por una luz cristalizada, penetrante, que desnuda las cosas sin permitirles la recatada vestidura del claroscuro.

Malanca es pintor de serranías, de valles montañosos donde la gracia vegetal se engalana con las pompas mágicas de la primavera. Esto no excluye, por supuesto, que su mente sepa escudriñar en lo pintoresco que el paisaje nos suele reservar dentro de sus dominios naturales; el predio labrado con solicitud amorosa; el corral de pircas con sus pedregosidades ásperas donde lanares y merinos se juntan en ondulante y abigrrada muchedumbre; los rincones floridos con su manantial de aguas cristalinas, sus frondosos frutales en sa-

zón, sus tierras verdes y fragantes en que la brisa peina con acariados movimientos la velluda superficie de los yerbales húmedos; y el rancho de adobes y tejas coloniales que se perfila como refugio de esperanza bajo los esmaltes del infinito azul; y los caminos polvorientos con sus parameras donde el cactus se reproduce; y el poblado indígena con sus caserones antiguos, ceñudos y destartalados, a cuyas puertas se asoman seres de extraña configuración, seres de ojos oblicuos y vestimenta típica, como arrancados a las penumbras interiores para señalarnos la perpetuidad del tiempo y de la historia. Con estos y otros elementos compone Malanca sus temas interpretativos. Pero como es artista de sensibilidad que no ensambla con lo meramente imaginario, su realismo tiene siempre la veracidad de las cosas vistas con exactitud casi fotográfica. Así lo comprendemos a través de todas las obras que constituyen el catálogo, ni demasiado extenso ni muy variado por los temas.

El paisajista se amalgama con el viajero. Andar y ver son los postulados de su doctrina estética. Así lo vemos deambular por todos los rumbos, por todos los caminos. América lo ha pulsado ya en distintas latitudes geográficas, desde México a las pampas de Buenos Aires. La tierra de nuestro joven continente dióle con prodigalidad sus matices más insospechados, su atmósfera cambiante, las pulsaciones de su naturaleza prodigiosa, el ritmo de sus atardeceres. Quiere decir, entonces, que la visión del arte lo persigue. Pero no pudiendo crear mundos ilusionados, se apoya en la realidad para manifestarnos la fuerza de sus convicciones, el sentido mismo de su naturaleza creadora, sustentada sobre bases que afirman la preferencia del pintor por las leyes del empirismo.

No discutamos lo evidente. Malanca está identificado con todo aquello que sugiere normas precisas de interpretación. Es austero, sobrio, casi ascético en su contacto con la naturaleza. Siente la vida natural como algo inherente a su condición de trotamundos. Y tiene de las cosas un sentido por demás agudo, tal vez demasiado escueto, demasiado preciso. A esta condición óptica puede atribuirse la preferencia de Malanca por ciertos colores que lo acusan de excesivamente perfilado. A veces recorta las imágenes con dureza. Otras densifica la materia pictórica con acritud. También en ocasiones, no logra transmitirnos la sensación de ambiente con suficiencia de recursos. Parece frío, indiferente a determinadas sutile-

zas. Sin embargo, puede asegurarse que su espíritu es hijo de la tierra que pisa, del aire que respira con avidez, del agua que lo purifica, del cielo sin mácula que le brinda colores de soñada transparencia para su arte.

De cuanto hay en la exposición preferimos "Huancavélica", "Feria de Huancayo", "Claustro limeño" y otros del mismo carácter costumbrista. Y entre los realizados en Córdoba, señalaremos en primer término, "Verano", nota viva, jugosa, de una serenidad que predispone al sosiego contemplativo. Y así otros como "Baño de cóndores" y "Día gris", en que su paleta se suaviza.

RETRATOS DE RODOLFO BERÉNY.

ESTE pintor húngaro, presenta en los salones de la galería Witcomb una serie de veintinueve obras que nos ayudan a definirlo con relativa exactitud, puesto que ellas corresponden a distintas etapas de su actividad en el terreno de la plástica.

Conviene anotar un antecedente. Desde muy joven, casi desde los comienzos del siglo, Rodolfo Berény ha sentido, como artista, las caricias subyugantes de la lisonja. En Viena, en Londres, en Berlín, en los centros internacionales menos accesibles, este retratista supo granjearse pronto la simpatía de los privilegiados, de todos aquellos que representaban algo importante dentro de las esferas del gran mundo, del llamado mundo diplomático, del mundo siempre convencional de la política, de las finanzas, del arte lírico, del deporte... Su estilo reunía todas las cualidades mayores y menores, todas las características esenciales para impresionar el gusto de una clase social tan aparente, tan efectista, tan celosa de la compostura, del equilibrio estético y estático. Así, por sentido de orientación, o más simplemente por circunstancias afines con su temperamento, Rodolfo Berény pudo escalar el vértice que le señalaba el destino. Tuvo a disposición los modelos que prefería: damas elegantes, personas representativas, artistas de renombre; toda una constelación de astros y estrellas que proyectaban en la vida de Europa sus resplandores de elegancia, de dandismo, de opulencia más o menos legítima.

Tales antecedentes justificarían la realidad de una técnica, de un estilo. El pintor ve las cosas con objetividad, atendiendo menos

al carácter que a los matices. Sus obras expuestas en Witcomb, lo evidencian; y la técnica, el empaste, las veladuras, el color mismo, se definen más ampliamente cuando estudia la calidad de los ropajes, de las flores, de las porcelanas, de los cristales, de las joyas. En cambio, cuando quisiera transmitirnos una sensación de carácter, un aspecto, ya sea parcial, de la psicología de sus modelos preferidos, se advierte que esa sensación ha sido deliberadamente velada. Y esto, que tal vez pudiera juzgarse de modo intencionado o equívoco, resulta siendo a lo sumo cortesanía, virtud de hombre mundano. Y nada más, porque resulta que Berény sabe manejar con acierto y exactitud los elementos de su arte.

El pintor húngaro conoce a fondo cuanto se precisa para destacar una manera. Pinta con dignidad, en forma hábil, con respuntes y vainillados académicos. Tanto en los retratos —es en ellos especialista— como en la pintura de paisajes y en los cuadros de composición, huye del trascendentalismo. Y por eso pensamos ¿es acaso indispensable, para ser verdadero artista, tenerse que sumergir en las profundidades de lo abstracto? Sin duda puede llegarse a algo grande sin perforar la sombra de lo subconsciente. Recordemos que los maestros franceses del siglo dieciocho no conocieron el psicoanálisis ni fueron trascendentalistas. Y sin embargo...

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA.

LA INSTITUCION CULTURAL ESPAÑOLA EN SU VIGESIMOQUINTO ANIVERSARIO

LA Institución Cultural Española ha cumplido veinticinco años de vida. Y junto con ella, en el mes de agosto, se ha cumplido el vigésimoquinto aniversario de la cátedra de cultura española creada por la Institución en la Universidad de Buenos Aires. Aun recordamos con emoción la tarde en que Ramón Menéndez Pidal, el ya ilustre investigador y crítico de la leyenda de los Infantes de Lara, del cantar de Mío Cid y otros monumentos medievales, inauguraba esta cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras el 1º de agosto de 1914 —en horas tan trágicas como las actuales— con un curso sobre Menéndez y Pelayo, dictado paralelamente a otro, especializado, sobre el teatro de Lope de Vega, de los cuales NOSOTROS predijo que habían de ser fecundos en enseñanzas para sus oyentes, como en efecto lo fueron, despertando o avivando vocaciones.

Desde entonces la labor de la Institución —cuyo primer presidente fué el doctor Avelino Gutiérrez— ha proseguido con ritmo severo y sostenido, ni sin vencer múltiples dificultades, hasta los días presentes en que ha recibido aún más vivo impulso por el entusiasta empeño de su actual presidente, D. Rafael Vehils, en cuyo espíritu, un fervoroso amor de la cultura y un exquisito gusto artístico se juntan con un acendrado españolismo, entendido no con criterio estrechamente nacionalista, sino como validación histórica de lo hispánico en todas las regiones del orbe a donde llegaron los navegantes y conquistadores peninsulares y en donde se hable la lengua de Castilla.

Para celebrar dicho aniversario, que representa un cuarto de siglo de continua e intensa labor, realizada en pro de la difusión de los valores más altos de la España intelectual, la Junta de la Institución ha planeado un programa de actos conmemorativos que significan un nuevo y amplio desenvolvimiento de la acción espiritual cumplida por la entidad durante veinticinco años, en la República Argentina.

Puntos fundamentales de ese programa son la fundación de un Seminario de Altos Estudios Hispánicos y la organización de una Exposición sobre las Exploraciones Geográficas y Científicas realizadas por los españoles en la región del Río de la Plata.

Concedores de este propósito los senadores Matías Sánchez Sorondo y Antonio Santamarina, respectivamente presidentes de la Comisión Nacional de Cultura y Comisión Nacional de Bellas Artes, los diputados Emilio Ravignani y Martín Noël, y las autoridades de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Ricardo Levene y señores Rómulo Zabala y Enrique de Gandía propiciaron el año pasado ante el Congreso y el Poder Ejecutivo la contribución de la Nación a la celebración de dicho acontecimiento al cual acaban de adherirse las principales instituciones y academias del país.

Dicha contribución ha quedado materializada con la inclusión en la ley de presupuesto para el año corriente de una partida de hasta doscientos mil pesos, destinada a subvencionar las conferencias, exposiciones y altos estudios hispánicos que la Institución Cultural Española organice en la Capital Federal, con el concurso de profesores y especialistas argentinos y españoles.

Dada la vinculación que siempre ha existido entre la Cultural y la Universidad de Buenos Aires y a fin de sistematizar esa vinculación asegurando para la Institución el concurso moral y científico de los profesores e investigadores argentinos de mayor autoridad con relación a la cultura española, la Junta Directiva adoptó a fines del año pasado una resolución que dice textualmente así:

Créase un Consejo Técnico de la Institución Cultural Española, integrado por el Decano y tres profesores de cada una de las seis Facultades de la propia Universidad, designados por la Junta Directiva de la Institución, a propuesta del Rectorado de aquella y doce vocales como máximo, nombrados directamente por la Junta Directiva.

Los miembros del expresado Consejo tendrán el carácter de asesores honorarios de Institución Cultural Española y se agruparán en dos Secciones de

Ciencias Sociales, Letras y Artes y Ciencias Puras y Aplicadas. Una Comisión Permanente, integrada por tres representantes de cada sección y el presidente de la Institución, asegurará el enlace de las secciones y la Junta Directiva.

La Junta Directiva de la Institución podrá recabar dictamen del Consejo Técnico en pleno o de cualquiera de sus Secciones sobre las iniciativas que se relacionen con la difusión de la cultura española y el intercambio intelectual hispano-argentino.

Los actos que la Junta Directiva resuelva llevar a cabo para conmemorar el XXV aniversario de la Institución y las designaciones de profesores y expertos argentinos y españoles para su realización, deberán ser aprobados por el Consejo en pleno.

La sección Ciencias Sociales, Letras y Artes, formada por los delegados de las distintas facultades y los vocales directamente nombrados por la Cultural, ha quedado constituida por los señores Coriolano Alberini, Dr. Juan Bayetto, P. Guillermo Furlong, Enrique de Gandía, Dr. Luis Roque Gondra, Alejo González Garaño, Dr. Carlos Ibarguren, Dr. Enrique Larreta, Dr. Ricardo Levene, Dra. María de Maeztu, Dr. Gustavo Martínez Zuviría, Dr. Agustín N. Matienzo, Arq. Martín S. Noel, Dr. Juan P. Ramos, Dr. Emilio Ravignani, Cap. Héctor R. Ratto, Dr. Mario Sáenz, Dr. Matías G. Sánchez Sorondo, José Torre Revello, Dr. Alejandro M. Unsain y Rómulo Zabala.

La sección de Ciencias Puras y Aplicadas, integrada por el mismo procedimiento la constituyen los señores Dr. José Arce, Ing. Enrique Butty, Dr. Angel Cabrera, Dr. Ernesto Cánepa, Dr. Mariano R. Castex, Ing. Emilio A. Coni, Dr. Venancio Deulofeu, Ing. Jorge W. Dobranich, Dr. Bernardo A. Houssay, Ing. F. Pedro Marotta, Dr. Alberto Peralta Ramos, P. Ignacio Puig, Dr. Julio Rey Pastor e Ing. Esteban Terradas.

El Consejo Técnico se constituyó el 25 de agosto en una sesión plenaria presidida por el Dr. Matías Sánchez Sorondo y en ella aprobó los actos que en los meses de setiembre, octubre y noviembre se celebrarán en esta capital en conmemoración de dicho aniversario.

Estos serán en primer término dos cursos universitarios, ambos de carácter científico, pues circunstancias diversas relacionadas con el actual estado de España y del mundo han impedido la venida de otros conferenciantes. Dictará el primero en la Facultad de Ciencias Exactas, el Dr. Julio Palacios, vice-rector de la Universidad de

Madrid, sobre "los rayos de Roentgen y similares y sus aplicaciones al estudio de metales, cristales y silicatos". El profesor Palacios ya había sido propuesto por la Junta de Ampliación de Estudios de Madrid para dictar el curso de la Cultural en la Universidad de Buenos Aires en 1936.

Dictará el segundo en la Facultad de Medicina el Dr. Gregorio Maraón, profesor de la Universidad de Madrid, actualmente en Lima, sobre "fisiopatología del crecimiento".

Se realizará además una Exposición Gráfica y Documental de las Exploraciones Geográficas y Científicas de los Españoles en el Río de la Plata, en los siglos XVI, XVII y XVIII.

Contribuirá a esta Exposición el gobierno español con un rico material de cartografía y documentos originales seleccionados por una comisión compuesta por los siguientes entendidos: Pedro de Novo y Fernández Chicharro, Vicente Castañeda y Alcover, Enrique Valera y Ramírez de Saavedra, Eduardo Lagarde, Luis Jiménez Placer y Ciaurriz, Julio F. Guillén e Indalecio Núñez Iglesias.

A su vez la comisión argentina que prepara el material complementario, de positivo valor, existente en nuestro país, la constituyen D. Rafael Vehils, en calidad de presidente, y los señores Alejo González Garaño, Héctor R. Ratto, José Torre Revello, P. Guillermo Furlong, Enrique de Gandía, Lorenzo R. Parodi y Francisco de Aparicio.

Ha surgido además el propósito de crear un centro argentino de estudios hispánicos, encaminado a fomentar los de ese carácter, mediante la organización de trabajos sistemáticos de investigación, divididos en dos grupos: los referentes a la cultura común de España y la Argentina, y los referentes a ciencias generales.

Para la organización u orientación de los primeros, entre los cuales interesan fundamentalmente los concernientes a la historia de la técnica, la ciencia y el arte coloniales, será necesaria una cooperación estrecha y continuada con los institutos de investigación argentinos y españoles.

En materia de ciencias generales, se precisará el destino de la "Cátedra Ramón y Cajal" para investigaciones científicas, fundada en España por la ICE, relacionando el propósito de estimular la vocación científica de los estudiosos argentinos con el fomento de las

referidas investigaciones en España y la tendencia actual de organización científica internacional.

Por último la Cultural Española editará el primer Anuario de la Institución, el cual contendrá una monografía histórica de la misma, artículos de los profesores que desde 1914 a 1939 han desempeñado la Cátedra Menéndez y Pelayo de la Universidad de Buenos Aires, la reseña de los actos conmemorativos que la Cultural se propone celebrar con motivo de su XXV aniversario y una relación de las manifestaciones culturales argentinas de mayor importancia en el transcurso del año actual; e iniciará la Biblioteca de la ICE, con la finalidad genérica de documentar las conferencias de cultura hispánica que se dicten en el desempeño de las cátedras de la Institución y facilitar la reedición y publicación de obras inéditas de la misma significación y carácter erudito, de autores argentinos y españoles.

Complementariamente prestará su concurso moral o material a las iniciativas que con motivo de su XXV aniversario se disponen a desarrollar su Sección de Rosario, de acuerdo con la Universidad del Litoral, y otras entidades, tales como la Asociación Amigos del Arte que prepara una serie de conferencias a cargo del ilustre filósofo José Ortega y Gasset, ya en Buenos Aires, y el Teatro Colón que ha resuelto organizar una serie de conciertos dirigidos por el maestro Manuel de Falla.

Esta reseña debe comprender también el recuerdo de los concursos ordinarios y extraordinarios abiertos por la Institución para el año 1939, de los que ya dimos cuenta en un número anterior. Estos concursos acaban de cerrarse y los trabajos presentados han sido sometidos al fallo de los jurados. El premio anual ordinario, consistente en dos medallas de oro subvencionadas con 500 pesos cada una, a los mejores artículos periodísticos publicados en 1938 por autor argentino o hispano-americano residente en la Argentina, sobre temas de validación hispánica, y preferentemente a los trabajos que sepan manifestar la influencia de España en la cultura moderna o la de la cultura española en el Río de la Plata. Otro, consistente en mil pesos y medalla de oro, al mejor ensayo inédito sobre la obra educadora realizada en la Argentina desde que fué proclamada la independencia hasta nuestros días, por españoles que hayan ejercido la función docente. Con él se adhirió la Institución Cultural

Española al cincuentenario de Sarmiento. El tercero, consistente en una medalla de oro y tres mil pesos, destinado a profesores universitarios o de colegios nacionales argentinos de enseñanza secundaria, al mejor ensayo inédito sobre el valor y significación de España en la historia de la civilización occidental. y por último varios premios escolares.

Al publicarse este número de NOSOTROS los actos conmemorativos ya se habrán iniciado con una conferencia de presentación del Dr. Julio Palacios sobre el tema: *¿Por qué vuela el autogiro?*, anunciada para el día 4 de setiembre, que será precedida por el discurso inaugural del presidente de la Institución, Dr. Rafael Vehils.

El eminente físico, llegado a Buenos Aires el 26 de agosto, es miembro de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, vicepresidente del Instituto de España, director del Instituto Nacional de Física y Química y actualmente vicerrector de la Universidad Central.

NOSOTROS.

FILOSOFIA

Una valiosa contribución a la bibliografía cartesiana

EL lector atento de las obras de Korn advertirá, a medida que avanza en el orden cronológico de los trabajos, cómo variaba la opinión de Don Alejandro con respecto a la vocación filosófica en nuestro mundo cultural. Primeramente, en los años incipientes de su filosofía, Korn se queja de la indiferencia del ambiente cientificista, donde no era posible encontrar ninguna preocupación filosófica genuina. Luego, en los escritos de hace un decenio, Korn sostiene que la vocación filosófica ha de surgir, que ya está en ciernes. Y, finalmente, en sus notas y conferencias de los últimos tiempos —1934, 1935— nos asegura que la vocación ha surgido, que está aquí entre nosotros.

Una prueba de esta magnífica realidad es el volumen de *Escritos en Honor de Descartes* editado por la Universidad de La Plata. En efecto, si la vocación filosófica de nuestra América del siglo XX no fuera cosa real ¿cómo podrían haberse escrito veinticuatro trabajos especializados sobre el tema de Descartes? El volumen, que fué planeado como homenaje al autor del *Discurso del Método* en el tercer centenario del librito genial, apareció a fines del año anterior. Ahora, para ser breves y concretos, hemos de limitar nuestro comentario a unos pocos artículos.

La primera monografía del volumen es la del Profesor Babini, sobre *La Matemática en Descartes y el Mundo Exterior*. El autor señala el interés cartesiano en utilizar las matemáticas como instrumento para manejar el mundo. Mas a pesar del desprecio de la matemática pura —debido a su carácter formal y aparentemente inservible— Descartes realiza una revolución dentro del campo meramente teórico. Para esto Descartes atiende: Primero, al álgebra, que consiste en formas puras; segundo, a la geometría, que consiste en figuras; y, tercero, al mundo exterior, o sea, a las cosas materiales. Ahora bien, Descartes nota que las figuras de la geometría están, por decirlo así, entre los objetos del álgebra y las cosas de la naturaleza, porque son tan claras y distintas como los primeros y tienen también cualidades correspon-

dientes a otros del mundo exterior. La revolución ocurre precisamente cuando Descartes vierte el contenido de la geometría dentro de los moldes del álgebra y, como si esto no fuera bastante, hace lo mismo con el mundo exterior, matematizándolo, convirtiéndolo en puro objeto de determinaciones formales algebraicas. Con esto desaparece en Descartes la matemática pura y comienza la física. Pero no dejemos de observar el hecho más importante, la verdadera hazaña cartesiana: la racionalización del mundo. Antes de concluir, el Prof. Babini muestra algunas relaciones entre la ciencia de Descartes y la ciencia actual: Además del gran paso que fué la invención de la geometría analítica, Cartesio ha sido el descubridor del principio de correspondencia, por el cual se identifican campos de diferentes objetos con la misma estructura formal. En cambio, la física cartesiana ha sido abandonada casi íntegramente. Por ejemplo: Descartes creía que los principios supremos de la física eran leyes eternas e inmovibles, concepción que difiere bastante de las actuales. En cuanto al experimento, Descartes no le concede toda la importancia que se merece. Pero la diferencia más aguda entre Descartes y la ciencia moderna se revela si pensamos que hoy se considera al mundo exterior como una hipótesis heurística, de suerte que la realidad objetiva del mundo cartesiano desaparece, para dejar libre vuelo a las especulaciones de la razón, aunque siempre controlada por un riguroso empirismo.

Una interesante contribución al estudio de Descartes, especialmente dedicada a investigar las relaciones entre el *Discurso* y las *Reglas para la dirección del espíritu*, es la monografía que firma el señor Patricio Grau, titulada *Algunas aclaraciones al método cartesiano*. El trabajo va dirigido contra la tesis de que hay un único método a través de toda la obra cartesiana. Para el señor Grau hay en Descartes dos métodos o ensayos: uno analítico —que es el de las *Reglas*— y otro sintético, que es el del *Discurso*, y que también aparece en los *Principios* y en la *Búsqueda de la Verdad*. En consecuencia, es evidente que no se deben emplear las *Reglas* para explicar el *Discurso*. Lo que debe hacerse, en esta concepción, es exponer menudamente el contenido de uno y otro, y luego señalar las semejanzas y diferencias. El trabajo del señor Grau, por su carácter problemático, ofrece a los investigadores nuevos rumbos para los estudios cartesianos.

Valiosa aportación para el volumen de *Escritos* es el riguroso trabajo del doctor Eugenio Pucciarelli sobre las *Ideas innatas en Descartes*. Se trata de un examen minucioso del tema anotado, que es, en realidad, uno de los aspectos fundamentales del problema general del *a priori* en la filosofía moderna. El autor caracteriza su cuestión en los párrafos liminares, analiza la terminología cartesiana y critica la clasificación de las ideas según Descartes. Ciñendo su trabajo a las ideas innatas, puntualiza sus notas características y su conexión con el problema de la evidencia. Antes de concluir, el doctor Pucciarelli señala, entre otros

detalles importantes, la evolución del pensamiento de Descartes y el pasaje del innatismo actual al innatismo virtual.

El inspirador del volumen que nos ocupa, Prof. Francisco Romero, colabora en el homenaje con un original estudio comparativo entre el pensamiento cartesiano y el del fundador de la fenomenología. La influencia cartesiana sobre Husserl ha sido reconocida por el mismo Husserl al decir en sus *Méditations cartésiennes*: "Les impulsions nouvelles que la phénoménologie a reçues, elle les doit à René Descartes, le plus grand penseur de la France. C'est par l'étude de ses *Méditations* que la phénoménologie naissante s'est transformé en un type nouveau de philosophie transcendente." La circunstancia de época era filosóficamente análoga en ambos pensadores: la filosofía de los primeros años del siglo XVII y la de los últimos decenios del siglo pasado necesitaba urgentemente una sólida estructuración en sus fundamentos. Y hacia la realización de esta labor van igualmente dirigidos los esfuerzos de los dos meditadores. Persistiendo en el simil, indiquemos una justa apreciación del autor sobre la tendencia común en Descartes y en Husserl a inclinarse subjetivamente hacia un solipcismo, bien que no para quedar en él. (Ya sabemos cómo escapa del solipcismo Descartes, afirmando, ante todo, la existencia de Dios. En cuento a Husserl, a veces habla como si ya hubiera superado esa robinsonesca posición, sin fundamentar, en realidad, esos asertos. Pero recordemos que los escritos éditos de Husserl son muy pocos, y que parece haber mucho material en borrador.) Una diferencia importante, indicada por el autor de *Descartes y Husserl*, es la diversidad de intereses especiales en ambos filósofos, aún siempre dentro del marco de lo especulativo. En efecto, Descartes es ante todo un metafísico, con proyecciones hacia la física, mientras que Husserl es un lógico minucioso que no tiene prisa por abandonar el reino de la conciencia transcendental. Hacia el final de su trabajo, el Prof. Romero analiza el planteo del problema de la razón en ambos filósofos.

En un brillante ensayo filosófico e histórico, el Prof. Aníbal Sánchez Reulet nos presenta la peculiar modernidad del carácter cartesiano. Su trabajo *Descartes, hombre moderno*, —donde la precisión de las frases traduce una limpia claridad de ideas— ofrece, en apretada síntesis, un conjunto de resgos típicos de la filosofía cartesiana, reconducida a sus fuentes originarias: el individuo y la época; el hombre Renato Descartes y la edad moderna. El trabajo comprende unos párrafos de introducción y varias secciones. En la primera sección —*Crisis y renacimiento del hombre*—, el Prof. Sánchez Reulet indica el fenómeno histórico del tránsito de la edad media a la edad moderna. En la segunda, —*El retorno a lo antiguo*—, se muestra la exhumación de la pasada cultura grecolatina (Platón, Aristóteles, la Biblia sin ropaje escolástico). Viene luego una fenomenología de la Reforma aplicada al Renacimiento con el título de *Antitradicionalismo y espíritu de*

reforma, a la cual sigue la *Reforma y utopía en Descartes*, donde se habla de la reforma de la inteligencia intentada por Descartes y se dice expresamente: "Para aplicar todos sus esfuerzos a ella (a la reforma de la inteligencia) y el poco tiempo de que disponía —la vida no es fugaz para él, pero era corta— renunció a todas las otras reformas posibles, sin duda menos importantes." Leemos luego unos párrafos bajo el título de *Voluntad de mundo y espíritu de invención*, que desemboca en la cuestión central de la *Modernidad de Descartes*, donde se afirma que "el audaz intento de Descartes consistió en entender la totalidad del mundo y de la vida de manera semejante a como Galileo había entendido el movimiento de los cuerpos y de los astros." Las dos últimas secciones de este trabajo se titulan: *El individualismo moderno* y *La Crisis del cartesianismo*.

El hábil escritor y fino ensayista Luis Emilio Soto ha redactado un *Discurso sin método sobre Descartes* en el cual plantea agudamente el problema de la historia en el siglo XVII racionalista y antihistórico. En su trabajo, además de muy atinadas reflexiones sobre Historia y filología, hay felices aciertos de expresión y agudas observaciones sobre el siglo en que vivimos, como se desprende —a modo de ejemplo— de las frases finales: "En los días que corren, la evidencia subjetiva y la razón natural dejaron de ser los modernos artículos de fe. Quedó atrás el optimismo imperante en la época de la Ilustración. Incluso la duda —otro de los pilares cartesianos— le jugó una mala pasada a Descartes que la preconizó como método. Después de dudar de todo, la filosofía duda hoy del sistema del propio Descartes. La ofensiva contra el racionalismo está en todo su apogeo; pero vale la pena recordar que ese ataque parte de un mundo, como el nuestro, que parece haber perdido la razón."

El profesor Angel Vassallo cierra la lista de las colaboraciones, en el orden alfabético del volumen cartesiano, con un trabajo que lleva el título de *Regreso intencionado al punto de partida de Descartes: conciencia y finitud*. Su denso estudio tiene por tesis la afirmación de que el "pienso luego existo" (que el profesor Vassallo llama "saber donante de ser") es el saber de un ser imperfecto y finito. Dice nuestro autor: "El saber donante de Descartes no es donante, pues, *del* ser pensante: es un saber donante de un ser imperfecto y finito que (*¡felix culpa!*) por ser tal implica la *presencia* del ser infinito y perfecto, hablando en el lenguaje de Descartes." Y en un excursus confidente y sistemático el profesor Vassallo presenta cuatro tipos de direcciones filosóficas que han trabajado a partir de la conciencia: Primera, la que descubre en la apodicticidad inmanente un correlativo trascendente y que lleva a un realismo platónico. Segunda, la posición que se queda en la conciencia reconociendo la validez de las esencias en el plano ideal (el criticismo y la fenomenología). Tercera, la conciencia infinita como razón que coincide con el ser (Parménides, en parte

el mismo Cartesio, Hegel). Y, cuarta, la "conciencia *infeliz*, menesterosa; saber donante, sí, pero de un ser imperfecto, finito." Con el peculiar carácter personal de sus trabajos filosóficos, el profesor Vassallo expresa al final de su artículo algunas consideraciones especiales sobre la filosofía, de las cuales presentaremos la última: "La *filosofía* (aunque bien asentada en la desnuda voluntad de verdad) sería una cosa sola con la *sabiduría*."

Hemos recorrido de prisa algunos trabajos de los veinticuatro encerrados por las claras tapas del volumen titulado *Escritos en Honor de Descartes*. Nuestra breve mención no puede ser más que un índice somero de su contenido. Pero el hecho importante y significativo es el de que en este nuevo país del Nuevo Mundo, y a sólo pocos lustros de nuestro despertar filosófico, podamos ofrecer un libro que es elevada expresión de puros afanes culturales y prueba de nuestra activa vocación por la filosofía.

JUAN ADOLFO VÁZQUEZ.

LIBROS Y AUTORES

Rafael Alberto Arrieta publica las poesías de Balcarce (1)

DICE Rainer María Rilke en sus deliciosas *Cartas a un joven poeta*: "Las obras de arte son de una infinita soledad, y por nada tan poco abordables como la crítica. Solamente el amor puede comprenderlas y tratarlas y ser justo con ellas." Exacto; pero más exacto aún si este aforismo se aplica a la vida de los hombres. Sólo un hombre que ama a otro puede hablarnos de su vida. Jamás el biógrafo de un hombre, más si éste es artista, puede ser un comentador indiferente, sólo erudito. En esta biografía de Florencio Balcarce por Rafael Alberto Arrieta, es lo primero que notamos: la penetración por amor del biógrafo en su personaje. El poeta de hoy ama y comprende, en su realidad y en sus posibilidades, al poeta de ayer; el hombre maduro que es Arrieta al joven que fué Balcarce, muerto a los 21 años. Por esto ha podido darnos un retrato tan personal, tan nítido del poeta que hasta ahora fuera esfumada figura en los recuerdos y en las entre líneas de los libros.

¿Qué hizo Florencio Balcarce? Fué un estudiante sobresaliente, escribió poesías, tres de ellas infaltables en las antologías desde que Juan María Gutiérrez las incluyó en su *América Poética*; visitó en su retiro al general San Martín, a quien lo unía el parentesco, dialogó con él; envió a sus amigos de Buenos Aires algunas cartas, notables por la justeza de sus apreciaciones; participó, sino en hecho por estar herido de muerte, con su simpatía, en la conjuración de los Maza de la cual su hermano, sus amigos y compañeros de estudio, tal vez su propio amado maestro Diego Alcorta, participaban. Y murió en 1839, poco antes que la garra de Rosas desbaratase las esperanzas libertadoras.

Estos hechos, intrascendentes para la época, son evocados por Rafael Alberto Arrieta con pluma firme y colorida. Toma a su personaje en la casa colonial de los González Balcarce, nido de héroes de las Invasiones y de la Independencia, y lo deja, en su tumba de la Recoleta, una tarde del 16 de mayo, triste tarde llena de presagios, despedido por las emocionadas voces de Jacinto Peña, Santiago Viola y José Tomás Guido.

(1) RAFAEL ALBERTO ARRIETA: *Florencio Balcarce*. Julio Suárez, editor. B. A., 1939.

El joven que fué a París para estudiar, el que dejó un puñado de excelentes versos —*El Lechero*, *La Partida*, *El Cigarro*—, es llamado a nuestra memoria, sacándolo del olvido que él temiera, a los cien años de su desaparición, por la maestría literaria de Rafael Alberto Arrieta. Nada falta en el estudio de éste: el estilo claro, la contenida emoción, la erudición segura. La pálida y leve silueta del joven Florencio Balcarce, toma vida, calor, movimiento, voz. No nos queda ni un retrato de él; pero al acabar de leer el libro de su biógrafo, podríamos pintarlo tal cual fué, podríamos decir lo que él opinaba sobre los terribles acontecimientos de su hora, y los temores que angustiaron sus últimos ensueños. Lograr esto es haber llevado a cabal término una biografía.

Acompañan a ésta, las composiciones que dejó Balcarce, recopiladas por Juan María Gutiérrez en 1869. De ellas entresacamos las tres citadas: *El Lechero*, colorido cuadro de costumbres, versificado con agilidad; *La Partida*, melancólico adiós a la ciudad natal pleno de angustiosos presentimientos, y *El Cigarro*, simbólica evocación del Héroe anciano, olvidado, lejos de su patria y esperando sólo la muerte para entrar en la definitiva gloria...

Trae también el volumen tres cartas del poeta. Una de ellas, la dirigida a Félix Frías, notable por la precisión de sus conceptos, por la visión exacta de la realidad que en ella exhibe. Aquel poeta, lejano, aquel joven moribundo, no se engañaba con falsos espejismos. Su inteligencia penetrante pulsaba la realidad argentina, como ninguno de sus contemporáneos presentes y jóvenes vigorosos lo hizo en aquel momento. Donde otros —los idealistas del Salón Literario—, demasiado idealistas, dialogaban, él, clarividente, anunciaba lo fatal. No en vano, su maestro Diego Alcorta lo consideró “el primero de su generación.” Y esta posibilidad de gran hombre, desaparecida en el joven poeta de 21 años, es lo que nos hace comprender y amar Arrieta en su libro: “una sola muerte puede disminuir a una generación entera”, nos repite. Pensamos en un Florencio Balcarce prolongando su pensamiento hasta después de Caseros... Esta vez sí la pérdida fué irreparable.

Artículos de Florencio Varela, José Tomás Guido, Juan María Gutiérrez y Ventura de la Vega; poesías de Juan Thompson, Luis Méndez, Ricardo J. Bustamante y Rafael Obligado, acaban de completar en este libro la sensación de tal pérdida.

Hasta la aparición del libro de Rafael Alberto Arrieta, Florencio Balcarce era un nombre que se confundía con el de su padre ilustre, el general de Suipacha; con sus tíos, guerreros también. Y todos le dejaban en la penumbra.

Debemos, pues, al amor de un poeta, el que otro poeta salga de ella y se nos presente. Ya su voz inspirada la podemos juzgar no sólo por lo que nos arrojó al partir sino por lo que prometió realizar, y no tuvo tiempo. La imaginación de su biógrafo colabora con la de sus lectores para colocar a Florencio Balcarce sobre su verdadero pedestal.

ERNESTO MORALES.

EL VENDEDOR DE HUMO Y OTROS RELATOS, por *Antonio Luis Beruti*, editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1938.

HE aquí un libro sencillo, profundo y amable. Sus páginas revelan la existencia de un alma suave y comprensiva, ofreciéndonos la punzante paradoja de una justicia justa. Es un libro escrito por un juez que logra libertarse de los dogmas y de la tradición; su límpida inteligencia y sus sentimientos puros lo alejan prudentemente de los estrechos y rígidos artículos del código. Antonio Luis Beruti no ignora que los misterios del alma son insondables y engañosas las apariencias; que en los caracteres humanos nada hay de permanente y manifiesto. Sabe a las leyes defectuosas y falibles, como todo lo humano. Sabe terrible la fuerza de las pasiones y que el mal reina en el universo; que la piedad es escasa y que todas las injusticias y todos los errores se inclinan desde hace siglos y siglos con constante preferencia hacia los débiles y oprimidos.

Por eso su concepto de la justicia es humano y sensible y seres de carne y sangre los personajes de sus relatos. Todos sin excepción alguna, dejan una profunda sensación de realidad, de viviente realidad; almas miserables, angustiadas, pequeñas. Minúsculos actores representando su papel en el enorme drama, terriblemente agobiados por el dolor de vivir. Vidas definitivamente segadas, mostrando dolorosamente las heridas de sus miserias y sus tristezas.

Almas vulgares, sus acciones y sus sombras se deslizan por estas páginas con la aterradora vulgaridad de la vida cotidiana. Sin literatura, sin retórica, sin artificios vanos, ha sabido Beruti conmovernos con el dolor y la desventura de unos seres sencillos y pequeños. Este novelario del tribunal, más que recuerdos de la vida judicial es el destilar del dolor íntimo y concentrado del corazón de un hombre que ha sido designado para juzgar a otros hombres. Como conoce la fragilidad humana, su inteligencia recta y pura, duda; por eso su corazón está triste. Teme que su justicia pueda resultar injusta, y eso le quita el reposo. Su excelente espíritu debe pensar a menudo que no conociéndonos bien a nosotros mismos, ostentamos la ingenua vanidad de creer que penetramos en las almas de los demás. Acaso, esto incline su natural bondadoso hacia la piedad, pues de una piedad dulce y comprensiva están saturadas estas páginas de Beruti, por las que cruzan tantos vencidos, y de las que extraemos una hermosa lección de respeto a la majestad del sufrimiento humano.

Quince relatos trae el libro, con otros tantos protagonistas que bien analizados no resultan ni peores ni mejores que el resto de los mortales, sino seres esencialmente desgraciados. De ahí la comprensiva indulgencia del autor para esas pobres almas lastimadas; indulgencia que se desliza suavemente hasta casi convertirse en piadosa simpatía, tal en *El vendedor de humo*, pobre despojo humano, al que mira acongojado cómo

se pierde con su carga de infortunio y tristezas, vencido, humillado, por las tétricas, largas galerías del Palacio...

Difícil tarea sería para el crítico, tener que decidirse por uno de los quince relatos, pues en todos palpita una real y doliente humanidad, agitada por sus pasiones y sus vicios, con sus debilidades y sus pequeñeces, con sus ensueños rotos y sus almas destrozadas. Y detrás de tanta sombra miserable, el angustiado corazón de Beruti se desespera tratando de hallar la manera de hacer a la justicia justa: "Los jueces de ahora somos dignos de conmiseración: los contados artículos a los que tenemos que ceñir todos nuestros actos y todos nuestros pensamientos desde que pasamos bajo el primer dintel del tribunal, son otras tantas trincheras artilladas que nos atajan en el buen camino. Para realizar la justicia habría que ser Dios; pero si le diéramos un código, Dios haría mala justicia."

El hombre es falible; las razones que nos inducen al error son infinitas; nuestro desmedido orgullo intelectual pretende saberlo todo. Confiamos demasiado en las ilusiones que nos proporcionan los sentidos, olvidando a menudo que las apariencias son tornadizas y engañosas. Nuestra vanidad es enorme.

Porque sabe olvidar con tacto y prudencia sus conocimientos jurídicos para sentirse sólo un hombre ante el infortunio de otros hombres, este noble libro de Antonio Luis Beruti, vivísima expresión de su espíritu, se lleva toda nuestra simpatía. El hombre que alguna vez logra hacer justicia humana y sensible honra a cualquier país.

OSCAR BIETTI.

CUADERNO DE ESTÉTICA, por *Tobías Bonesatti*. Ediciones Martín Fierro. La Plata, 1939.

POCOS espectáculos morales tan reconfortantes como el que ofrece el hombre enfervorizado en una idea, un propósito, una misión, y que se entrega a ellos con alma y vida, sin dejarse vencer por obstáculos y desalientos, dispuesto a afrontarlo y sufrirlo todo —la indiferencia, la incomprensión, la burla, los intereses creados— hasta ver coronado por el éxito su empeño.

Tobías Bonesatti pertenece a este género de hombres. Desde hace muchos años, valiéndose del libro, del opúsculo, del artículo, de la encuesta, de la transmisión radiotelefónica, de la comunicación directa de espíritu a espíritu, oral o epistolar, está empeñado heroicamente, arrojando sinsabores de toda suerte y haciendo incalculables sacrificios, en hacer entrar en la escuela argentina la educación estética en ella poco menos que nula. Porque aunque los cursos de literatura fuesen eficaces para hacer amar la poesía y los nobles pensamientos y sentimientos bellamente expresados —que por desgracia lo son en raras ocasiones, convertidos como están la mayoría en áridas reseñas de nombres, fechas y títulos de obras— no contemplan sino un solo aspecto de la educación

estética. No es en las clases de dibujo donde el alumno aprende a amar las artes plásticas; ni las de música, creadas con tan sana inspiración en la escuela media por el ministro Sagarna, cumplen tampoco generalmente el propósito que las inspiró, del cual cada vez más se desvían, con el historicismo de manual que ha entrado en ellas, sin auxilio de la imprescindible discoteca, y hasta arrinconando o desalojando el canto coral.

Bonesatti viene esforzándose hace años en explicar su amplia concepción de una verdadera educación estética que desenvuelva en el niño y el adolescente a un tiempo mismo el amor de la música, de la poesía, de la danza, de las artes plásticas, todas ellas expresión de profunda humanidad y vida superior. Al fin, escuchados sus propósitos por las autoridades de la Universidad de La Plata, nombrado profesor de educación estética en los institutos secundarios dependientes de ésta y presidente honorario de la Comisión de Fonografía Pedagógica y Cultural de la misma universidad, ha encontrado terreno propicio para aplicar en el aula sus ideas y su método y para extenderlo también a la educación popular por medio de interesantes transmisiones radio-telefónicas.

El *Cuaderno de Estética* que acaba de publicar en una cuidada edición, ordena, a modo de texto teórico-práctico, las lecciones que a su juicio deben impartirse en el curso inicial de la asignatura, y es el primero de un desarrollo que abarcará seis cuadernos, correspondientes a los seis cursos del colegio nacional y el liceo de señoritas platenses.

El subtítulo —“Palabra, sonido, imagen”— resume el concepto más arriba expresado de la necesaria asociación que debe hacerse entre la música, las demás artes y la misma naturaleza. Un atinado prólogo expone apretadamente las ideas del autor al respecto. “Lo bello no se enseña, se muestra” —dice su afirmación inicial. Y confirmando lo que antes decíamos, declara: “Precisamente, se está enseñando en nuestros colegios secundarios historia de la música, pero no se muestra, no se acerca al oído, a la inteligencia y a la sensibilidad del estudiante, el objeto, la cosa causante de la disquisición histórica.”

El desarrollo de este curso, cuyos centros de asociación —diremos usando un vocablo en boga— son la voz humana, el sonido, el ritmo, la canción nativa, los instrumentos de arco y otras materias musicales— reclama muchos auxiliares preciosos de que carece la totalidad de nuestras escuelas secundarias, con excepción, quiero suponer, de aquellas en que dicta su cátedra el profesor Bonesatti; complementos gráficos y sonoros que éste enumera al final de cada lección: discos, cuadros, instrumentos musicales, calcos, etc. Y en primer término un maestro que lo sea de verdad, pues para los maestros, ante todo, ha sido escrito este primer *Cuaderno de estética* vivificante, cuya lectura hace desear los prometidos que le seguirán, así como un ministro de Instrucción Pública, capaz de entender tales problemas.

R. F. G.

LAS INVASIONES INGLASAS DEL RÍO DE LA PLATA (1806-1807), por *Carlos Roberts*. Buenos Aires, 1938.

EL ingeniero Carlos Roberts es un honrado, inteligente y apasionado cultor de la historia patria. Durante muchos años revisó, prolija y pacientemente, los archivos europeos, especialmente los de Londres, y de ellos extrajo numerosos documentos de gran significado para el esclarecimiento de nuestro pasado.

El autor de *Los símbolos de la patria y su origen* nos presenta ahora un grueso volumen, cuyo título completo dice: *Las invasiones inglesas del Río de la Plata (1806-1807) y la influencia inglesa en la independencia y organización de las Provincias del Río de la Plata*, con 13 planos y 57 ilustraciones.

Pocos como el señor Roberts tienen tanta autoridad para escribir sobre el tema. Debemos, pues, felicitarnos de que el afanado coleccionista y experto conocedor de archivos, periódicos y libros sobre cuestiones inglesas, se haya decidido también, él mismo, a escribir esta obra, para la cual contaba con numerosos y notables elementos de investigación propia.

El señor Roberts presenta los sucesos históricos relativos a la intervención e influencia británicas sobre nuestro país, con una extraordinaria claridad de método. Su estilo es directo y llano, y trasluce las mayores virtudes del historiador: prolijidad, seriedad e insobornable buena fe en la utilización de los datos; conocimiento acabado de los hechos; comprensión inteligente para vincularlos, saber destacar lo principal y desechar los detalles sin expresión histórica.

Sin duda, este libro es lo mejor y más completo que se ha escrito sobre las invasiones, pero además representa una valiosa interpretación de la historia argentina en su vinculación con los sucesos ingleses, desde 1807 hasta 1828, sin contar el capítulo final, que contiene referencias hasta el año 70.

El señor Roberts precede la obra de una "lista de fechas", excelente guía de la memoria. El texto se abre con una introducción, en que se reseña el aspecto político de la influencia que sobre el Río de la Plata ejercieron distintos países en el momento de la emancipación. Le sigue una relación de los antecedentes remotos, desde el descubrimiento.

En dieciséis capítulos se exponen las invasiones, sus antecedentes inmediatos y sus consecuencias. Pero lo más importante de esta obra es que tanto los antecedentes como las consecuencias, y aun los mismos sucesos de 1806-07, están vistos también desde el ángulo inglés. Faltaba en nuestra bibliografía la visión británica, el eco extranjero de estos sucesos, acerca de los cuales ofrece tanto interés la documentación no argentina. El señor Roberts ha sido el primero en tomar y aprovechar esos nuevos elementos, fundiéndolos con los materiales nuestros, y ha sabido hacerlo con una envidiable maestría.

SICFRIDO A. RADAELLI.

LECCIONES DE HISTORIA ARGENTINA, por *Julio Aramburu*. Buenos Aires, El Ateneo.

EL profesor de historia, por la índole cultural y formativa de su materia —decía no hace mucho tiempo el ministro Mantovani, en un agudo ensayo leído en el IIº Congreso Internacional de Historia de América— no puede reducirse a ser simplemente un expositor exacto pero indiferente de sus temas; con ellos debe despertar los problemas de la nacionalidad y la conciencia de la cultura”.

Julio Aramburu, profesor de la materia en colegios de enseñanza media, y escritor a quien siempre atrajeron la descripción de la vida nacional y los problemas culturales del país, parecía, sin duda, especialmente dotado, por su experiencia en la cátedra y sus probadas dotes literarias, para afrontar con éxito la difícil tarea de escribir un nuevo texto de historia argentina.

El autor de *Jujuy y La juventud de Avellaneda* presenta bajo el título *Lecciones de historia argentina* un manual compuesto de acuerdo con los nuevos programas vigentes en la enseñanza secundaria para los colegios nacionales, escuelas normales, escuelas de comercio y liceos de señoritas.

Comencemos por declarar que, en cuanto a la aplicación a los nuevos programas, esta obra no puede ser más fiel. Pero ello no impide que la relación de los hechos destaque, además, todos aquellos otros que se vinculan con los temas del texto, y que Aramburu ha considerado indispensable considerar, a fin de dar a sus páginas la unidad y coherencia que exige, más que el desarrollo didáctico, la comprensión del alumno.

Ha sabido también desprenderse de partidismos, y sobreponerse a las cuestiones y debates, grandes o mezquinos —que tanto enturbian determina épocas y determinados personajes—, dando a la exposición de los temas el tono austero y la dignidad que corresponde.

En cuanto al contenido, basta destacar que estas *Lecciones* constituyen la síntesis de nuestra “historia civil”, y que en ella se ha dado toda la importancia y el valor que tiene a la obra de las provincias argentinas, en las luchas por la independencia y la organización constitucional de la Nación. En cuanto a la orientación, Aramburu ha escrito este texto con un amplio espíritu de solidaridad americana, con un claro sentido del aprovechamiento pedagógico, y con un elevado criterio de formación mental y patriótica del alumno. Sería injusticia olvidar en esta ocasión a quien, hace más de un cuarto de siglo, presentaba un texto de la materia —llamado a tener en seguida una enorme difusión—, en el que resaltaban esas virtudes. En efecto, las *Lecciones de historia argentina* del doctor Ricardo Levene (cuya primera edición apareció en 1912 y cuya 17ª edición acaba de salir a la venta) señalaron un rumbo, al que no es ciertamente ajeno Aramburu, quien con hidalga

probidad rinde homenaje en el prólogo a los primeros cultores de nuestra historia y a la contribución de los actuales investigadores, comenzando por señalar "la valiosa y erudita acción de Ricardo Levene".

"La historia —dice Aramburu en el prólogo— educa el sentimiento patriótico de los hombres para amar mejor la tierra donde se ha nacido y conocer con exactitud la grandeza de su gloria. La enseñanza patriótica en las aulas de las escuelas, colegios y universidades de la República, llena una función social de preciosa educación espiritual. Estudiada como ciencia de verdad y arte de evocación, vigoriza la conciencia nacional, enalteciendo la psicología de su pueblo que ha plasmado la unidad de una cultura". Porque "el oficio de historiador" —lo ha dicho el mismo Aramburu en otra ocasión— no sólo cumple con un deber de sociólogo, crítico y pensador, sino también con una alta función de educación social". Y con referencia a su propio texto, dice ahora en el prólogo: "He buscado el método didáctico más ajustado a la realidad histórica del presente, humanizando la actuación de los protagonistas civiles y militares del pasado. En esa senda resalta el significado de las fuerzas morales que animaron el ideal de los hombres y la belleza constructiva de las grandes acciones".

Los cincuenta capítulos de que se compone la obra revelan que el autor ha cumplido ese propósito, y se ha servido para ello de una información prolija y completa, como lo atestiguan las nueve páginas de bibliografía insertas al final.

El primer capítulo está dedicado a estudiar las causas de la Revolución de Mayo y las consecuencias de las invasiones inglesas. Aramburu jerarquiza los antecedentes revolucionarios y los separa en dos grupos: causas fundamentales y causas accidentales, las cuales presenta con pocas palabras, pero suficientes para dar una idea exacta del significado de aquéllas. La invasión napoleónica en España y la política lusitana en el Plata, ocupan el segundo capítulo. Tanto éste, como los tres siguientes, en que se exponen los sucesos políticos de 1808 y 1809, preparan el ambiente necesario para explicarse la Revolución de Mayo y la consiguiente transformación de la estructura colonial. Transformación que se pone en camino desde 1806, se acentúa durante un momento bajo la inspiración de Moreno, y comienza a demorarse hasta 1820, preocupados los gobiernos con la guerra de la independencia. Mientras tanto, las Provincias Unidas dirigían la emancipación de Sud América, y un nuevo ministro, genial y decidido, retomaba la reforma. La explicación de la renuncia de Rivadavia es una lección de historia y de bien público. Aramburu describe la época de Rosas y da su juicio personal sobre ella con una franqueza bien rara en nuestros autores de textos. La misma independencia de criterio se revela al considerar los hechos históricos a partir de Caseros, y los personajes que actúan en los mismos. El último capítulo se cierra con los sucesos de los años más recientes hasta nuestros días.

En suma, un texto excelente, que no sólo interesa a los alumnos y a los profesores, sino también a todo aquel que sienta el deseo de conocer una síntesis al día del proceso histórico del país.

SIGFRIDO A. RADAELLI.

LA ESPAÑA DEL CID

DESPUÉS de haber reeditado en Buenos Aires, los *Estudios Literarios*, los *Romances de América* y la *Flor nueva de romances viejos* de D. Ramón Menéndez Pidal, Espasa-Calpe Argentina acaba de publicar ahora, en una cuidada impresión, *La España del Cid*. La diferencia entre esta edición de la obra capital cidiana del sabio maestro, y la anterior (ed. Plutarco, Madrid, 1929), es que ésta consta de dos gruesos tomos, y la reciente, de un solo tomo muy elegante de 505 páginas, sin haberse sacrificado una sola línea del texto, salvo el extenso apéndice documental y las notas. En cambio el texto ha sido corregido sobre nuevos documentos árabes, que confirman a Menéndez Pidal en su doctrina, tantas veces expuesta y probada por él, de la íntima fusión existente en la epopeya española entre la ficción y la realidad, entre la leyenda poética y la historia.

Últimos libros recibidos

NOVELAS, CUENTOS, POEMAS EN PROSA

- ALDOUS HUXLEY: *Esas bojas estériles*. Edic. Ercilla. Santiago de Chile, 1939.
 J. A. OSORIO LIGARAZO: *Garabato*. Edic. Ercilla. Santiago de Chile, 1939.
 C. TUBJO TORRECILLA: *Libertad encadenada*. Ed. "Saeta". Buenos Aires, 1939.
 ELMER RICE: *La ciudad imperial*. Club del Libro A. L. A. Buenos Aires, 1939.
 ULISES RENÉ GIRARDI: *Tres horas con mi amigo el escritor*. B. A., 1939.
 SCHALOM ASCH: *Héroes de la fe*. (Kidusch Haschen). Ed. Israel. B. A., 1939.
 ALBERTO INSÚA: *Un corazón burlado*. Colec. Austral. Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1939.
 GABRIEL MOREY OTAMENDI: *El profesional de la culpa*. (Novela para millonarios). Edic. "Atlante". B. A., 1939.
 DORA DE AGUIRRE: *El estanque*. (Novela). Ed. Tor. B. A., 1939.
 ENRIQUE LARRETA: *Zogoibi*. Colec. Austral. Espasa-Calpe. B. A., 1939.

POESIA

- ERNESTO D. MARRONF: *Diez caminos al horizonte*. Chivilcoy. R. A., 1939.
 JULIO LAMROD: *Camino inseguro. Disonantes y resonantes*. B. A., 1939.
 ADOLFO FERNÁNDEZ DE OBIETA: *Destino de llorarte*. B. A., 1939.
 VIDAL ECHEVERRYA: *Poemas para luna y muchachas*. Edit. Minerva. Bogotá.
 PEDRO MATTIÁ: *Temple*. Rosario. R. A., 1939.
 PEDRO SOTILLO: *Andanza*. Cuad. Lit. de la "Asociac. de Escrit. Venelozanos". Ed. "Elite". Caracas, 1939.

- W. HOMERO GENTA: *Campanas de silencios*. Montevideo, 1939.
 JEAN GROFFIER: *Moments de Vie*. Imp. J. Wellens. Bruxelles, 1939.
 PASCUALE MAINENTI: *I canti della forza*. "La Prora". Milano, 1939.
 LUIS DE GÓNGORA: *Antología*. (Selección y prólogo de Antonio Marichalar).
 Colec. Austral. Espasa-Calpe Argentina. B. A., 1939.

CRITICA, HISTORIA LITERARIA, ENSAYOS, ETC.

- América y Hostos*. Colección de ensayos acerca de Eugenio María de Hostos recogidos y publicados por la Comisión Pro Celebración del Centenario del Natalicio. Edic. conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico. Cultural, S. A. Habana. Cuba, 1939.
Antología Herediana. Selección de las mejores poesías líricas, obras dramáticas, cartas, discursos y artículos varios de José María Heredia y Heredia. Escogidos y anotados por Emilio Valdis y de Latorre. Editada por el Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficencia. La Habana. Cuba, 1939.
 FIDELINO DE FIGUEIREDO: *Aristarcchos*. Coleção do Dep. de Cultura. Sao Paulo. Brasil, 1939.
 MANUEL ANSELMO: *A Poesía de Jorge de Lima*. (Ensaio de interpretação critica). Ed. do autor. Sao Paulo. Brasil, 1939.
 AÍDA COMETTA MANZONI: *El indio en la poesía de América Española*. Ed. Joaquín Torres. B. A., 1939.
 MAX DAIREAUX: *José Martí (1853-1895)*. Cahiers de Politique Etrangère. Les Editions France-Amérique. París, 1939.
 GONZALO ZANDULBIDE et MAX DAIREAUX: *Montalvo (1822-1889)*. Cahiers de Politique Etrangère. Les Editions France-Amérique. París, 1939.
 JORGE CARRERA ANDRADE: *Guía de la joven poesía ecuatoriana*. Edic. "Asia-América". Tokio, 1939.
 ADELA GARCÍA SALABERRY: *El momento*. B. A., 1939.
 ANDRÉ MAUROIS: *Chateaubriand*. Edic. Ercilla. Sgo. de Chile, 1939.
 ANTONIO AITA: *4 Ensayos*. B. A., 1939.

HISTORIA, CRONICA, MEMORIAS, BIOGRAFIAS, VIAJES, ETC

- JOSÉ G. MONTES DE OCA: *Manchas de color*. Méjico. Tenochtitlan, 1939.
 JUAN F. PÉREZ ACOSTA: *Vieja fraternidad*. Argentina Paraguay. B. A., 1939.
El Zonda de San Juan. 1839. Reimpresión facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia. Prólogo de Juan Pablo Echagüe. Gmo. Kraft. B. A., 1939.
 MARCOS CARIAS REYES: *Crónicas frívolas*. Ilustr. de Foujita. Impreso en "The Kobe & Osaka Press". Kobe. Japón, 1939.
 MARIANO G. CALVENTO: *Estudios de la historia de Entre Ríos*. Tomo 1. Imprenta de la provincia. Paraná. R. A., 1939.
 JOHN STUART MILL: *Autobiografía*. Colec. Austral. Espasa-Calpe. B. A., 1939.
 JULIO CAMBA: *Londres*. Colec. Austral. Espasa-Calpe. B. A., 1939.

POLITICA, DERECHO, ECONOMIA, SOCIOLOGIA, ETC.

- SAMUEL FLAGG BEMIS: *La política internacional de los Estados Unidos*. Bca. Interamericana. XI. New York, 1939.
- FERNANDO BUOMBERGER: *La crisis de nuestra cultura y las leyes eternas*. Trad. del al. al cast. por el Rev. Padre Federico Rademacher. Bca. de Doctrina Católica. B. A., 1939.
- LUCIO MENDIETA Y NÚÑEZ: *La economía del indio*. México. 1938.
- SALOMÓN ABUD: *El sol nace en el Oriente*. Esquema del resurgimiento árabe. Edit. "Política Internacional". B. A., 1939.
- COSSIO DEL POMAR: *Haya de la Torre el Indoamericano*. Edit. América. México, 1939.
- ANTENOR ORREGO: *El pueblo continente*. Ed. Ercilla. Sgo. de Chile, 1939.
- ABRAHAM BENCHALOM: *Surcos profundos*. (Deep furrows). Ed. Israel. B. A., 1939.
- MANUEL UGARTE: *La patria grande*. Edic. Ercilla. Sgo. de Chile, 1939.
- SHEPARD STONE: *Una sombra sobre Europa*. Edic. Ercilla. Sgo. de Chile, 1939.
- JEAN L'ARVERNE: *En estos tiempos de apocalipsis*. Ed. Ercilla. Sgo. de Chile, 1939.

TEATRO

- RICARDO ROJAS: *Ollantay*. Tragedia de los Andes. Ed. Losada. B. A., 1939.
- JACINTO BENAVENTE: *La malquerida y La noche del sábado*. Colec. Austral. Espasa-Calpe. B. A., 1939.

ARTE

- JUAN DE LA ENCINA: *Goya*. Su mundo histórico y poético. La Casa de España en México, 1939.
- Ricardo Sánchez. *Su obra*. Edic. de "Rincón de Artistas". La Plata, 1939.
- MARUJA MALLO: *Lo popular en la plástica española a través de mi obra*. (1928-1936). Ed. Losada. B. A., 1939.

RELIGION

- MGR. CHEVROT: *La vie de L'Homme nouveau*. Suivie de la Retraite Pascale. Desclée de Brouwer. Paris, 1939.
- El origen de la religión*. Seminario de historia de las religiones. Curso 1933. Facult. de Filos. y Letras. Instituto de Historia Antigua y Medieval dirigido por el prof. Clemente Ricci. Imprenta de la Universidad. B. A., 1939.
- SIGMUND FREUD: *Moisés y la religión monoteísta*. Col. Cristal del tiempo. Ed. Losada. B. A., 1939.

URBANISMO

- EDUARDO CRESPO: *Mirando a Buenos Aires* (Conferencia). B. A., 1939.

CIENCIA, EDUCACION, VARIOS

- LEONARDO CASTELLANI: *La reforma de la enseñanza*. Con una intr. del Dr. Celestino Marcó. Ed. Difusión. B. A., 1939.

- DR. Z. M. BACQ: *Fisiología y farmacología del sistema neurovegetativo*. La acetilcolina y la adrenalina. Trad. del francés por el Sr. Miguel Ortega. Espasa-Calpe Argentina. B. A., 1939.
- Hacia la reforma universitario*. Morelia. Publicaciones de la Universidad Michoacana. 1939.
- Consejo Nacional de Educación* (Rep. Argentina). Cincuentenario de la Ley 1420. Tomo II. Memoria sobre el desarrollo de las escuelas primarias desde 1884 a 1934. B. A., 1938.
- GEORGE F. NICOLAI: *Psicogénesis*. Ed. Ercilla. Sgo. de Chile, 1939.
- HORACIO DAMIANOVICH: *El concepto de Elemento Químico. La Teoría de la Nulivalencia. La química del Helio y de los Helionoides*. Ministerio de Justicia e Instruc. Pública. Univ. Nac. del Litoral. Santa Fe. R. A., 1939.
- Novena Reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional*. Filiales y afiliadas. Mendoza. 1, 2, 3 y 4 de octubre de 1935. En homenaje a la memoria de Carlos Chagas. Tomo Tercero. Imp. de la Univ. B. A., 1939.
- DR. D. MARIO OLIVERAS DEVESA: *La Recuperación de Mutilados*. Espasa-Calpe. San Sebastián. España, 1939.
- Catálogo de la colección de folklore*. (Donada por el Consejo Nac. de Educación). Facult. de Filos. y Letras de la Univ. de B. Aires. Instituto de Literatura Argentina. Secc. de Folklore. Tercera Serie. Tomo VI. N° 1. B. A., 1938.
- PEDRO CÉSAR DOMINICI: *El libro de mi padre*. B. A., 1939.
- HUGO MIATELLO: *A su memoria*. B. A., 1939.
- JUAN W. GEZ: *Geografía de la Provincia de San Luis*. Tomo II. B. A., 1939.
- JULIA SAURY: *Composición*. Método para su enseñanza. Córdoba, 1939.
- JUAN CUATRECASAS: *Psico-biología general de los instintos*. Edit. Aniceto López. B. A., 1939.
- AURORA GARCÍA DE RODRÍGUEZ: *Congreso internacional de enseñanza técnica y comercial*. Public. de la revista "Universidad de la Habana". Habana, 1939.
- LÁZARO LIACHO: *Anecdotario judío*. (Folklore, humorismo y chistes). M. Gleizer. Edit. B. A., 1939.
- MANÓN V. GUAGLIANONE: *La personalidad de Miguel de Montaigne en la historia de las ideas educacionales*. Tesis para optar al doctorado en filosofía y letras. Univ. de Bs. As. Facultad de Filos. y Letras. Inst. de Didáctica. 1939.
- GREGORIO MARAÑÓN: *Climatorio de la mujer y del hombre*. (Estudio sobre la fiso-patología de la involución sexual). Espasa-Calpe S. A. Madrid, 1937.
- GREGORIO MARAÑÓN: *Problemas clínicos de los casos fáciles*. Espasa-Calpe S. A. Madrid, 1937.

BIBLIOGRAFIA

- FREDERICK BLIS LUQUIENS: *Spanish American Literature in the Yale University Library*. A Bibliography. New Haven-Yale University Press. London-Humphrey Milford-Oxford University Press. 1939.
- Portugal in vergangenheit und gegenwart*. Ausstellung der Portugiesischen bibliotheken unter der protektorat der portugiesischen regierung. April 1939, in der Staatsbibliothek Zu Berlin.

CRÓNICA

Rosario premia a sus escritores

LA Dirección Municipal de Cultura de Rosario que preside don Manuel A. Castagnino ha hecho suyo el dictamen de la Comisión Asesora del Certamen para la producción literaria de 1938, por el cual se adjudicó respectivamente los premios de prosa y verso, consistentes en tres mil pesos cada uno, a los escritores Miguel Angel Correa y Hernán Gómez. Formaron dicha comisión asesora los señores Ezequiel Martínez Estrada, José González Carbalho, Luis Emilio Soto, Alfredo A. Bianchi y Sebastián Soler, aunque de ellos nuestro director no pudo participar últimamente en los trabajos con motivo de la enfermedad que lo mantiene alejado, por prescripción médica, de toda actividad.

Es la primera vez que Rosario adjudica este premio a los libros que se publican en ella: importante acontecimiento en la historia intelectual de la segunda ciudad de la República, marcado esta vez por el reconocimiento del valor de dos brillantes valores literarios.

Miguel Angel Correa —más conocido bajo su seudónimo de Mateo Booz— novelista y cuentista de talento, sobresaliente sobre todo en la crónica evocadora y en el cuento ingenioso, nació en Rosario en 1881, aunque desde largos años reside en Santa Fe. Su nombre ya está incorporado con derecho a la literatura novelesca argentina, habiendo trascendido de los límites de su provincia natal. El libro ahora premiado es el titulado *Aleluyas del brigadier*, feliz evocación en treinta y seis cuadros, de los momentos culminantes de la vida del caudillo santafesino Estanislao López.

Hernán Gómez, aunque de Buenos Aires, donde nació en 1905, ejerce actualmente el periodismo en Rosario. Pertenece a la redacción de *La Capital*. Ha publicado dos libros de versos: *Alabanzas*, de 1934, y el actualmente premiado, *Sonata del amor filial*, noble poema en cuarenta sonetos de intenso y grave lirismo, dicción clara, limpia y personal y diestra factura, de los cuales ofrecemos como muestra el primero:

*Tú, que fuiste mi vida y que hoy no eres,
dime cómo podré pensarte muerta,
ni a quién podré atinar si tú despierta*

*no estés cuando te llame. Entre los seres
gentiles de mi infancia —hadas, mujeres,
genios, niñas y gnomos—, siempre alerta
tú sola, tras de mí de puerta en puerta,
anduviste: el mayor de tus quehaceres.
Y ahora te estás quieta, y más de quieta,
inmóvil, y mi paso no te inquieta.
Y yo sueño que vengo de tu mano
desde dulces ayeres...
Dime cómo no vengo de tu mano,
tú que fuiste mi vida y que hoy no eres.*

Arte y comercio

UN cuadro de la Comedia Francesa ha ocupado un escenario de Buenos Aires, el teatro Odeón, durante algunas semanas. No es la primera vez que nuestra capital conoce a actores y actrices que formaron parte de la ilustre compañía, pero ésta nunca se había trasladado oficialmente a nuestra ciudad como lo ha hecho ahora, con sus propios escenarios y formando un conjunto homogéneo sometido a las severas normas que rigen la Casa de Molière. A través de este conjunto, en el cual no había ninguna figura de extraordinario relieve, pero sí muchos actores de destacados méritos y señoril dominio de la escena, sobrios, seguros y disciplinados, se nos han revelado con nuevos matices, en interpretaciones ajustadas y de muy buen gusto, obras representativas de distintas épocas y escuelas, desde Racine y Molière hasta Giraudoux y Mauriac, pasando por Marivaux, Musset, Mirbeau y otros autores modernos.

Nosotros hubiera deseado juzgar el desarrollo completo de esta breve temporada por la pluma de su crítico de teatro extranjero, José María Monner Sans, profesor de literaturas extranjeras modernas en la Universidad de La Plata y, como es notorio, uno de los más autorizados conocedores en la Argentina del teatro francés contemporáneo, sobre el cual ha escrito libros y ensayos premiados en Francia y aquí. Pero nos lo ha vedado el mezquino cálculo comercial del empresario argentino señor Carambat, quien se ha negado a facilitar al crítico el modo de hacerse presente en todos los estrenos, sin la necesidad de hacer "cola" en la boletería y sufrir toda suerte de molestias y empujones.

Nosotros llega a la redacción de las principales publicaciones francesas, con las cuales mantiene cordiales relaciones de canje, y es leída y con frecuencia citada en ellas. En iguales condiciones se envía a todos los países civilizados, donde tiene asimismo atentos lectores y fieles suscriptores. Acaso, para documentar la estada de la Comedia Francesa en Buenos Aires, y la actuación personal de cada uno de los elementos

componentes del cuadro que nos ha visitado, no habría sido inútil que NOSOTROS dijese su juicio por la pluma de un crítico prestigioso: cuando los ecos de esta *tournee* se hayan desvanecido, NOSOTROS —cuya colección abarca ya en las dos épocas, noventa tomos— todavía seguirá leyéndose en las bibliotecas del más lejano rincón de la República y aun del extranjero. A pesar de nuestras corteses razones en ese sentido, los representantes comerciales de la gira en la Argentina han preferido ganar unas pocas decenas de pesos más.

Agradecemos al diario *La Vanguardia*, a oídos de cuya redacción debió llegar esta incidencia ingrata, el suelto que nos dedicó en su edición del 2 de agosto, bajo el título de “Un vejamen inconsulto”, del cual destacamos el párrafo siguiente: “Solamente por un error ha podido omitirse entre los críticos admitidos al espectáculo, al que representaba a una revista de viejo y arraigado prestigio”. — LA DIRECCIÓN.

“Europe” dedica un número a la Revolución Francesa

EL número especial que *Europe*, la grande y valiente revista que tiene a Romain Rolland al frente de su comité de dirección, ha dedicado con fecha 15 de julio a la Revolución Francesa, es realmente extraordinario. Sus 256 páginas son una revisión de los aspectos más notables de aquel trascendental acontecimiento histórico, hecha con espíritu democrático y exaltando las proyecciones de la Revolución en todos los campos: el político, el social, el artístico, el literario, etc. El sumario, compuesto por más de dos docenas de artículos interesantísimos, ofrece muchas firmas autorizadas. Tiene además un indudable valor documental. Lo encabeza Romain Rolland con un artículo titulado *Necesidad de la revolución*, que concluye en los siguientes términos: “La Revolución del 89 ha sido detenida a medio camino. Es preciso que vuelva a emprender su marcha hasta que sus grandes promesas se hayan cumplido.”

Un curso colectivo sobre el helenismo en Roma

EL Colegio Libre de Estudios Superiores ha iniciado un nuevo curso colectivo —después del desarrollado sobre la Revolución Francesa— también sobre un acontecimiento histórico fundamental: *La recepción de la cultura griega en Roma*. Cuatro prestigiosos profesores serán los encargados de dictarlo durante los meses de setiembre y octubre en diez y seis conferencias: José Luis Romero hablará de “El hecho histórico-social de la recepción griega”, a partir de la formación de la cultura helenístico-romana; Segundo A. Tri, de “la recepción de las ideas filosóficas, religiosas y morales”; Gregorio Halperin, de “la recepción de la literatura”, y Jorge Romero Brest, de “la recepción de las Artes.”

Organizaciones de la cátedra superior extrauniversitaria como ésta de que damos noticia, hablan muy alto en favor así del Colegio Libre y de su obra de cultura auténtica, como de la ciudad que les crea ambiente propicio.

Instituto de Cultura Argentino-Mejicana.

EN la sala de recepciones de la Embajada de Méjico, se constituyó el 25 del corriente, bajo el patrocinio del embajador señor Palavicini, el Instituto de Cultura Argentino-Mejicana, cuya comisión directiva ha quedado formada del siguiente modo:

Presidente, Juan G. Beltrán; *vicepresidentes*, Enrique de Gandía y Juan Bacigalupo; *secretario*, Jorge G. Blanco Villalba; *prosecretario*, Adolfo S. Gallo; *tesorero*, José Figueroa; *vocales*, Nicolás A. Avellaneda, Alfredo L. Palacios, Ricardo Levene, Roberto F. Giusti, Emilio Ravignani, Juan S. Valmaggia, José W. Agusti, Arturo Capdevila, Francisco de Aparicio, Coriolano Alberini, Angel C. Bassi, José Eugenio Compiani, Oscar Ivanissevich, Enrique Mouchet, Antonio Pérez Valiente de Moctezuma, Aquiles Igo bone, Alfredo Duc, Pedro Damián Ciancio, Roberto Vico Torrá, José Peco, Oscar E. Carbone, Martín Doello-Jurado, Ramón M. Alsina, Ramón F. Vázquez, Enrique Loudet, Rosauro Pérez Aubone, Juan Canter, Antonio Ferro, Juan Antonio Villoldo y Enrique Staut.

Alfonsina Storni vertida al iddish.

EL señor A. J. Zacusky, residente en Zapala (Neuquén) acaba de enviarnos su traducción al iddish, publicada el 1º de enero del corriente año en *El Diario Israelita* de Buenos Aires, de la poesía póstuma de Alfonsina Storni, *Voy a morir*.

Es una contribución interesante a la bibliografía storniana. "A aquel que es capaz de decir las palabras expresadas en este poema, de tanta lucidez y tristeza, tan serenas, llenas de conformidad con lo porvenir y trágica a la vez; a aquel que llega a decir estas palabras, tan bellas y humanas — nos escribe el traductor— ya no le queda más por qué vivir en este mundo nuestro. Se asfixia si sigue sobre la tierra. Y es, además, este poema, un documento, raro y único, de los momentos conscientes del pre-morir, sea la muerte natural o escogida voluntariamente."

Personas que conocen el iddish nos han asegurado que la traducción es fiel y trasmite el espíritu del poema.

MESA DE LOS INMORTALES

La verdad es una sola.

ANTIGUOS alumnos del doctor Antonio Dellepiane en el curso de Filosofía del Derecho que dictaba hacia 1912 en quinto año, recordaban días pasados la siguiente entre otras anécdotas de su cátedra:

Antonio de Tomaso y José León Rodeyro, quienes poco más tarde habían de ser diputados al Congreso de la Nación,

jugaban al ta-te-tí en los últimos bancos del aula, distraídos de la disertación del profesor.

De pronto éste se interrumpe y dirigiéndose a De Tomaso le pregunta: "¿Qué opina Vd., señor, sobre el punto de que estoy hablando?" De Tomaso miró al eludido al profesor, después a su compañero, y no leyendo nada que lo ilustrase en los ojos de ambos, quedó mudo. El profesor hizo entonces la misma pregunta a Rodeyro. Mismo juego de éste.

—Bien —dijo Dellepiane, volviendo a su exposición—; decíamos, pues, que hay dos verdades...

—¡Ah! ¡Ya caigo! —lo interrumpió Rodeyro recobrándose—. ¡No estoy de acuerdo! ¡La verdad es una sola!

Los nuevos colaboradores de este número

JOSÉ G. ANTUÑA. — Escritor, político e internacionalista uruguayo, ex-delegado de su patria a la Sociedad de las Naciones. Fué presidente de la Asamblea Legislativa, vicepresidente de la Convención Nacional Constituyente, senador de la República y presidente de la Comisión de Negocios Extranjeros de la Cámara de Diputados. Ha representado al Uruguay en distintas conferencias internacionales, entre otras la VII Conferencia Panamericana y la Interamericana de Consolidación de la Paz celebrada en Buenos Aires y es miembro de diferentes sociedades de Derecho Internacional. Ha publicado muchos libros y folletos sobre cuestiones internacionales, historia, política y legislación, y además, un libro de versos: *Los viejos ritmos* (París, 1925) y varios de ensayos: *Litterae, Petrarca, Laura y el Renacimiento, Nuestra lengua y la expresión propia americana, El nuevo acento*, etc.

MIGUEL TARZIA. — Nació en la ciudad de Tucumán en 1897. Terminó el bachillerato en su ciudad natal. Pasó siete años en Italia. Siguió estudios, que no terminó, en la Facultad de Filosofía y Letras y en la de Derecho de Buenos Aires. Publicó *Sombras* (1919); *Ella y otros Poemas*; *Ensueño y Acción*; *Carducci*; folletos y conferencias y *El Romero Visionario* en 1938. Es presidente de la Comisión de Arte y Cultura de Chivilcoy, en cuyo Colegio Nacional enseña desde 1922.

SYLVINA BULLRICH DE PALENQUE CARRERAS. — Joven escritora y conferenciante, nacida en Buenos Aires en 1915. Su primer libro, de poesías, *Vibraciones*, es de 1935. Ha colaborado asiduamente en *La Nación* y otras revistas literarias con ensayos, cuentos y versos. Tiene en prensa su primera novela titulada *Calles de Buenos Aires*.

NOSOTROS

(Segunda época)

AÑO IV — TOMO X

(Comprende del número 38 al 41)

INDICE

COLABORACION

Crítica, Información, Creación	Pág.
<i>Roberto F. Giusti</i> Antonio Machado	5
<i>Germán Arciniegas</i> Europa o el paraíso de los locos	17
<i>Enrique García Velloso</i> Rubén Darío íntimo	34
<i>Enrique Méndez Calzada</i> "Surprise-party" (Comedia)	45
<i>Raúl Navarro</i> Machado de Assis y su des- esperanza	62
<i>Juan Carlos Alvarez</i> ¿El espíritu criollo?	67
<i>Justo C. Morales</i> Los comienzos literarios de Horacio Quiroga	78
<i>Jacobo Epelbaum</i> Mickiewicz, el maestro del romanticismo polaco	89
<i>C. Villalobos Domínguez</i> Los pareceres de Vaz Ferreira sobre el georgismo	94
<i>F. Cossio del Pomar</i> Arte norteamericano: Tho- mas Benton	114
<i>Roberto F. Giusti</i> Juan Cruz Varela y la ge- neración poética de la Re- volución	181
<i>Arturo Marasso</i> Roberto F. Giusti	207
<i>Luis Alberto Sánchez</i> Un Villón criollo	219
<i>Arturo Mejía Nieto</i> Cuarto centenario de Garcí- laso de la Vega	227
<i>Luisa Sofovich</i> Biografía con ojos de antí- lope	236

	Pág.
<i>María Inés Cárdenas de Monner</i>	
<i>Sans</i>	Emilia Brontë, precursora de la literatura contemporá- nea 249
<i>Campio Carpio</i>	Un gran escritor brasileño: Fabio Luz 255
<i>Miguel Tarzia</i>	Amado Nervo 312
<i>Sylvina Bullrich Palenque</i>	La inquietud de Buenos Aires en la literatura argentina contemporánea 341
<i>C. Saúl Villar</i>	Vida y novela 358
<i>Manuel Gonzalo Casas</i>	Sentido y significación del "mañana" 363
"Nosotros"	La Institución Cultural Es- pañola en su vigésimo- quinto aniversario 389

Poesía

<i>Juan Ramón Jiménez</i>	Canto 3
<i>Mario Binetti</i>	El bosque 59
<i>Juan G. Ferreyra Basso</i>	La batalla 120
<i>Eduardo Villegas da Cruz</i>	Balada para una luna rota en dos pedazos 121
<i>Novión de los Ríos</i>	Serenidad 122
<i>Víctor Juan Guillot</i>	Ellas 215
<i>Francisca Chica Salas</i>	Romancero porteño 243
<i>José G. Antuña</i>	El numen del mar 309
<i>César Tiempo</i>	Dioses 339

Actualidad

<i>Roberto F. Giusti</i>	A un cuarto de siglo de la primera guerra mundial . 301
--------------------------------	--

SECCIONES PERMANENTES

Letras Argentinas

por Oscar Bietti

Emilio Becher: <i>Diálogo de las sombras y otras páginas</i> — Ricardo Rojas y su <i>Retablo español</i>	124
---	-----

	por Héctor F. Miri.	
Luis Emilio Soto: <i>Crítica y estimación</i>		133
	por León Benarós.	
Arturo Capdevila: <i>Los romances argentinos</i> . — Javier Villafañe: <i>Coplas, poemas y canciones</i> . — Emilio González Chaves: <i>Palabras sin edad</i> . — González Carbalho: <i>Vida, obra y muerte de Federico García Lorca</i> ...		139
Antonio de la Torre: <i>La tierra encendida</i>		261
	por Jorge Bogliano.	
José Martínez Jerez: <i>Domingo de bodas</i>		144
	por Lázaro Liacho.	
José Gabriel: <i>La Fonda</i> . — Bernardo Canal Feijóo: <i>Mitos perdidos</i>		372
Letras Hispano-Americanas	por E. Suárez Calimano.	
Germán Arciniegas: <i>América Tierra Firme</i> . — Las literaturas americanas: Luis Alberto Sánchez: <i>La literatura del Perú</i> . Alberto Zum Felde: <i>La literatura del Uruguay</i>		267
INFORMACIONES: <i>Revista de las Indias</i> . <i>Revista Ibero-Americana</i>		274
Conmemoraciones: Eugenio María de Hostos — José María Heredia ...		367
	por Graciela Peyró de Martínez Ferrer.	
Manuel de Castro: <i>Lámpara</i>		272
Letras Francesas	por Ariel Maudet.	
Charles Baudelaire: <i>Journaux intimes</i> — Fred Berence: <i>Leonard de Vinci, ouvrier de l'intelligence</i> . — Marcel Brion: <i>Bosch</i> . — Nicolás Berdaieff: <i>Constantin Leontieff</i> . — Albert Garreau: <i>Clément Brentano</i> . — René Schwob: <i>Rome ou la mort</i> . — Dominique Auvergne: <i>Regards catholiques sur le monde</i> . — Robert de Marolles: <i>Aviation, école de l'homme</i> . Jean-Pierre Duret: <i>P. S. V. (Pilotage sans visibilité)</i> . — Charles de Gaulle: <i>La France et son armée</i>		147
Crónica de Arte	por Antonio Pérez-Valiente de Moctezuma.	
Exposición de Arte Francés. — Oleos de Jorge Berystain		275
Exposición de Chapelain Midy. — Motivos de Bibi Zogbe. — Paisajes de José Malanca. — Retratos de Rodolfo Berény		380
Ciencias Sociales		
Henry George: <i>La cuestión obrera. Réplica a la encíclica Rerum novarum</i> (HERNANI MANDOLINI). — Tomás Amadeo: <i>El falso dilema, Fascismo o Bolcheviquismo</i> (C. V. D.)		282
Filosofía	por Juan Adolfo Vázquez.	
Una valiosa contribución a la bibliografía cartesiana		395

Libros y Autores	<u>Pág.</u>
Comisión Argentina de Cooperación Intelectual: <i>La vida y la cultura en la Argentina</i> . (E. S. C.). — <i>Biblioteca Política Contemporánea</i> (PEN). — Florencio Sánchez vertido al francés — Ch. de la Roncière: <i>Histoire de la découverte de la terre</i> . — Ediciones Losada	287
Rafael Alberto Arrieta: <i>Florencio Balcarce</i> (ERNESTO MORALES)—Antonio Luis Beruti: <i>El vendedor de humo y otros relatos</i> (OSCAR BIETTI). — Tobías Bonesatti: <i>Cuaderno de estética</i> (R. F. G.). — Carlos Roberts, <i>Las invasiones inglesas del Río de la Plata</i> (SIGFRIDO A. RADAELLI).— Julio A Aramburu, <i>Lecciones de historia argentina</i> (SIGFRIDO A. RADAELLI). — La España del Cid.	400
Libros recibidos	175, 292, 408

CRONICA

La enfermedad de nuestro director. — Roberto Giusti en la Academia. — Carlos Vaz Ferreira en Buenos Aires. — Los premios nacionales de Literatura. — La Exposición del Libro Norteamericano. — Comisión Argentina de ayuda a los intelectuales españoles. — Un curso colectivo sobre la revolución francesa. — El décimo aniversario de la muerte de Groussac. — Premio Ricardo Güiraldes de novela. — Tucumán, centro de cultura superior. — Nuevas revistas: <i>Pauta</i> , <i>Itinerario de América</i> , <i>Babel</i> , <i>Los Comentarios</i> . — Premio Trujillo de la paz. — Premio Bibliográfico Medina. — <i>La Razón</i> . — Ecos de nuestro tercer aniversario	163
Antonio Dellepiane. — Rosario honra al poeta Marcos Lenzonei. — Un joven pianista argentino en París. — <i>La Vanguardia</i> . — <i>Columna</i> . — Concurso de monografías sobre Urquiza. — NOSOTROS en el extranjero	296
Rosario premia a sus escritores. — Arte y comercio. — "Europe" dedica un número a la Revolución Francesa. Un curso colectivo sobre el helenismo en Roma. — Instituto de Cultura Argentino-Mejicana. — Alfonsina Storni vertida al iddish. Mesa de los inmortales	412
LOS COLABORADORES DE "NOSOTROS"	179, 300, 416
ILUSTRACIONES: El Inca Garcilaso de la Vega (por Juan G. Medina) . .	229